

Yldefonso Finol

**EL SOCIALISMO
BOLIVARIANO
DEL SIGLO XXI**
**LA ECUACIÓN DEL BUEN VIVIR
Y EL BIEN COMÚN**



El Socialismo Bolivariano del Siglo XXI


ELPERRO
yLARANA

1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© Yldefonso Finol Ocando

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección

María Virginia Guevara

Diagramación

Ennio Tucci

Diseño de portada

Greisy Letelier

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN978-980-14-5389-5

Depósito legal DC2023001551

Yldefonso Finol Ocando

**El Socialismo
Bolivariano del
Siglo XXI**

La ecuación del buen vivir y el bien común

Los ganaderos terratenientes cuando quieren forzar un aumento del precio de la leche, tiran la producción a los ríos para provocar escasez. Esta es la actitud opresora, capitalista bestial.

Los pescadores añú del Lago Maracaibo, cuando obtienen zafras abundantes que los intermediarios no quieren pagar a un precio justo, regalan los peces a la comunidad, dejando para sus familias la porción ordinaria de subsistencia. Esta última actitud es la fórmula del equilibrio del buen vivir y el bien común.

Esta edición la dedico a Nicolás Maduro, al humilde luchador social que conocí a finales de la década de los ochenta, y traté con más frecuencia en la Asamblea Constituyente de 1999. Se la dedico al líder designado por el Comandante Chávez para dar continuidad a la Revolución Bolivariana, que ha sabido resistir, junto a nuestro pueblo, la embestida más criminal del imperialismo, logrando la “mayor suma de estabilidad política” en la época de mayores tempestades contra la Patria. Vamos con su liderazgo, como presidente Constitucional de la República Bolivariana de Venezuela, a conquistar la “mayor suma de felicidad posible y la mayor suma de seguridad social” para nuestro Pueblo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Primeros pasos al socialismo	13
Capítulo I	
Definición y caracterizaciones: un fantasma de carne y hueso	27
Caracterizaciones urgentes	29
Capítulo II	
Contenidos programáticos del socialismo del Siglo XXI	47
Capítulo III	
Socialismo del siglo XXI y pueblos originarios: la fórmula de equilibrio entre el buen vivir y el bien común	59
Capítulo IV	
Economía socialista del siglo XXI	71
Capítulo V	
El componente cristiano del socialismo del siglo XXI	95
Capítulo VI	
Socialismo y federación	105
Capítulo VII	
La formación político-ideológica de la militancia socialista	113
Capítulo VIII	
La corrupción como obstáculo a la revolución socialista	133
Capítulo IX	
Fuerza Armada, Bolívar y socialismo	147

INTRODUCCIÓN

PRIMEROS PASOS AL SOCIALISMO

Cuando Chávez declaró la orientación antiimperialista del proceso revolucionario en Venezuela y remató en Porto Alegre planteando, abiertamente, que la opción frente al sistema capitalista y todo su lastre de injusticias, es el socialismo, nuestra revolución se vistió de mayúsculas. Chávez resucitó un tema que llevaba década y media enterrado, y colocó sobre la mesa de la agenda mundial, el gran debate que desde mediados del siglo XIX acaparó la atención de la humanidad: ¿Es posible construir una sociedad más justa e igualitaria en el marco del capitalismo, o hay que romper su predominio y avanzar hacia el socialismo como sistema que pone la producción al servicio del bienestar colectivo? Tamaño reto para la dirigencia del proceso bolivariano. La mayoría se había acostumbrado a ser parte de una maquinaria electoral que gana elecciones gracias al portaaviones del *Por Ahora*. La situación cambió drásticamente desde 2013.

También abunda una base social de dudosa afinidad ideológica en los cientos de miles de cargos públicos que involucra la administración pública. Pero cuántos estamos seriamente comprometidos con dotar de ese imprescindible contenido revolucionario la acción

política de todos los días. El debate entre nosotros es muy escaso. Inexistente se podría decir. No practicamos la crítica y la autocrítica, y por el contrario, desde muchos puestos de mando se cercenan estas prácticas necesarias, y se margina a quienes las ejercen con la mejor intención. Reproduciendo los más detestables vicios de la vieja política, se premian la adulancia y la lisonja. Así se le hace fácil al oportunismo subirse en el barco. La organización política centralista-vertical se convierte en escalera para el arribismo, que es la avaricia de ascender al poder para tener privilegios, no para servir al pueblo. Este fenómeno nos ha abofeteado en sucesivos escándalos de corrupción que fueron posibles por amiguismos y comadrazgos previos.

Además de ir en la dirección correcta al asumir la vía socialista, primero por Chávez y luego liderado por Nicolás Maduro, el proceso venezolano ha apretado el acelerador de la historia. La contundencia del Proyecto Socialista Bolivariano, nos ha convertido en catalizador de la discusión mundial sobre los modelos contrahegemónicos alternativos. El discurso chavista dejó atrás la verborrea acuosa, para llenarse de nítidos aceros. Chávez pasó de líder emocional a estadista de proyección internacional, y legado reivindicador del bolivarianismo como doctrina de la emancipación de los pueblos. Por eso es el imperialismo quien nos confronta directamente.

Ya no basta rumiar cierta fraseología “revolucionaria” y vestir franelas con la efigie del Che. El asunto es mucho más profundo y complicado. Vencer la escalada pro-capitalista de los últimos tiempos, con toda la carga ideologizante de la vertiginosa globalización informativa y el neoliberalismo cultural, es una condición obligada para que triunfen las ideas igualitarias. Construir una sociedad solidaria frente al individualismo exacerbado por la publicidad, levantar un modelo de personas comprometidas con los valores patrióticos frente al consumismo y la competitividad, son tareas que solo la

coherencia ideológica de una vanguardia esclarecida puede ayudar a consolidar en la sociedad mayoritaria.

El enemigo nos sigue la pista cotidianamente. Su accionar es el sabotaje, la conspiración, el boicot, las medidas coercitivas unilaterales para hacernos fracasar. El odio y el miedo son una mezcla muy peligrosa; y no hay nada más odiado y temido por el imperialismo en nuestra Abya Yala que el bolivarianismo. El imperio apunta al pueblo que va en dirección correcta. Ellos saben que Bolívar sigue encarnando la vocación libertaria de Indoamérica. Hay mucha fuerza histórica en su andar. Es urgente constituir un ejército de mujeres y hombres dotados de armas ideológicas firmes. Volvamos a los círculos de estudio en cada célula patriótica, en cada movimiento social. No temamos al conocimiento científico del socialismo y el bolivarianismo.

La resurrección del socialismo

Al pronunciar la palabra mágica en el Foro Social Mundial en Porto Alegre, el entonces presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez, reinauguró un debate que llevaba década y media enterrado. El mundo vivía la era del pensamiento único y la globalización neoliberal. Para la gran mayoría, con el sistema económico capitalista la humanidad había llegado a su destino definitivo en el largo viaje de la historia. Se habló entonces del “fin de la historia”. Pero le ha tocado, nada más y nada menos que a la patria de Bolívar, ser el epicentro del más importante despertar de los pueblos del continente americano, en la búsqueda de un destino diferente al de la miseria y la subordinación que se le venían imponiendo como inexorables. Precisamente aquí en este continente donde se desarrolló, a cuenta de saquear y asesinar, el más poderoso y agresivo imperialismo. No tengamos entonces ninguna duda, de que ese imperialismo va a hacer todo cuanto esté a su alcance, para impedir el avance de la Revolución Bolivariana. No va a detenerse,

ni va a tomar pausa. Minuto a minuto sus expertos desestabilizadores, terroristas, lacayos, espías, mercenarios, intentarán cualquier escenario que les permita deshacerse de la revolución venezolana. El trabajo político-ideológico adquiere entonces una significación de vida o muerte.

Todo lo que se haga en materia de redistribución del ingreso nacional hacia los sectores más necesitados no bastará para aglutinar la fuerza que necesitamos para resistir los empujones que se nos vienen encima. Solo una conciencia colectiva firme, sólida, monolítica, convertirá a nuestro pueblo en bastión inexpugnable. Debemos sembrar muy profundo la idea que nutre nuestra causa, más allá de contiendas electorales y coyunturas. Hemos cuestionado todo cuanto es sagrado a los intereses del imperialismo. Se desmontó la estrategia del área de libre comercio (ALCA) y se impulsó la alianza bolivariana (ALBA) como nueva forma de integración integral, convertida en realidad creadora *sui generis*. Antes se rescató la OPEP como foro por excelencia de los países exportadores de petróleo que históricamente fungió como afínque de la defensa de los precios del crudo y de los intereses generales de los productores.

Se viene contribuyendo a la formación de nuevas alianzas internacionales, tendentes a fortalecer la tesis de una comunidad internacional más democrática y solidaria, y por tanto, menos sometida a la hegemonía estadounidense. Los esfuerzos por la creación y consolidación de la Unión Suramericana de Naciones (Unasur), destruida por los gobiernos de derecha que protagonizaron el bloque antibolivariano en el tristemente célebre “Grupo de Lima”; por la integración latinoamericana que comenzó a materializarse a partir de la Celac, por el encuentro respetuoso con Irán, India y el mundo árabe, por la alianza estratégica con China y Rusia, por el compromiso con África, sindicán a la política exterior venezolana como un elemento negativo a los ojos de Washington: “amenaza inusual y extraordinaria”.

El socialismo

En general, el socialismo es concebido como un

... sistema de organización social que afirma la superioridad de los intereses colectivos sobre los individuales, la necesidad de la acción común para el mayor bienestar para la comunidad, la potestad plena del Estado para estructurar la sociedad y la economía, sobre la base de la propiedad colectiva de los medios de producción y cambio, para concluir con la división de clases y la consiguiente lucha entre las mismas, por efecto de las desigualdades que el capital engendra entre poseedores y desposeídos, entre empresarios y trabajadores (Diccionario de Ciencias Jurídicas y Políticas, Osorio y Florit).

Cuando Chávez habló de “avanzar en la conformación de una nueva estructura social”, y se lo planteó como “un objetivo medular de la revolución, medular dentro de lo vital”, le imprimió el verdadero carácter socialista al proceso revolucionario venezolano, porque para él esa nueva estructura social está concebida como “una sociedad de iguales”. Esta es una idea muy bolivariana, expuesta por El Libertador en su Discurso de Angostura como la “igualdad establecida y practicada”.

El Líder de la revolución nos planteó que “el objetivo de largo plazo, en lo económico, nadie puede tener duda de ello, es trascender el modelo capitalista. El modelo económico capitalista es inviable, imposible; nosotros los líderes, sobre todo los líderes, debemos tenerlo muy claro”. Ese énfasis en la obligación que tienen los líderes de estar claros en la orientación anticapitalista del proceso, apunta a un asunto fundamental, cuál es, que la vanguardia debe estar agrupada en torno a un solo proyecto político-ideológico: el proyecto socialista, porque nos corresponde la enorme tarea de construirlo como sistema material de bienestar colectivo y como ideología del pueblo en revolución. Para decirlo en palabras del Che: “Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alienación”.

El socialismo planteado por Chávez se parece muchísimo al que pregonara Graco Babeuf (1791) en *El comunismo y la ley agraria*,

cuando propone como premisa de esa sociedad deseada “asegurar, en primer lugar, a todos los individuos la base material de existencia, y, en segundo lugar, una educación igual para todos”. Chávez dice que “para no caer en objetivos utópicos”, nos planteamos avanzar en la construcción de esa sociedad de iguales. ¿Avanzar en qué?, en “educación, inclusión social, igualdad”. Igualdad que Babeuf define en su Manifiesto de los Iguales (1797) como “primera promesa de la naturaleza, primera necesidad del hombre y elemento esencial de toda legítima asociación”. El discurso socialista de Chávez tiene un orden dialéctico impecable y una elaboración tan sencilla que hace que nuestro pueblo lo haga suyo rápidamente, a pesar del bombardeo ideológico antisocialista de las últimas seis décadas. Contrario al neoliberalismo salvaje, que pregona la exaltación del mercado como perfeccionador de la sociedad, superpone las cuentas económicas a las humanas, y admite la vulnerabilidad de soberanía nacional por el imperio de la competitividad; el nuevo socialismo invocado por Chávez reivindica el compromiso del Estado en la búsqueda de la felicidad social, prioriza el desarrollo humano integral sobre lo meramente mercantil y reafirma el derecho a la autodeterminación de los pueblos como esencia de la soberanía y la independencia. ¿Cómo se materializa en los hechos este objetivo estratégico de avanzar en la construcción de esa sociedad de iguales? En dos millones de alfabetizados y cientos de miles que han accedido a la educación secundaria y universitaria con las misiones educativas. En las decenas de millones de atenciones en salud de la Misión Barrio Adentro. En el ahorro familiar y seguridad de abastecimiento alimentario que han significado Mercal y los CLAP. En la democratización del crédito y la promoción de la economía popular, el cooperativismo y la empresa familiar. En la inyección —durante el período de bonanza— de recursos extraordinarios del negocio petrolero y las reservas internacionales para fortalecer los programas socioeconómicos a favor de las mayorías. Claro que el camino de la construcción del socialismo está

plagado de múltiples y muy complicadas dificultades. La primera de ellas, la acción del imperialismo, que utiliza todo su poderío y aprovecha cualquier oportunidad para atacar. El solo predominio de las relaciones capitalistas en el mundo constituye de por sí un obstáculo a cualquier intento por construir alternativas de desarrollo humano diferentes. Es la cultura capitalista, egoísta e individualista, que hace a las personas ser ajenas a los asuntos del colectivo, lo que llama el Che “alienación”; la dependencia económica y tecnológica de los centros de poder mundiales que limita objetivamente un pleno ejercicio de la soberanía; la acción de los medios de información masiva con toda su carga manipuladora y desinformadora; la deslealtad de gobiernos de otros países que caen en la sumisión en el plano internacional a los intereses hegemónicos imperialistas. En lo interno, las divisiones e inconsecuencias de alguna dirigencia, la falta de uniformidad en torno al proyecto socialista y la débil formación político-ideológica de la militancia y el movimiento social. Son algunos de los grandes problemas que hemos de enfrentar en el reto histórico que está planteado.

Orígenes del socialismo

El triunfo definitivo del capitalismo sobre las añejas relaciones feudales, que se consolida en los siglos XVIII y XIX¹, puso de manifiesto en forma acelerada las nuevas contradicciones que signarían la vida de las personas en la nueva realidad. Las prolongadas e inseguras jornadas laborales a que estaban sometidos los asalariados, la sobreexplotación de mujeres y niños para abaratar el precio de la mano de obra, los ejércitos de desocupados lanzados a las calles por los

1 Sobre el nacimiento del capitalismo dice Marx en el capítulo xxiv del tomo I de *El Capital*: “Los descubrimientos de los yacimientos de oro y plata en América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista” (1982, p. 638).

rigores de la industria capitalista, constituían la fuente de malestar social fundamental que traería consigo las primeras manifestaciones contra el régimen naciente. La magnífica obra de Chaplin *Tiempos modernos* nos ofrece una crónica de aquellos días en que la máquina comienza a sustituir al obrero y este a tratar de destruirla o sabotearla por considerarla un enemigo directo, o de la manera cómo los trabajadores empiezan a olfatear el fenómeno de la plusvalía y cómo el Estado burgués utiliza la fuerza pública para reprimir el reclamo proletario. Diferenciación social entre los nuevos señores del capital y los depauperados trabajadores, tuvo sus primeros detractores entre intelectuales sensibles que concibieron sistemas justos capaces de aprovechar las ventajas tecnológicas de las industrias florecientes a favor de una sociedad más igualitaria. Owen en Inglaterra o Saint Simon, Babeuf, Blanqui y Fourier en Francia, fueron los iniciadores de esa visión que hoy conocemos como el socialismo.

Pero fue Marx quien fundó el socialismo como doctrina de la revolución contemporánea. Bebió del pensamiento más avanzado de la época y escrutó los conocimientos científicos que despuntaban con el alba de la era industrial y tecnológica. El socialismo francés de Graco Babeuf, Saint-Simon y Augusto Blanqui fue una de sus fuentes; de ellos tomó aquel socialismo utópico, de raíces cristianas, y lo convirtió en un socialismo basado en las leyes de la historia. Comenzó a tener nombre el viejo sueño de la igualdad entre los seres humanos. Claro está que en Marx, lo fundamental es su profunda formación filosófica, desarrollada en el debate sobre la dialéctica de Hegel y el materialismo de Feuerbach, de los que toma sus aportes y los reconvierte en uno propio y original al servicio de la humanidad: el materialismo histórico, que es la herramienta clave para comprender los fenómenos sociales a la luz de la historia. Un tercer vector que concurre al haz luminoso de la doctrina marxista, es su estudio de la economía y en particular de la teoría del valor, para lo cual se basa en la revisión de los clásicos, particularmente

del ginebrino Sismondi, y los ingleses Ricardo y Smith. Solo que el barbudo de Tréveris, se adentró en las entrañas del capitalismo con el análisis de la mercancía y fue a sus células y su ADN y descubrió el núcleo del régimen de explotación que da origen a la formación del capital: la plusvalía, el epicentro de la contradicción fundamental del capitalismo. El socialismo de Marx, sin embargo, no ha pretendido ser en ningún caso una fórmula anquilosada, que debe aplicarse mecánicamente a cualquier realidad social e histórica. Ese es el vicio del dogmatismo, que es contrario al pensamiento científico de Marx. Como nos enseñaron nuestros maestros revolucionarios, el marxismo no es una receta sino una guía para la acción.

La derrota del llamado “socialismo real” por los centros del poder transnacional, materializado en la caída de la Unión Soviética, no significó necesariamente la derrota del socialismo como proyecto emancipador. Porque si “utópico” es seguir creyendo en la posibilidad del establecimiento de una sociedad igualitaria, que desaparezca la explotación del hombre por el hombre, más lo es creer que la humanidad dejará de intentarlo. La igualdad es el más antiguo y hermoso sueño de la humanidad, por el que han luchado los mejores hijos de la tierra. Mientras unos se empeñan en destruir la naturaleza para seguir enriqueciéndose, la mayoría nos empeñamos en proteger al ecosistema para preservar la vida. Mientras unos se empeñan en hacer la guerra para su beneficio, los pueblos del mundo se alzan para conquistar la paz. Y mientras los pueblos del mundo obren en la solidaridad y sueñen la igualdad, el socialismo seguirá siendo el futuro por venir.

Breve cuestionario sobre el socialismo

¿Qué es el socialismo? El socialismo es un estado de desarrollo deseado de la sociedad, caracterizado por la búsqueda de la igualdad entre las personas, igualdad que trasciende a la mera declaración jurídica “todos somos iguales ante la ley”, y se afianza en la propiedad

social (colectiva) de los medios de producción, como garantía de una —cada vez más— progresiva distribución de la riqueza. Esto pasa por establecer, desde el Estado, las condiciones para que haya igualdad de oportunidades de acceso a los bienes y servicios fundamentales: alimentación, salud, vivienda, educación, empleo, cultura y esparcimiento.

Es el socialismo la fase última de desarrollo de la humanidad? No. Para que el socialismo sea verdaderamente revolucionario y no una mascarada pseudocapitalista, debe asumirse como la transición hacia una etapa ulterior de sociedad igualitaria, donde la comunidad asume de manera directa el control político y económico, y los beneficios de la producción y del progreso acelerado de la ciencia y la tecnología son utilizados en el bienestar colectivo. El socialismo es el camino hacia el comunismo.

¿Se establece el socialismo de una vez y para siempre? No. Por tratarse de una sociedad que enfrenta radicalmente la contradicción capital-trabajo, que da prioridad a los intereses de las mayorías contra los privilegios de las oligarquías, el socialismo siempre será perseguido a muerte por la derecha social y política. Intentarán destruirlo, impedir su paso, pero si lo perciben inevitablemente triunfante, buscarán mediatizarlo con propuestas ambiguas, con matices eufemísticos, y le quitarán su esencia popular. Basta observar el lamentable espectáculo de los llamados “partidos socialistas” europeos. Pero de cualquier manera, la contrarrevolución hará todo cuanto esté a su alcance para detener el proyecto socialista. La historia reciente nos ha demostrado que no basta declararse socialista, que no sirve de nada vociferar sobre socialismo si no se está dispuesto a construirlo con creatividad y firmeza. Las revoluciones son reversibles. Recordemos el Chile de 1973, la Nicaragua de 1990 y la Perestroika.

¿Tiene que existir un Estado fuerte y autoritario para que haya socialismo? No. El corazón del socialismo es la participación protagónica del pueblo. Si la gente común, la clase trabajadora, el

campesinado, los estudiantes e intelectuales, no tienen poder de decisión en la alta política y en la gestión local, no puede hablarse de socialismo. Ahora bien, frente a la agresión imperialista, el pueblo necesita contar con un Estado fuerte y audaz, capaz de acumular fuerzas en lo militar, internacional y económico, para sostener el proyecto redentor a todo evento. Estado fuerte sí, pero al servicio del pueblo, en manos del pueblo trabajador.

¿Cuál es la vía para llegar al socialismo? Si tuviésemos que responder en una sola frase, apelaríamos a la milenaria cultura china, para decir con Lao Tse: “La vía de las vías no es la vía común”. O, en términos de nuestro Simón Rodríguez, quien demolió cualquier falso dilema ante la necesidad de ser originales: “O inventamos o erramos”. Ningún pueblo del mundo puede hacer su revolución imitando. Hay que fajarse con las circunstancias. El espacio tiempo específico que nos toca vivir a cada uno, no deja lugar para las copias. Eso sí, debemos aprender experiencias revolucionarias en cualquier parte del planeta, sobretodo de los pueblos hermanos con quienes compartimos continente e historia. Aprender de los ejemplos exitosos, y de los fracasados también.

¿Puede un país solo, llegar al socialismo? Definitivamente no. El predominio de las relaciones capitalistas en el mundo y la hegemonía militar imperialista, hacen imposible la construcción del socialismo en un solo país. En el marco de la globalización neoliberal, el control excesivo de la información y los mercados, impiden el desarrollo de una economía alternativa a la que busca la maximización de la ganancia. Las fuerzas revolucionarias deben tomar el poder político y emprender una acción gubernamental orientada a ir creando las condiciones objetivas y subjetivas para la construcción del socialismo. Por ello, podemos afirmar que existen gobiernos de inspiración u orientación socialista, mas no podemos decir, con base científica, que exista el socialismo. El socialismo es un proyecto en plena gestación, y los espacios de la vida material y espiritual alcanzados por

los proyectos socialistas, deben consolidarse en la cotidianidad de los pueblos, con conciencia plena de que un retroceso capitalista los desmantelará sin vacilaciones.

¿Se puede alcanzar el socialismo en un corto plazo? No. Los procesos históricos no son rápidos ni rectilíneos. Se requiere la acumulación de sucesivos acontecimientos sociales, políticos, económicos y culturales, para que una sociedad dé saltos definitivos hacia transformaciones profundas. Las diversas etapas vividas por la humanidad en cuanto a modos de producción, han sido sumamente prolongadas y no han desaparecido las viejas formas de explotación aun cuando las nuevas ya hayan pasado a ser hegemónicas. El capitalismo lleva tres siglos como sistema dominante, pero no por ello han dejado de existir formas feudales o esclavistas de producción; y las semillas de la sociedad futura, del socialismo, comenzaron a gestarse el mismo día que los primeros obreros pisaron una fábrica para alimentar con su fuerza de trabajo la acumulación de capital. Alcanzar el socialismo no será cosa de unos años, ni de unas décadas. Debemos pasar por la senda creativa de la imaginación de cómo será esa nueva sociedad y qué hace falta para conquistarla. Jorge Rodríguez decía que el socialismo “se conquista peleando”, y Argimiro Gabaldón, que “el camino es duro pero es el camino”. Lo que no podemos es esperar un día más para empezar a construirlo. Pelear cada día para que nadie nos saque de ese camino.

¿Es viable emprender la construcción del socialismo en Venezuela en el marco de la Constitución de 1999? Definitivamente sí. La Constitución Bolivariana, desde su Preámbulo hasta las Disposiciones Finales, orienta la vocación del Estado y de la sociedad toda hacia el establecimiento de relaciones solidarias y de igualdad. Los instrumentos ideales son la educación y el trabajo. Conceptos como la justicia social, la corresponsabilidad, la participación protagónica, los derechos humanos, son transversales a todo el texto constitucional. El condicionamiento de la utilidad social a la propiedad privada,

coloca de manera inequívoca el bien común por encima del interés particular. Y un asunto de verdad estratégico que costó muchísimo debate en el seno de la Asamblea Nacional Constituyente y que le está permitiendo al gobierno revolucionario adelantar una política social socialista, es la posesión absoluta de los recursos mineros y de hidrocarburos en manos del Estado venezolano. Estos medios de producción al servicio de la nación, representan un arma muy poderosa para enfrentar la pretensión imperialista y dar contenido a la defensa de la soberanía como parte de la lucha por la emancipación de nuestros pueblos. No estamos afirmando que nuestra Constitución sea socialista, pero sí estamos convencidos que es el instrumento idóneo para llevar a cabo la transición. La inclusión de los derechos de género que ha sido una lucha librada fundamentalmente por los revolucionarios socialistas y comunistas en todo el mundo; el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, batalla que partió la Constituyente claramente en izquierda y derecha, con victoria relativa para los primeros; los derechos ambientales, de los adultos mayores, de niñas, niños y adolescentes, de los discapacitados, son conquistas que apuntan a la consolidación de una sociedad de iguales. Es la esencia de la Doctrina Bolivariana que se funde con el pensamiento revolucionario de todos los tiempos para dar a luz al socialismo del siglo XXI, hecho en Venezuela, fuerte, original y sabroso como la arepa y el repique de tambor.

Por último, ¿Puede un revés electoral detener e incluso hacer retroceder la revolución socialista? Sí, sin mayoría popular la revolución no es posible.

Capítulo I

DEFINICIÓN Y CARACTERIZACIONES: UN FANTASMA DE CARNE Y HUESO

¿Qué es el socialismo? “No hay otra definición del socialismo, válida para nosotros, que la abolición de la explotación del hombre por el hombre. Mientras esto no se produzca, se está en el período de construcción de la sociedad socialista y, si en vez de producirse este fenómeno, la tarea de la supresión de la explotación se estanca o, aún, retrocede en ella, no es válido hablar siquiera de la construcción del socialismo”.

Nos aferramos a esta definición del Che que consideramos la más clara y contundente que hayamos leído. El socialismo es ante todo un camino. Un andar hacia la sociedad superior del futuro. El pueblo es el caminante, por tanto es quien decide la ruta a seguir y la velocidad de la marcha. La vanguardia debe saber esta ley. Cada realidad nacional específica determina el momento y la forma de llevar a cabo el proyecto socialista. Lo que define la condición socialista de diversos proyectos nacionales, es la búsqueda de esos objetivos estratégicos esenciales señalados por el Che: abolir la explotación del hombre por el hombre. Tener claro el concepto es

vital para caracterizar el momento histórico y poder determinar la fase concreta de construcción socialista en cada sociedad particular.

Un dato de la realidad que no debemos desestimar es que aún las relaciones capitalistas predominan en el mundo actual. La interconexión económica, típica de la era globalizada del imperialismo, permanece como variable omnipresente en las relaciones de producción en el orden mundial; incluso, un país gobernado por un partido comunista, cuya literatura oficial abunda en terminología socialista, funciona como la segunda economía capitalista mundial. Ese país es, obviamente, China, donde se realizó la admirable proeza revolucionaria que lideró Mao Tse Tung, pero que hoy tiene negocios estimados en billones de dólares, en Estados Unidos, Europa y el resto del mundo. El socialismo chino, sin embargo, existe en la derrota del hambre y la pobreza extrema en que vivían millones de seres humanos, la superación del atraso educativo-científico-tecnológico de aquella sociedad semifeudal que fue capaz de dar los saltos sorprendentes que la colocan hoy como principal potencia mundial.

Comentamos este caso de interesante heterogeneidad, para reforzar nuestra tesis de que el socialismo sigue siendo un proyecto en construcción, que el capitalismo es el sistema dominante y que la tarea histórica de sustituirlo por la sociedad socialista, tiene más vigencia que nunca. La Revolución Bolivariana ha emprendido una serie de medidas de redistribución del ingreso nacional en beneficio de las mayorías desposeídas, y esa es su mayor fuerza y virtud en lo social, pero no podemos hablar de haber establecido aún relaciones socialistas de producción. Sería un grave error confundir las conquistas populares en la gestión gubernamental con la instauración del socialismo. Intentaremos entrar en las diversas acepciones que ha adquirido el socialismo como expresión política, económica, social y cultural en sus dos siglos de existencia como ideal revolucionario por excelencia, al que aborrecen las oligarquías imperialistas del

planeta y al que abrazamos las clases trabajadoras como esperanza de un mundo mejor.

CARACTERIZACIONES URGENTES

1. El socialismo es una necesidad histórica

El socialismo es la alternativa a la destrucción neoliberal imperialista. La humanidad ha transitado en los últimos dos siglos un acelerado atajo hacia la consolidación de un modelo basado —cada vez más— en el desarrollo tecnológico y el consumo creciente de bienes y servicios en pos del confort sin límite vendido por la ideología capitalista como único modo de vida posible. Esta sobreproducción típica del capitalismo, tiene como consecuencia lógica la destrucción acelerada de una inmensa cuota de los recursos naturales escasos de que dispone la humanidad. Al capitalismo esto no le preocupa, porque su racionalidad no se detiene en detalles románticos cuando de cumplir se trata: lograr obtener el máximo nivel de ganancias por encima de cualquier otra consideración. La tendencia autodestructiva del género humano dominado por el capitalismo tiene su más aberrante expresión en las guerras imperialistas. Las oligarquías financieras en pugna por controlar los mercados, las fuentes de energía y los minerales estratégicos, son capaces de empujar al mundo al borde de su destrucción. El lanzamiento de bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki lo recuerdan con dramatismo, y más recientemente, las enfurecidas llamas a flor de tierra en los pozos petroleros de Irak o el tenebroso bombardeo con fósforo blanco sobre la población de Gaza por parte del Estado terrorista de Israel. Matar, hacer la guerra, fabricar juguetes bélicos sofisticados, es uno de los métodos más eficientes de acumulación de capital desarrollados por el capitalismo en todas sus fases, especialmente en la imperialista.

Miremos un momento la historia de los Estados Unidos. Al genocidio de las naciones originarias ejecutado por los invasores que envió la corona inglesa, siguió la orgía asesina contra la manada de búfalos, la guerra de independencia, la invasión contra México, la Guerra Civil, las invasiones a Cuba, Puerto Rico, Centroamérica, Haití, Panamá, Dominicana, Granada, Guatemala, Chile, el bombardeo sobre ciudades japonesas, sus negocios en las llamadas “Guerras Mundiales”, Corea, Vietnam, Medio Oriente, la injerencia explotadora en África, y todos los etcéteras que nos traen a la invasión contra Afganistán, Irak, Siria, y la amenaza constante de atacar cualquier otro país como Irán o Corea del Norte. Todo esto sumado a las operaciones encubiertas, boicots, magnicidios, terrorismo clandestino, que han practicado siempre desde los tiempos del barco Maine en la Bahía de La Habana, hasta las armas de destrucción masiva de Saddam Hussein y el invento *made in* CIA de Al Qaeda.

Fidel Castro, en su discurso ante la Conferencia de Naciones Unidas sobre Ambiente y Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro en 1992, advirtió en forma brillante, del peligro de destrucción que acechaba ya por entonces a la humanidad. Dijo:

Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre. Es necesario señalar que las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de la atroz destrucción del medio ambiente. Ellas nacieron de las antiguas metrópolis coloniales y de políticas imperiales que, a su vez, engendraron el atraso y la pobreza que hoy azotan a la inmensa mayoría de la humanidad. Con solo el veinte por ciento de la población mundial, ellas consumen las dos terceras partes de los metales y las tres cuartas partes de la energía que se produce en el mundo. Han envenenado los mares y ríos, han contaminado el aire, han debilitado y perforado la capa de ozono, han saturado la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas con efectos catastróficos que ya empezamos a padecer. Los bosques desaparecen, los desiertos se extienden, miles de millones de toneladas de tierra fértil van a parar cada año al mar. Numerosas especies se extinguen. La presión poblacional y la pobreza conducen a esfuerzos desesperados para sobrevivir aun

a costa de la naturaleza. No es posible culpar de esto a los países del Tercer Mundo, colonias ayer, naciones explotadas y saqueadas hoy por un orden económico mundial injusto. Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo.

Lo dicho por Fidel tiene una pertinencia que trasciende el enfoque político para buscar, casi con desesperación, sensibilizar a todo el orbe, sobre la irracionalidad del esquema de producción dominante, el cual, además de generar relaciones de explotación humana inaceptables, nos somete al riesgo cierto de desaparecer como especie por la destrucción acelerada de las condiciones ambientales mínimas que hacen posible la vida en el planeta. La explicación contenida en *El Capital* de Carlos Marx, nos habla de la destrucción de parte de las fuerzas productivas como lógica del sistema capitalista por su tendencia cíclica a padecer crisis de sobreproducción. Esta conclusión de base científica, se ha manifestado de diferentes formas a través de la historia, llegándose a cometer verdaderos desajustes como aquél de unos ganaderos que prefirieron echar al mar su producción lechera antes que sacarla al mercado a los precios existentes. El dirigente revolucionario e intelectual cubano Raúl Valdés Vivó (2003), explica de manera concisa este enfoque marxista:

Una parte de la plusvalía que surge cada año es consumida personalmente por las clases poseedoras como renta, pero el resto se acumula como capital. Ese consumo, por inmenso que sea, no logra la venta de la mayor parte de las mercancías, no evita las crisis de sobreproducción. El trabajo no retribuido que se les extrae a los trabajadores les impide consumir el grueso de lo que producen, viene a servir de medio para arrancarle nuevo trabajo no retribuido. Así, como el capital produce plusvalía, la plusvalía a su vez crea capital (p. 107).

El asunto se torna mucho más grave. A las crisis capitalistas de finales del siglo XIX y la década del treinta del siglo XX, les siguieron sucesivas guerras imperialistas que sirvieron para destruir una voluminosa masa de fuerzas productivas, léase capital, recursos naturales

y fuerza de trabajo, o sea, seres humanos. ¿Qué sobrevendrá de la actual crisis general capitalista que ha puesto en jaque los sofisticados intersticios del sistema? Ya sabemos que el calentamiento global no es una de sus prioridades. Y ahora con la preocupación de salir de la crisis, el tema ambiental pasará, una vez más, a un plano casi invisible para ese maravilloso mundo de las finanzas. La alternativa a este suicida sistema de explotación del hombre por el hombre es pues, el viejo sueño de la igualdad, el vilipendiado socialismo.

El otro aspecto que hace del socialismo una necesidad histórica, es impedir que la escalada de violencia que significa el capitalismo como sistema basado en la explotación del hombre por el hombre, acabe por destruir a la humanidad. La expansión mercantilista de los viejos imperios europeos significó una catástrofe demográfica (Gustavo Gutiérrez)² para los pueblos originarios de Abya Yala. 70 millones de personas fueron exterminadas entre los siglos XVI y XVIII por la invasión europea. Sobre ese cementerio continental se produjo el proceso de acumulación de capital más espantoso de la historia humana, solo comparable con la tragedia infringida a los ancestros africanos por la esclavista barbarie europea. Estimaciones especializadas afirman que:

2 El sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez acuñó el término “catástrofe demográfica”, para definir lo ocurrido con el desplome poblacional de ese territorio que los invasores europeos llamaron al principio “Las Indias”. En su libro *En busca de los pobres de Jesucristo*, Gutiérrez resume las estadísticas de población estimadas por diversas escuelas antropológicas: “Los cálculos son muy variados. Las estimaciones más bajas las dan Kroeber (8.400.000), Rosenblat (13.380.000) y Steward (15.500.000). Las más altas Dobyms (de 90 a 112.000.000) y la escuela de Berkeley (100.000.000). Sapper (37 a 48.000.000) y P. Rivet (entre 40 y 45.000.000) se sitúan entre las posiciones medias. W. Denevan presenta un estado de la cuestión haciendo un acucioso balance de los estudios dedicados al tema; después de una revisión de los criterios usados para calcular la población precolombina de las Indias, el autor opta por 57.300.000 personas (con un margen de error que va de 43.000.000 a 72.000.000)”.

cerca de 140 millones de africanos de todas las edades, fueron “cazados como animales, comercializados como esclavos y violentamente desterrados, murieron durante su captura, fueron asesinados o lanzados desde los barcos negreros a las aguas del océano Atlántico, resultado de la llamada conquista y colonización europea” (Izquierdo, 2005, p. 9).

Se calcula que desde finales del siglo XIX a mediados del XX hubo más de doscientos conflictos armados en los que murieron más de 100 millones de personas. Después de la Segunda Guerra se desarrollaron 70 conflictos regionales que involucraron a 80 países y que arrojaron la lamentable cifra de 25 millones de víctimas.

Un activo y sistemático papel en las guerras y la desenfadada carrera armamentista ha desempeñado Estados Unidos, cuando en la década de los años setenta, mantuvo rodeado el globo terráqueo por una red de 2.500 bases militares y cerca de mil pequeños emplazamientos de uso militar en más de cien países, en los cuales desplegó 12.000 ojivas nucleares y más de 500.000 soldados; en Europa mantuvo 325.000. Actualmente, Estados Unidos mantiene más de 360 bases e instalaciones militares, de ellas 292 están en su propio territorio y 70 en varios países (*Ibid.*, p. 13).

La Primera Guerra Mundial involucró a 34 Estados que movilizaron 70 millones de soldados, su resultado fueron 10 millones de uniformados muertos, 20 millones de mutilados, 21 millones de heridos, y quinientos mil civiles fallecidos. Mientras, la Segunda Guerra Mundial significó la participación de 72 Estados con 110 millones de militares en acción, de los que murieron 34 millones, 28 millones quedaron mutilados, las bajas civiles superaron los 30 millones. Solo la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ofreció el 10% de su población, unos 20 millones de personas, en esta hecatombe humana desatada por la ambición imperialista del capital transnacional y sus Estados títeres. Los daños en cada nueva guerra son más graves en la medida que se van sofisticando los aparatos bélicos, con la aplicación de las más modernas tecnologías. Las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos sobre Hiroshima y Nagasaki,

dejaron un saldo horrendo de 300.000 muertos. Hoy el planeta está sembrado por doquier de armas mil veces más destructoras.

El socialismo es el sistema que frenará radicalmente esta carrera loca hacia la destrucción de la especie, al sustituir el afán de lucro y poder político de los países imperialistas, por un esquema solidario de cooperación y corresponsabilidad, como el planteado en la categoría aportada por El Libertador Simón Bolívar del Equilibrio del Universo.

Los recursos invertidos en este juego suicida, servirían con creces para saciar las miserias materiales que padece la humanidad, y emprender seriamente el desarrollo integral y equilibrado de todas las naciones del planeta. La inviabilidad del capitalismo tiene sus más hondas raíces en la paradoja de ser un sistema que acelera la generación de riqueza haciéndola crecer en forma geométrica, pero, a su vez, por su esencia explotadora transfigurada en la plusvalía, es capaz de provocar brechas insalvables lanzando a la miseria a parte importante de la población mundial. Datos de la FAO señalan que de los 7.900 millones de personas que habitan el planeta, dos mil millones viven por debajo de la línea de pobreza, y 858 millones sobreviven con hambre crónica. Quedó muy lejos la posibilidad de cumplir en el 2015 las “Metas del Milenio de la ONU”, entre las cuales estaba planteada la erradicación de la miseria. La desigualdad es apenas una consecuencia “normal” del capitalismo. Millones deben pasar hambre, para que unos pocos ostenten fortunas y lujos insolentes. En este sistema se da la “expropiación de la masa del pueblo por unos cuantos usurpadores”, como diría Marx. En el socialismo, la masa del pueblo expropia a unos cuantos usurpadores, recuperando lo que le pertenece porque lo produce con la aplicación de su trabajo sobre los bienes naturales que son propiedad colectiva.

2. El socialismo es el verdadero humanismo

El socialismo es el sistema que coloca lo humano por encima del capital; es, según José Carlos Mariategui: “la realización de un inmenso ideal humano”. Marx y Engels llegan a usar en su *Manifiesto Comunista* la palabra humanismo como sinónimo del comunismo, para referirse a ese estadio superior de desarrollo de la sociedad donde resultará inconcebible que a algún ser humano se le nieguen sus derechos. El cacareado humanismo de los teóricos reformistas y burgueses no trasciende al sistema de la ganancia donde predomina la acumulación de capital por la apropiación del trabajo de los otros, que es la lógica del capitalismo. El humanismo socialista plantea una ruptura epistemológica con toda expresión de las sociedades basadas en la explotación y promueve la instauración de un sistema libre de toda forma de alienación y desigualdad social. Como dice el propio Marx en el primer libro de *El Capital*, la diferencia fundamental entre capitalismo y socialismo es que en aquél caso se trata de la “expropiación de la masa del pueblo por unos pocos usurpadores; aquí se trata de la expropiación de unos pocos por la masa del pueblo” .

¿Qué condiciones del ser humano sobresalen de manera crudísima en el marco del modelo civilizatorio predominante? En primer lugar, nuestra condición de frágiles seres biológicos. No somos más que eso en la hora de la existencia más elemental; razón que debería bastar para que los “buenos deseos” del humanismo se cumplieren al pie de la letra, así como ese eterno sueño por el que ha luchado una parte de los humanos: la igualdad. Pero esto no ocurre por efecto espontáneo, menos cuando —precisamente— esa esencial condición biológica, lanza a millones de seres humanos al umbral de la sobrevivencia.

El humano, sin embargo, ese minúsculo ser de la totalidad, constituye el elemento más problemático de la naturaleza: criatura insaciable, de necesidades crecientes (naturales y creadas), con

capacidad transformadora por poseer raciocinio, que para proveerse de alimento, guarecerse de determinadas condiciones climáticas o simplemente alcanzar más confort, crea herramientas, acumula experiencia, sistematiza saberes, se confronta con la naturaleza y con los otros que supone diferentes. Este individuo se mueve por el deseo de satisfacción, por el miedo a lo incomprendido, y por el afán de pervivir (forma grupo y concibe sus mitos).

Y, lo más olvidado, lo que realmente constituye y da existencia al ser humano, eso que los poderes fácticos a través de la historia se han esmerado en ocultar, falsear, manipular: que lo verdadera y únicamente humano es lo social.

No existe el individuo sin el colectivo. Y esto es válido para otras especies vivientes. Algunas se extinguieron y otras están en peligro de desaparecer, por drásticos cambios ambientales, que en nuestro tiempo se aceleran por la intervención vertiginosa de la actividad humana.

En el humano se mantienen rasgos del origen animal, como los instintos, la interdependencia y lo gregario, pero se desarrollan como en ninguna otra forma de vida la comunicación y la creación: he allí lo específico del trabajo social que crea lo humano.

La economía es eso en principio: la búsqueda de los bienes de consumo y las formas de organizar la producción, como componente imprescindible de la existencia y la formación social.

Surge la posesión comunitaria como necesidad existencial, y luego la propiedad particular como fuente de poder. El intercambio exige definiciones del valor relativo de los bienes frente a las necesidades y a las posibilidades: el valor de cambio. El mercado pasa a definir la noción de lo humano en cada etapa del devenir histórico, como expresión de esa categoría medular del proceso civilizatorio específico —y global— que es la mercancía. El verbo “tener” antecede al al verbo “poder”, y este se torna en relaciones

que acrecientan la tenencia, y la acumulación como secuela de la contradicción trabajo-propiedad.

La lógica de la sociedad capitalista se encarga de ir triturando eso que la noción ingenua del humanismo quiere revivir con nostalgia:

Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás (Engels y Marx, 2003, p. 56).

La confrontación por el poder radica en la racionalidad de sociedades basadas en el control de la propiedad, más allá de las necesidades de la comunidad. Entonces deja de existir lo “humano” como figura idealizada desde perspectivas mágico-religiosas.

La propiedad entendida como un fin en sí mismo que provoca saltos cualitativos en la evolución de todo lo humano, sea individual o colectivo, nos la presenta Galbraith como epicentro de la contradictoria dinámica social:

Y la cuestión de la propiedad pública o privada de los medios de producción marca la gran diferencia entre los mundos capitalista y socialista. De modo que aunque la aportación teórica romana haya sido escasa, no por ello dejó el genio romano de identificar y dar forma a la institución que, más que cualquier otra, constituiría el punto de mira de las aspiraciones personales, del desarrollo económico y del conflicto político en los siglos siguientes (1992, p. 29).

La soledad del individuo entre la muchedumbre que rinde culto a la mercancía, lanza al humano al llamado “darwinismo” social, desvaneciendo toda noción de solidaridad, la competencia brutal convierte al semejante en objeto utilitario y/o potencial enemigo; nada que no contemple la cartilla de antivalores impuestos desde las exquisitas atalayas del neoliberalismo económico.

El humanismo homocéntrico se autodestruye por la voracidad del poder de los poderes: el capital transnacional. Las guerras y la destrucción de los ecosistemas nos muestran con nitidez la verdadera condición del humano. Hitler era tan humano como Netanyahu.

El “humanismo” cristiano que es cultural por herencia colonial —cada vez más ensordecido por las jugarretas del mercado— no se sostiene ante los demoledores martillazos de la cotidianidad, quedando marcado por el hereje aforismo del Manifiesto: “El socialismo cristiano es el hisopazo con que el clérigo bendice el despecho del aristócrata” (Engels y Marx, 2003, p. 82).

Las selvas son devoradas por el afán de lucro de empresarios que en el nombre de su “Dios” asesinan a los pueblos originarios que sobrevivieron a la invasión que hace más de cinco siglos hicieron otros genocidas en nombre de “Dios”.

Es iluso insistir en lo “humano” como lo puro y virtuoso; y ofensivo a la dignidad, abusar de la creencia popular para eternizar la opresión, como han hecho las iglesias —salvo muy contaditas excepciones— a lo largo de la historia. Los nazis gozaron de bendiciones, como los ejecutores de la Operación Cóndor y los sionistas son elegidos de un “dios”.

La ciencia está en medio de la contradicción como necesidad y fuente de poder. El control de las farmacéuticas por parte de los capitales transnacionales condena a la humanidad excluida a padecer todas las enfermedades sin derecho a nada: esa parte de la humanidad que aquella otra no consideró humanos, los invadió, les hizo guerras injustas, despojó de sus naciones y les esclavizó.

La creación artística es parte del juego: se está por la igualdad o se sirve de bufón al capital. Existen certámenes al estilo de los Stefan, que ponen a millones de personas a legitimar unas consignas de laboratorios tenebrosos: ¡Humanistas a lo Posada Carriles!

“El dinero humilla a todos los dioses del hombre y los convierte en una mercancía... Hasta el mismo amor, la relación entre hombre

y mujer, se trueca en un objeto comerciable” (*Ibid.* p. 55), llegó a expresar el juicio Carlos Marx.

También el esclavista Aristóteles dijo lo suyo al respecto: “Hay hombres que convierten cualquier cualidad o cualquier arte en un medio de hacer dinero; lo toman por un fin en sí, y creen que todo debe contribuir a alcanzarlo” (Aristóteles, citado por Galbraith, 1992, p. 25).

En un magnífico libro del cubano Armando Hart (2005), titulado *Marx, Engels y la condición humana*, el autor señala:

Lo ético debemos colocarlo en el centro del debate entre explotados y explotadores...La primera y gran injusticia dentro del sistema capitalista está en arrebatarles a los trabajadores el nuevo valor creado por su trabajo. Podemos cimentar la ética a partir del estudio de la plusvalía y colocar como piedra esencial de una moral ciudadana el honor del trabajo; otro elemento a resaltar es la disposición humana, para asociarse con el objetivo de forjar una sociedad enriquecida material y espiritualmente. Constituyen valores fundamentales de la ética exaltar el honor del trabajo y la vocación social del hombre (p. 54).

El filósofo español Adolfo Sánchez Vázquez, nos legó este resumen sobre la visión marxista del ser humano:

El hombre real, para Marx es, en unidad insoluble, un ser espiritual y sensible, natural y propiamente humano, teórico y práctico, objetivo y subjetivo. El hombre es, ante todo, praxis; es decir, se define como un ser productor, transformador, creador; mediante su trabajo, transforma la naturaleza exterior, se plasma en ella y, a la vez, crea un mundo a su medida, es decir, a la medida de su naturaleza humana. Esta objetivación del hombre en el mundo exterior, por la cual produce un mundo de objetos útiles, responde a su naturaleza como ser productor, creador, que se manifiesta también en el arte, y en otras actividades (Sánchez, 1999, p. 273).

Como ser social en esencia y por definición, el ser humano es el factor fundamental de la transformación de la sociedad. La famosa

Introducción a la Crítica de la Economía Política de Marx, nos propone en poética prosa que:

... en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia (Marx, 1999).

Sánchez Vázquez refuerza esta idea del hombre como ser histórico:

Las relaciones diversas que contrae en una época dada constituyen una unidad o formación económico-social que cambia históricamente bajo el impulso de sus contradicciones internas y, particularmente, cuando llega a su madurez la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Al cambiar la base económica, cambia también la superestructura ideológica, y con ella, la moral (1999, p. 273).

3. El socialismo como sistema de desarrollo integral

En términos bolivarianos el modelo de sistema de gobierno perfecto es aquel “que produce la mayor suma de felicidad posible, la mayor suma de seguridad social y la mayor suma de estabilidad política” (Bolívar, año, p.?). El socialismo verdadero es enemigo del desarrollismo industrialista y el economicismo hedonista. La nueva sociedad no busca continuar el *boom* consumista y el afán irracional de *confort* que conlleva la destrucción ambiental y la enajenación del espíritu humano. Al contrario, el socialismo debe provocar la ruptura del ciclo capitalista con el advenimiento de una nueva civilización más próxima al principio del *buen vivir-bien común* que heredamos de las culturas originarias. Esta liberación integral del ser humano que es el socialismo, aglutinará el esfuerzo colectivo de la clase trabajadora en general, con sus intelectuales y científicos, para construir

un sistema de seguridad económica, social, cultural y ambiental, capaz de brindar a las personas la satisfacción de sus necesidades fundamentales en lo material y lo espiritual. Ello significa la creación de suficientes bienes y servicios con el menor desgaste humano y ambiental posible, y sin sacrificar el tiempo de compartir familiar, crecimiento intelectual, y disfrute del ocio placentero y gratificante, tal como lo planteó el célebre santiaguero Paul Lafargue, yerno y camarada de Marx, en su magnífica obra *El derecho a la pereza*.

Nuestra visión del desarrollo es radicalmente opuesta a la desplegada por la ideología neoliberal que concentra su atención en meros resultados macroeconómicos en cifras, despreciando lo social y reduciendo a un rol insignificante el papel del sector público en materia económica. Pero también nos enfrentamos a la concepción desarrollista de los viejos y algunos nuevos keynesianos, para los cuales basta con perseguir el pleno empleo de la población económicamente activa y mantener alta la demanda agregada, para que el efecto multiplicador de la inversión reproduzca una vez más las bondades del sistema y así sucesivamente. El socialismo del siglo XXI surge —y hace resurgir el viejo sueño socialista— contra esas doctrinas económicas por la constatación efectiva de su fracaso para resolver los tremendos problemas que padece la humanidad en los umbrales de este nuevo milenio. Para nosotros se trata de alcanzar la “igualdad sustantiva, cuya ausencia total es el núcleo vicioso de todas las relaciones sociales bajo el sistema existente” (Mészáros, 2005, p. 6). Esa igualdad sustantiva nos remite a la máxima marxista, expuesta en debate con Ferdinand Lassalle, en el documento conocido como “Crítica del Programa de Gotha”:

Cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en su bandera: de cada cual según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades (Marx, 1977, p. 12).

Será el tiempo de la utopía del comunismo. La liberación de las fuerzas productivas de las amarras opresoras que imponen las relaciones de explotación capitalista, que solo es posible con el triunfo de la revolución socialista, abre de par en par las compuertas de la creatividad humana para un desarrollo sin precedentes de la ciencia, la tecnología, el arte y la productividad. Pero este nuevo tipo de desarrollo no debe confundirse con el desarrollismo típico del capitalismo industrial ni con el consumismo desaforado del imperialismo neoliberal. El desarrollo del que hablamos es un desarrollo integral de alto contenido humanista y ecologista, que planifica el uso de los bienes naturales previendo su conservación y su mejor aprovechamiento en función de satisfacer necesidades sociales colectivas e individuales, materiales y espirituales; y toma en cuenta los derechos de las generaciones por venir. Es, ciertamente, un desarrollo antidesarrollista, un nuevo proceso civilizatorio. En términos bolivarianos, el socialismo como gobierno popular produce la mayor suma de felicidad, de seguridad social y de estabilidad política. El desarrollo económico por sí solo no basta, debe estar acompañado por una justa distribución de la renta nacional, por la garantía de los derechos sociales fundamentales, y el ejercicio pleno del poder político por el pueblo organizado.

4. El socialismo como sistema del equilibrio universal

La sola idea del llamado Internacionalismo Proletario, desarrollada desde la Liga de los Comunistas en el siglo XIX y los partidos comunistas y socialistas en el siglo XX, es una gran creación ideológica de ese nuevo mundo que soñamos, basado en relaciones justas de intercambio, respeto de la autodeterminación de los pueblos y una paz estable y sostenible. La estrategia de la multipolaridad y la preeminencia de la paz, como premisas de las nuevas relaciones internacionales vienen subsumidas del principio bolivariano del Equilibrio Universal. La visión de un mundo con desarrollo armónico de las

fuerzas territoriales que lo componen, así como inspirado en el respeto al derecho ajeno, contradice la innata vocación imperialista del capitalismo, que, so pretexto de garantizar la seguridad en el mundo, se erige en gendarme universal con potestad y jurisdicción de hecho sobre todo el planeta. La idea de una hegemonía imperialista con Estados Unidos como única potencia dominante, pervierte de raíz ese deseo unánime de los pueblos de convivir en paz, en una comunidad internacional de naciones soberanas y fraternas. El actual desorden internacional es la mejor razón para luchar por el socialismo. Los organismos multilaterales obedecen abiertamente a los intereses imperialistas de Estados Unidos y sus aliados europeos. La ONU da vergüenza en casos como el de Palestina, permitiendo la más absoluta impunidad al terrorista Israel. Sus mecanismos internos, particularmente en el seno del Consejo de Seguridad, son lo más antidemocrático que se conozca. El tristemente célebre derecho de veto de que gozan las superpotencias solo ha servido para burlar el derecho internacional. Los derechos humanos los echaron hace rato al cesto de basura, pero los desempolvan cada vez que les da la gana para señalar a otros la brizna sin percatarse de la vara que los enceguece. La geopolítica imperialista parte de considerar el mundo asunto suyo; así, es lo más común invadir Afganistán para perseguir un enemigo invisible, hacer la guerra a Irak para derrocar un gobierno que tenía armas de destrucción masiva que nunca aparecieron, amenazar constantemente a Corea o Irán para que no desarrollen sus experimentos con energía nuclear, o, promover el armamentismo en Suramérica con un Plan Colombia que solo sirvió para amparar el terrorismo de Estado trajeado de paramilitarismo que cometió delitos de lesa humanidad impunemente.

El Programa del Partido Socialista Peruano del puño de Mariátegui (2000) nos recuerda que “la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el capitalismo” (2000), de allí que toda la militancia socialista tiene

el deber intrínseco de luchar por sus ideales en todo momento y en cualquier lugar donde se encuentre.

5. El socialismo como camino a una nueva civilización

“La verdad de nuestra época es la revolución... que ella será para los pobres no solo la conquista del pan, sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu”. Este hermoso aporte de Mariátegui nos recuerda otro de excelsa poesía que recitara nuestro Aquiles Nazoa en su “Credo”, “creo en el amor y el arte como vías hacia el disfrute de la vida perdurable... y en los poderes creadores del pueblo”. La lucha por el socialismo es ante todo una terrible lucha cultural. Los valores y dogmas cristalizados tras largos siglos de sociedades explotadoras, aunado al predominio de relaciones discriminatorias entre las personas, han creado una humanidad marcada por la miseria de amplias mayorías frente a los privilegios grotescos de minorías opulentas; humanidad frívola, consumista, indiferente, manipulada por los intereses de los poseedores de la ganancia capitalista a nivel mundial. Situaciones paradójicas de la civilización contemporánea como la destrucción ambiental, las perversidades económicas, la violencia de género, las migraciones marginadas y repudiadas, las invasiones violentas entre países, los conflictos artificiales entre pueblos y las violaciones masivas o selectivas, evidentes o soterradas, de Derechos Humanos, todas relacionadas con la fase decadente del imperialismo, tendrían que experimentar cambios radicales en la etapa de construcción socialista. Esa nueva civilización cuyo surgimiento va asociado a la construcción socialista, tiene que enfrentar al poderoso enemigo que constituye la maquinaria cultural imperialista. Esta maquinaria es más peligrosa y destructiva que el aparato militar yanqui. Las cadenas informativas, la vorágine publicitaria, la industria cinematográfica, conforman un aparato de dominación cultural que crea las condiciones espirituales para la hegemonía imperialista. Se tergiversa

la historia universal, se crean necesidades falsas para beneficio del mercado, se concretiza el fetiche mercantil de la persona humana, se justifican las atrocidades del imperio, se estigmatiza a los pueblos sojuzgados, se miente y se domina. La nueva civilización naciente, concentrará grandes energías mundiales en el redescubrimiento de la verdad histórica, desmitificará los paradigmas del mercadeo perverso, liberará las fuerzas creadoras del genio intelectual colectivo, fundará la cultura del compartir universal y de la preeminencia del trío sagrado humano-natura-cultura. Este germen transformador está en marcha con cierta fuerza en el mundo de hoy.

No son casuales los movimientos sociales alternativos que pregonan por doquier que otro mundo es posible. La nueva racionalidad socialista en la producción estará siempre acompañada por la nueva ética ambiental tan ancestral en los originarios indoamericanos. La nueva relación de pareja —y por tanto la nueva familia— estará imbuida de las luchas por la igualdad de género y el respeto a las diversas opciones individuales de amar. La superación de las visiones hegemónicas etnocentristas abrirá cauces a un crisol de culturas y pueblos en armoniosa condición de igualdad. En fin, una nueva humanidad vendrá a repoblar las utopías, como en la crónica real maravillosa que cantaron los poetas comunistas que dieron sapiencia y sangre durante la riesgosa aventura de soñar un mundo mejor.

Como dijera el poeta argentino Juan Gelman: “Todo esto tiene que ver con la utopía. La utopía jamás se cumple, fracasa, pero deja una renovación y la idea imperiosa de retomarla”; y su par uruguayo Eduardo Galeano nos legó esta poética reflexión: “la utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Entonces, ¿para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar”, por el camino de Argimiro Gabaldón.

Capítulo II

CONTENIDOS PROGRAMÁTICOS DEL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

1. El socialismo que queremos

Hace rato que los venezolanos sabemos políticamente lo que no queremos. No queremos volver al pasado, nos enamora el futuro y gozamos construyéndolo. No queremos ser gobernados por políticos farsantes que incumplen sus promesas. No queremos la corrupción, porque sabemos que ha sido un obstáculo fundamental al desarrollo del país y en la IV República pervirtió las instituciones hasta hacerlas inservibles. No queremos la represión y el autoritarismo que vivimos cuando Rómulo Betancourt mandó a asesinar a sus opositores, cuando Rafael Caldera allanó con tanques de guerra la universidad y cuando Carlos Andrés Pérez provocó los miles de muertos del “Caracazo”. No queremos el centralismo que ahoga la participación ciudadana y privilegia los grupos oligárquicos capitalinos. No queremos ser cola sumisa de ninguna potencia en las relaciones internacionales. No queremos que nuestros recursos naturales sean entregados a los capitales transnacionales. No queremos

la intromisión extranjera en nuestros asuntos internos. No queremos al colonialismo, ni las guerras invasoras. No queremos la guerra. No queremos la discriminación ni la exclusión social. No queremos una sociedad que profundiza la brecha entre ricos y pobres. No queremos una sociedad con una minoría superprivilegiada y una mayoría paupérrima. No queremos la injusticia. Nuestro socialismo tiene que ser necesariamente democrático. Para nosotros el socialismo es la verdadera democracia. Un sistema donde el pueblo siempre tiene la primera y última palabra. El modelo de democracia participativa y protagónica previsto en la Constitución Nacional es la plataforma política de lanzamiento de este nuevo socialismo del siglo XXI. Porque una sociedad de iguales solo es posible cuando el colectivo tiene los mismos deberes y derechos y las mismas oportunidades de expresar su voluntad, es decir, de ejercer su soberanía. Nuestro socialismo tiene que ser original. Nos lo advirtió el maestro de la Patria Bolivariana, Simón Rodríguez, quien sentenció hace dos siglos aquello de “inventamos o erramos”. También está contenido en la obra de Marx y Engels, y de todos los creadores del movimiento revolucionario mundial: cada revolución debe ser la expresión de la voluntad del pueblo de que se trate, en su propia y específica circunstancia histórica. Aunque el socialismo, como modelo ideal de sociedad igualitaria y solidaria, tenga una imagen común entre personas de diferentes latitudes, el camino de su conquista y construcción puede ser tan diverso como naciones, pueblos y culturas existen sobre la tierra. Nuestro socialismo debe desenvolverse en un estado federal y descentralizado. No hay otra manera. Recordemos que el modelo de país que nos dimos con la Constitución Bolivariana de Venezuela, plantea el carácter federal y descentralizado en razón de darle soporte territorial a la participación. Porque a mil kilómetros de distancia la gente no tiene posibilidades materiales de acceder a la toma de decisiones. Precisamente el modelo de socialismo que fracasó en la Unión Soviética tuvo uno de sus mayores

errores en imponer un esquema vertical-centralizado que ignoró y pasó por encima de las realidades regionales, y, lo que es peor aún, de la expectativa popular. Nuestro socialismo tiene que ser ético y ecológico. Tiene que cuidarse tanto de la corrupción, como cuidar al ecosistema. Tiene que velar, desde el Estado y desde la sociedad toda, por una educación en valores trascendentales, patrióticos y promover las virtudes ciudadanas; y tiene que tener clara conciencia del peligro cierto de desaparición de las condiciones naturales para la vida, si continúa el proceso de destrucción del ecosistema. El socialismo es la verdadera democracia: “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”.

2. El socialismo es la verdadera democracia

Democracia viene del griego *demos*, que significa pueblo, y *cracia* que se refiere al poder. Etimológicamente democracia es poder del pueblo, o sea, el ejercicio directo de la soberanía por parte del pueblo. En palabras de Abraham Lincoln “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. Definición perfecta. Vista así, la democracia es el gobierno cuya legitimidad proviene de la soberanía popular, es el pueblo mismo quien se lo da. En segundo lugar, es el pueblo quien lo ejerce. Y en tercer lugar, ese gobierno, obviamente, tiene que —citando a Mao— “servir al pueblo”. Eso es democracia. Pero, ¿quién es “el pueblo”? ¿Quiénes en la sociedad constituyen esa mayoría capaz de impulsar un sistema de igualdades, donde todos sean ciudadanas y ciudadanos con los mismos deberes y derechos? ¿Quiénes están dispuestos, socialmente, a renunciar a los privilegios? O, para precisar más la interrogante, ¿quiénes están dispuestos a acceder a que todos los miembros de la sociedad sean sus iguales?

La palabra pueblo suele utilizarse en varios sentidos, tiene varias acepciones. Pueblo, antropológicamente, se refiere a la etnia, la nación. Se puede hablar del pueblo venezolano o el pueblo chino. Tiene también un contenido político territorial, además del

cultural. Mas, cuando se habla de pueblo desde un enfoque clasista, se está hablando de las mayorías trabajadoras, de los más humildes, los desposeídos. El habitante de un barrio urbano o de un caserío campesino, al referirse a su grupo habla de “nosotros, el pueblo”. El acaudalado empresario cuando dice la palabra pueblo, la usa para señalar a los pobres. El político demagogo llama pueblo a todo aquello que le huela a votos, porque a los financistas que le mojan la mano, les dice “el empresariado” o “el sector privado”. Cuando los que están verdaderamente privados de derechos son los pobres que, engañados, lo llevan al poder. En todo caso, por donde lo miremos, el pueblo es la gente que tiene que vivir de su trabajo porque solo es dueña de sus manos y su cerebro. El pueblo es la clase trabajadora, manual o intelectual, ocupada o desempleada.

Durante el último siglo se hizo dogma la idea de que la democracia es el sufragio, el simple acto de votar. Esa es la llamada “democracia representativa”. Pero ese modelo, encajonado en el esquema capitalista, donde la mayoría solo vota, ni siquiera elige, y mucho menos decide, no genera gobiernos “del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. Todo lo contrario, la esencia del régimen capitalista es negadora de esa posibilidad democrática. Una sociedad que basa su razón de ser en la explotación de las mayorías por una minoría propietaria del capital, es una sociedad que nunca podrá llamarse democrática porque simple y llanamente la mayoría no decide, y el gobierno sirve a los intereses de esa clase poderosa que define el rumbo de esa nación. Baste citar solo un ejemplo: la invasión de Estados Unidos a Irak. Este país que se jacta de ser paradigma de la democracia, en contra de la opinión de la mayoría de sus ciudadanos y de la opinión pública mundial, violando flagrantemente el derecho internacional, utilizando argumentos falsos, declara la guerra para favorecer los intereses transnacionales petroleros.

El socialismo, en cambio, por ser un modelo ideal de sociedad en permanente construcción que busca el establecimiento de la

igualdad entre las personas, fomentando la propiedad colectiva de los bienes materiales y espirituales, la masificación de las oportunidades de acceso a los servicios básicos y a los derechos sociales, crea las condiciones sociopolíticas y económicas para que las clases trabajadoras eleven su nivel de vida a estándares de desarrollo humano integral dignos. La hegemonía que pretenden eternizar los monopolios capitalistas sobre la voluntad del colectivo y la acumulación de capital por el mero afán de codicia, así como la cultura de la competitividad individualista, tienen que dar paso a la creatividad, la productividad social y la solidaridad. Entonces, en esa sociedad que busca construir colectivamente la justicia y la igualdad, se generan las condiciones para un efectivo ejercicio de poder popular. Ciudadanos en igualdad de condiciones decidiendo en debate social permanente y franco, los asuntos fundamentales de su destino. No solo votando. También gobernando, revocando, controlando y determinándose. Es la vía que hemos escogido. La vía soberana del socialismo. La verdadera democracia. Lo dijo El Libertador en su Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia: “La Soberanía del Pueblo, única autoridad legítima de las Naciones”. (25 de mayo de 1826)

3. La ética socialista

El 3 de septiembre de 2006 Chávez nos convocó a emprender el Proyecto Nacional Simón Bolívar para transformar a fondo el país en los siguientes catorce años. La primera de las siete líneas estratégicas de ese Plan fue la Nueva Ética Socialista. Respondámonos en primer lugar, ¿qué es la ética? En general se entiende por ética, la conducta humana basada en valores morales identificados con el bien. Como rama o parte de la filosofía, la ética es el estudio del sistema de fundamentos de la moral, por lo que también se le puede llamar filosofía moral. En forma coloquial nos referimos a lo ético como lo moralmente correcto. Hablamos de comportamientos éticos

cuando un profesional actúa según los códigos deontológicos de su oficio, o, al contrario, señalamos como antiética una práctica lesiva a la dignidad de la persona o que vulnera los mecanismos correctos de alguna actividad.

Entonces, ¿por qué hablar de una ética socialista, y no simplemente de la ética, sin apellido? Porque así como existe la diversidad cultural entre los pueblos, también existe la posición de clase, según la clase social a la que se pertenece o al nivel de conciencia, y, el sistema de valores morales que orientan la actuación de los individuos en sociedad, no es el mismo para todos, no es un único sistema de valores, aunque hayan unos dominantes.

Lo que es ético para un empresario o un teórico neoliberal, no necesariamente tiene que ser ético para un socialista, un comunista o un patriota bolivariano. Muy por el contrario. En primer lugar porque el capitalista y sus servidores tecnócratas e intelectuales mercantilistas, tienen como propósito fundamental sostener y fortalecer el sistema de explotación del hombre por el hombre. Las reglas del juego capitalista son para ellos una religión. Se les escuchará sostener que la propiedad privada es sagrada. Mientras no les mortificará mucho esgrimir cualquier argumento falaz para justificar la miseria de las mayorías. Ellos han cosechado el lenguaje del éxito como cáliz del individualismo, el lenguaje de la calidad como paradigma de la supremacía de la empresa por encima de la gente, el lenguaje de la competencia y la competitividad en vez de la cooperación y la solidaridad. Nosotros, los revolucionarios, socialistas, comunistas y patriotas bolivarianos, tenemos como centro de nuestra acción política, social y económica, la transformación radical de la sociedad para echar al foso de la historia la explotación del hombre por el hombre y darle paso al socialismo como vía para construir una sociedad de iguales. Por eso nuestra ética es diferente a la ética burguesa, siempre tan trajeada de doble moral. Qué decir de la ética del imperialismo, allí sí es verdad que el capitalismo llega

a su mayor grado de inmoralidad generalizada. Se puede invadir cualquier país con las mentiras más descaradas como pretexto. Se puede hacer la guerra contra pequeñas naciones para arrebatarles sus recursos naturales. Se puede poner en jaque la existencia misma de la vida destruyendo el ecosistema. Se puede asesinar mandatarios o derrocar gobiernos democráticos para imponer regímenes serviles al imperio. Todo se puede en nombre de la democracia, los derechos humanos, la lucha contra el narcotráfico, contra el terrorismo, por defender los valores la civilización del dólar.

Si en algo coinciden monóticamente la Doctrina del Libertador Simón Bolívar y la doctrina del socialismo, es en la ética. Transversalmente el pensamiento bolivariano está bordado por un hilo común: la supremacía del interés colectivo por encima de los egoísmos personales. “Yo antepongo siempre la comunidad a los individuos”, dijo Bolívar en carta a Antonio José de Sucre el 28 de octubre de 1828. La patria, que es el conglomerado humano al que pertenecemos, merece todo y debemos darle todo, la vida si es preciso. Abandonar todo por la patria es ganar todo lo esperado. La dignidad humana va unida al hecho revelador de su existencia que es la libertad y la igualdad. Libertad e igualdad son un par inseparable. En ellas descansa el modelo de sociedad a alcanzar. El servicio público se hace por patriotismo y es contrario a cualquier manifestación de deshonestidad. Bolívar plantea la pena máxima contra la corrupción administrativa.

¿En qué consiste entonces la ética socialista? ¿Cuál más podría ser la ética de los que aspiramos y luchamos por un mundo de iguales? La que nos han enseñado nuestros héroes y mártires. La del Che Guevara, plasmada en la máxima: “Déjenme decirles, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esa cualidad”. Sobran los comentarios. La ética socialista es el conjunto de valores y principios que orientan

la acción de los revolucionarios tanto para la toma del poder como para la obra de construir una nueva sociedad.

¿Cuáles son esos valores y principios? La lealtad incondicional a los intereses de las grandes mayorías desposeídas. La solidaridad militante con la clase trabajadora en cualquier parte del mundo. El amor por la vida, la naturaleza y todas las criaturas de la existencia. El respeto de la dignidad humana en todo evento. El valor por la amistad entre los pueblos y las personas. La valoración de las manifestaciones culturales populares. La búsqueda de la paz y el equilibrio mundial. El rechazo a toda forma de imperialismo y colonialismo. El rechazo a toda forma de discriminación racial u otras discriminaciones. El amor por la patria y la historia de lucha de nuestros pueblos. El amor y cuidado especial de nuestras niñas y nuestros niños. La veneración por nuestros héroes y mártires. Las consideraciones especiales a adultos mayores y personas con discapacidad. Máxima preocupación por lo social, la educación, el arte, el deporte, la recreación y todo cuanto vaya en beneficio del crecimiento espiritual y bienestar material del pueblo. Honestidad y transparencia en el manejo de los recursos públicos. Utilización de la crítica constructiva y la autocrítica como herramientas de superación de errores y consolidación de la ideología y práctica revolucionaria. Combate a la flojera en el trabajo y estímulo al esfuerzo y desprendimiento. Amor por el estudio y la búsqueda del conocimiento. Valoración de la ciencia como vehículo para el bienestar colectivo y la liberación del oscurantismo y la ignorancia. Rechazo a toda forma de alienación. Reivindicación de la libertad de creación.

4. Igualdad de género

El socialismo del siglo XXI es la emancipación de la mujer. Las luchas feministas contra el terrible y vergonzoso flagelo del machismo, esa perversa herencia de las épocas más oscurantistas de la humanidad, alcanzan su máxima expresión y sus mejores resultados en la construcción de la sociedad socialista. Las sociedades clasistas engendraron un cúmulo de falsas creencias que se volvieron dogmas fuertes del sistema, para garantizar su reproducción y perpetuación, toda vez que cumplían una función alienante de la mujer, manteniéndola en un estado de sumisión ante la opresión a que estaba sometida. Tal fue la prédica de las religiones medievales que llegaron a negar la condición humana de la mujer y provocaron la negación de los más elementales derechos a la mitad de la humanidad, que, además, da la vida a la humanidad toda. Por eso no se entiende la lucha por el socialismo sin la lucha por la igualdad de género en su más amplia acepción. Hablar de justicia social, de abolición de la explotación del hombre por el hombre, es reconocer la gigantesca deuda social y moral que la sociedad mantiene con el género femenino, quien ha cargado con las desigualdades por partida doble, y, aún en los tiempos actuales y en países donde se ha avanzado en materia de justicia social, la mujer sigue siendo discriminada en muchas áreas de la vida cultural y productiva.

Justo es, sin embargo, reconocer, que la mayoría de las reivindicaciones logradas por el movimiento feminista mundial, han sido acompañadas —y en muchos casos iniciadas— por los partidos comunistas, socialistas y anarquistas. De allí que no sea casual que las compañeras de más renombre en estas causas hayan sido destacadas militantes revolucionarias en diferentes espacios geográficos y distintas épocas históricas. Nombres como Juana Azurduy, Josefa Camejo, Ana María Campos, Manuela Sáenz, Flora Tristán, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Olga Luzardo, Argelia Laya, entre otras, además de representar el reclamo de la mujer por su lugar en la

historia, nos hablan de las luchas emancipadoras de la humanidad por la liberación de las naciones sojuzgadas por los imperios y por la construcción de una sociedad sin explotación de las mayorías desposeídas.

5. Independencia, antiimperialismo y libertad

Pareciera paradójico decirlo, pero en la época del imperialismo el primer derecho humano es tener patria. La destrucción de Estados soberanos por la intervención bélica imperialista, como en el caso de Libia, crea las condiciones caóticas para la pérdida de toda protección estatal, unidad nacional y pertenencia ciudadana.

En su mensaje al Congreso el 20 de enero de 1830 en Bogotá, Simón Bolívar afirmó, en tono crítico, luego de dos décadas de guerra por liberarnos del yugo colonial español: “La Independencia es el bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos...con todo el esplendor de la gloria y la libertad”.

Entonces se entiende que estos tres paradigmas van entrelazados como garantes de la existencia misma de nuestras naciones. Solo podemos vivir en libertad siendo independientes y manteniendo una posición antiimperialista en los asuntos geopolíticos, aun teniendo conciencia que la independencia económica sigue siendo una complicada tarea por realizar con el lastre colonialista que arrastramos y las complejas realidades internacionales sujetas a la lógica predominante del capital monopólico. Leamos a Fidel Castro:

Revolución es sentido del momento histórico; es cambiar todo lo que debe ser cambiado; es igualdad y libertad plenas; es ser tratado y tratar a los demás como seres humanos; es emanciparnos por nosotros mismos y con nuestros propios esfuerzos; es desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional; es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio; es modestia, desinterés, altruismo, solidaridad y heroísmo; es luchar con audacia, inteligencia y realismo; es no mentir jamás ni violar principios éticos; es convicción profunda de que no existe fuerza

en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas. Revolución es unidad, es independencia, es luchar por nuestros sueños de justicia para nuestro país y para el mundo, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo.

La libertad es el agua del pez de la revolución socialista, para eso han luchado todas las generaciones revolucionarias durante la historia de la humanidad. La única definición que tal vez se expuso en la visión marxista del socialismo es considerarlo como “una asociación de hombres libres”. La libertad en estos tiempos adquiere dimensiones de soberanía, tanto de la soberanía del pueblo que es la libertad de la ciudadanía a desarrollar su vida integralmente y gobernarse, y de las naciones, que es la soberanía de los pueblos frente a las pretensiones de dominación imperialistas. La libertad también implica unas precondiciones socioeconómicas básicas, porque el hambriento sin alimento, el enfermo sin cuidados, el discapacitado sin medidas de apoyo específico, el campesino sin tierras, el joven sin oportunidades, nunca tendrán libertad frente a una sociedad opresora que mira con desdén las limitaciones materiales de las mayorías. Por eso el socialismo es la sociedad verdaderamente libre, la liberación del ser humano en toda la plenitud de sus potencialidades.

El antiimperialismo es una característica esencial de la revolución socialista. El imperialismo es la aberración de la contemporaneidad; el flagelo que azota a los pueblos del mundo. Sus profundas y fuertes raíces se aferran al sostenimiento y perpetuación del capitalismo como sistema que oprime a las mayorías populares para garantizar la acumulación de riqueza y poder político en pocas manos. Este sistema criminal, con los Estados Unidos como potencia hegemónica, fue denunciado desde comienzos del siglo antepasado por nuestros libertadores, y debe ir llegando la hora que lo enterremos para siempre en la prehistoria de una nueva humanidad que debe nacer. Los pueblos de América Latina y El Caribe hemos reiniciado nuestra marcha definitiva hacia la verdadera independencia. El

siglo xx vio cómo las riquezas naturales, la plusvalía y la soberanía de Nuestra América, eran usurpadas por el imperialismo. Sobre nuestros hombros y con nuestra sangre, se levantó y alimentó la potencia hegemónica más poderosa y peligrosa de la tierra. Este nuevo siglo, amaneció luminoso anunciando el despertar de una historia insurgente. La Abya Yala originaria, mestiza, amazónica, andina y caribeña, invocando las fuerzas de la justicia y la razón, e inspirada en el espíritu de nuestros héroes y mártires, ha dado inicio a la danza libertaria de cortar cadenas. También para ello contamos con el pueblo trabajador y las mentes lúcidas de los Estados Unidos y Europa que se oponen al fascismo neoliberal, y con los millones de emigrados que se labran su vida contra toda discriminación. Son fundamentales las alianzas estratégicas con las potencias en pugna con los imperialismos colectivos: China y Rusia tienden su mano a nuestros pueblos.

La bestia imperialista infesta al Caribe con el estiércol de sus armas. Como siempre, muestra sus fauces asquerosas, conspira, amenaza y reinventa traiciones santanderistas. Pero el vientre florecido de Nuestra América ha parido una frutal primavera patriótica y revolucionaria, trocada en río caudaloso, inmenso mar, cielo infinito. Ya no habrá quien nos detenga. Hoy es el tiempo. Cantan los gallos en el amanecer bolivariano.

Capítulo III

SOCIALISMO DEL SIGLO XXI Y PUEBLOS ORIGINARIOS: LA FÓRMULA DE EQUILIBRIO ENTRE EL BUEN VIVIR Y EL BIEN COMÚN

Con el objetivo de refundar la sociedad contemporánea sobre un modelo civilizatorio de nuevo tipo, que supere las desigualdades sociales crecientes y la depredación del ambiente como práctica inherente al sistema dominante, el socialismo de nuestro tiempo debe voltear la mirada hacia las culturas de los pueblos originarios, donde seguro obtendremos lecciones paradigmáticas para el cambio necesario.

En general, las cosmovisiones de nuestras naciones originarias de Abya Yala —en medio de las especificidades antropológicas de rigor— comparten tres componentes esenciales que les son comunes:

- El ecologismo profundo: una ética ambiental ancestral.
- El respeto y veneración de los antepasados como fuerza del arraigo telúrico.
- Una concepción diferenciada de la propiedad que otorga preeminencia al bien común sobre el interés individualista.

Detengámonos un momento a conversar sobre cada uno de estos principios. No hablaremos de la deuda histórica que la humanidad tiene con nuestros pueblos originarios. Es incalculable. Hablaremos de los aportes que la *indianidad* de Abya Yala (Nuestro Continente) ha dado y seguirá dando a la concepción teórica y la construcción práctica del socialismo. Lo hacen todos los días las comunidades originarias que sobrevivieron al genocidio colonialista y hoy continúan su resistencia frente a los nuevos invasores que usurpan sus territorios por el mero afán de lucro. Sigue el derramamiento de sangre indígena desde Alaska a la Patagonia, con el pretexto de un supuesto progreso, y la impronta del racismo renovado en los opresores del tercer milenio.

1. Ética ambiental originaria, propiedad común y arraigo telúrico

El socialismo del siglo XXI es la opción tomada por los revolucionarios de este tiempo para salvar el ecosistema de la destrucción capitalista. La militancia del ecologismo profundo es una condición obligada para los nuevos socialistas. La fuente indoamericana de nuestro socialismo nos remite a la concepción naturalista de la vida que practican nuestros pueblos originarios, donde el hombre no es dueño y señor de la naturaleza, sino que es parte integrante de ella e hijo responsable de su permanencia.

La humanidad es diversidad cultural, lingüística, nacional, más allá de la piel que tanto disgusto causa a las élites “blancas” y sus seguidores, con sus creencias, sus religiones... sus “blancas navidades”, con la blanca barba del consumismo y la nieve blanca de la frivolidad.

El poder feudal y el capitalista, los imperios mercantiles y el imperialismo, asumen para sí el poder del “creador”, “salvador”, “castigador”, “decisor” de destinos, fuente de poder político-racial-social, ritual y amuleto de poder personal; “derecho divino” a

hacer las guerras: allí están los estragos causados por Estados Unidos, Inglaterra y la OTAN con argumentos falsos en países que quedaron destruidos. “Dios me habló”, dijo Bush sediento de sangre y ganancias.

Pero ni “Dios” ni el “humanismo” son culpables de ninguna atrocidad cometida por el humano. Ya decía Bolívar: “llamo humano lo que está más en la Naturaleza, lo que está más cerca de las primitivas impresiones”. Lo dijo en Cuzco tras el Inti Raymi de 1825, como invocando una vuelta a esas raíces que fue descubriendo en el contacto con el mundo indígena andino, ese mismo que lo cautivó por original e inigualable.

Un nuevo juego de guerra siempre nos acecha. Los capitales se disputan el control de los recursos naturales y los mercados. La pandemia no los detuvo ni les hizo modificar un ápice sus apetencias. Al contrario, sacaron cuentas con su ábaco malthusiano para aprovechar la ocasión. Seguro que despoblar regiones ricas en minerales y fuentes de energía matando su gente por falta de vacunas les parece un negocio espectacular.

Entonces, insistimos (resistimos) con nuestros pueblos originarios: una nueva civilización debe contemplar al menos estos tres elementos: ética ambiental: el humano es apenas una parte de la Naturaleza, no su dueño; propiedad común: desacralizar la propiedad privada, todos los bienes, incluida las ciencias y las tecnologías, son creaciones de la humanidad y a ella toda deben servir; y reivindicación de la ancestralidad: todos los pueblos merecen respeto a su ser colectivo, su cultura e historia; debe ponerse fin definitivo al colonialismo patriarcal y reiniciar el diálogo igualitario entre las naciones.

Hay mucha lucha que librar por esa sociedad que permita la coexistencia del humano entre sí y de este con la Madre Natura. Sería la única forma de preservar la vida en el planeta, y no está predeterminado ni garantizado que podamos lograrlo.

La visión homocéntrica de las concepciones judeocristianas, occidentalizadas en el europeísmo, envuelven la sociedad humana de una facultad todopoderosa para expresar la naturaleza a su antojo. Al contrario, nuestra forma ancestral de asumirnos como un miembro más de esa colectividad insustituible que es la Madre Natura, asigna responsabilidades particulares al humano en la protección y preservación del ambiente vital. Hablamos de una ética originaria que el socialismo asume como suya desde las más raigales convicciones del ser comunitario.

Los autores y estudiosos de la filosofía que he tenido la ocasión de leer, cuando escriben sobre el tema de la ética ambiental y pretenden establecer sus orígenes en el tiempo, incurren en el eurocentrismo más descarado; generalmente remiten el asunto al período posterior a la Segunda Guerra Mundial, o más precisamente, a la década de los setenta. No cabe duda de que una mayor preocupación por los problemas ambientales solo ha sido posible en la realidad objetiva del agresivo proceso de destrucción del ecosistema, que ha acompañado al vertiginoso desarrollo industrial y tecnológico típico de la expansión planetaria del mercado capitalista en su fase de mayor apogeo y hegemonía. Uno de esos profesores apuntaba que tal vez el comienzo de la ética ambiental se remonta a la crítica que Martín Heidegger hiciera a las ideas expuestas por el Premio Nobel Otto Hahn y el entonces ministro de defensa alemán Franz Joseph Strauss en el libro *Viviremos gracias a los átomos* "...la era atómica puede pues convertirse en una era llena de esperanzas, floreciente y feliz..." Heidegger sugiere seguir el tema con "pensar meditativo" más que con "pensar meramente calculador". El dilema que preocupara al autor de *La proposición del fundamento*, de si la energía atómica —vista como panacea por los tecnócratas— sería usada con fines pacíficos o bélicos, disquisición ética por excelencia, quedó resuelto en Japón con la diligente gestión del gobierno de Estados Unidos.

Al mismo espacio temporal nos remite Ernst Tugendhat cuando en su artículo “La indefensión de los filósofos” (1991), afirma:

... Solo después de la Segunda Guerra Mundial se ha ampliado la conciencia de que nuestra responsabilidad moral se extiende a todos los seres humanos... Los problemas ecológicos, los cuales pueden tener consecuencias en parte irreversibles para las generaciones futuras, nos han llevado a analizar la cuestión acerca de si no tendremos también una responsabilidad moral para con esas generaciones venideras... (Revista *Isegoría*, 1991, p. 108).

Tampoco cabe duda de que la constatación de la existencia de armas de destrucción masiva, los cada vez más evidentes signos de recalentamiento de la atmósfera y la tierra misma, la contaminación de los océanos, la perforación de la capa de ozono, la desaparición de especies, el peligro latente de depredación de ecosistemas vitales a la humanidad, junto al surgimiento de una opinión pública internacional como consecuencia del desarrollo de las comunicaciones y de la acción consciente de los llamados nuevos movimientos sociales organizados en función de la defensa y preservación de la vida, nos han traído a este punto en el que hoy nos encontramos: la búsqueda de una ética ambiental que ayude a la humanidad a evitar el suicidio colectivo de la especie.

La profesora de Filosofía Moral en la Universidad de La Laguna, María José Guerra Palmero, en su obra *Breve introducción a la ética ecológica* (2001) ha mirado un tanto más allá (del Atlántico y de la posguerra) en su visión de los orígenes de la ética medioambiental que ella subtitula entre paréntesis como norteamericana. Menciona a Ralph Waldo Emerson (1803-1882), Henry David Thoreau (1817-1862), J. Muir (1838-1914), y Aldo Leopold (1876-1948), como pioneros de la ética ecológica y enumera los aportes que cada uno de ellos realizó en su momento a la configuración de un pensamiento y una acción comprometidas con una racional relación del ser humano y su entorno natural. Nos cabe solo una pregunta: ¿les surgió a estos

norteamericanos del siglo XIX y comienzos del XX la inquietud por la preservación y el mejor uso del ambiente de su sola inspiración, de su asombro contemplativo de una maravillosa naturaleza y la percepción de su posible destrucción ante el avance de la afanosa actividad económica? Porque resulta que en el continente que hoy conocemos con el paradójico nombre de América, hubo pueblos —y hay pueblos— que vivieron —y viven— en una cultura marcada transversalmente por la ética ambiental. ¿Qué es la Pachamama? ¿Por qué los uwas de Colombia están dispuestos a dejarse morir colectivamente si el Estado colombiano permite la instalación de explotaciones petroleras en sus territorios? ¿Por qué los barí de la Sierra de Perijá en el occidente venezolano se niegan radicalmente a aceptar la explotación del carbón en su hábitat? ¿Por qué los mapuches del cono sur de Abya Yala pelean por sus bosques y sus ríos? ¿Por qué son asesinados por matones al servicio de transnacionales las poblaciones originarias de la Amazonía brasileña?

Concluamos que la teorización académica sobre la “ética ambiental”, padece del mismo eurocentrismo que la historiografía, la antropología y el resto de disciplinas sociales que se anclaron en el supremacismo intelectual de los opresores.

La existencia de una cultura basada en la ética ambiental en América fue constatada por los primeros europeos que acá llegaron. Lo plasma con incuestionable veracidad Bartolomé de Las Casas en sus múltiples escritos. Lo relacionan Humboldt y Codazzi. Lo reconocen y estudian la antropología y la etnología contemporáneas. Por suerte (disculpen lo coloquial), quedan evidencias de estas culturas, y documentos (también oralidad) hermosos, hinchados de poesía que, ¡ojalá!, despierten el interés de los profesores y estudiosos de la filosofía moral y de la ética ambiental en particular. Claro que, para tomar en cuenta estos aportes, de procedencia diferente a los formulados por las escuelas y academias europeas y norteamericanas, tenemos que posicionar ciertas premisas: Los pueblos existen. Tienen

lenguas, culturas, territorios ocupados ancestralmente o hábitats específicos, y una cosmovisión compartida. No solo se habla en serio de un tema cuando se habla filosóficamente. El discurso literario, la poesía, la política, las ciencias en general y hasta el humor, son y deben ser perfectamente compatibles con el “hablar en serio” de la filosofía. El sentido común —no exclusivamente en los términos de Pain— como compendio de nociones morales y éticas de una comunidad, como expresión de una cultura popular particular, tiene un espacio en el debate filosófico. A menos que concibamos al filósofo como un Robinson Crusoe, cuando la filosofía enuncia, tiene detrás nada más y nada menos que la historia de la humanidad. Algo tan simple como eso. Naturaleza, humano y sociedad, son diversidad. Los otros también existen, y son mayoría.

Un ejemplo que modificó la manera de observar los temas indígenas y ambientales en el desafinado concierto internacional, fue la aparición de Evo Morales en el escenario político como imagen viva de eso que la ideología colonialista llamaba simplemente “indios”. Evo, y antes Chávez, con su rostro cuasi indígena, cuasi africano, irrumpieron ante la humanidad hipnotizada por el pensamiento único, como una ruptura epistemológica en la teoría de los derechos humanos.

Como parte integrante del socialismo del siglo XXI, el ecologismo se ha presentado con una fuerza inusitada en el discurso y la praxis de la Revolución Boliviana. La introducción de los derechos de la naturaleza (Madre Tierra o Pacha Mama) como exigencia de los movimientos sociales en el texto constitucional del Estado Plurinacional de Bolivia, constituye una ruptura radical con la teoría de los derechos eurocéntrica o anglonorteamericana. Lo mismo podríamos decir de la Revolución Ciudadana en Ecuador. Ya no se trata de que el sujeto de derecho es el ser racional (a lo kantiano), sino que avanzamos a reconocer como destinatario de una protección formal al ecosistema, por su valoración fundamental en la

pervivencia de las condiciones de vida en el planeta. Esta posición choca con los intereses transnacionales de las corporaciones que requieren dar continuidad al sistema de consumo irracional que maximiza sus ganancias.

El fracaso de las “cumbres climáticas”, así como la hipocresía de los Estados Unidos respecto al Protocolo de Kyoto, nos obliga a arreciar la lucha por convencer a la mayoría mundial de optar por un cambio de actitud frente al problema ambiental. Las recientes tragedias climáticas que han azotado prácticamente a todos los continentes, con una dolorosa secuela de víctimas humanas y cuantiosos daños materiales que llegan hasta hacer inviable la permanencia de la población en esos sitios, constituyen bofetadas a una humanidad inerte que debe despertar y tomar la decisión de detener a los destructores de la vida.

El Libertador Simón Bolívar tuvo una posición radical contra toda forma de colonialismo, y experimentó una personal evolución progresiva de su visión del mundo indígena, llegando a convertir su lascasiano sentimiento de la Carta de Jamaica en políticas públicas concretas, como los Decretos de Cundinamarca del 20 de mayo de 1820, de Trujillo del 8 de abril de 1824, del Cusco del 4 de julio de 1825, y de Chuquisaca del 14 de diciembre de 1825.

La academia europea y norteamericana —y cierta izquierda colonizada— no le reconocen a Bolívar haber sido el precursor del ambientalismo en las primeras décadas del siglo xix y el primer gobernante en funciones que puso en marcha políticas públicas reivindicadoras de los pueblos originarios; ciertamente lo hacía desde la perspectiva liberal-revolucionaria que predominó en él, para hacerlos propietarios y ciudadanos, igual que lo planteó con la abolición de la esclavitud y la repartición de tierras al pueblo ejército; pero esas ideas en Nuestra América eran el pensamiento emancipatorio más avanzado, al punto que muchos de sus aportes tienen aún plena vigencia.

O, ¿serán capaces de negar el carácter ecologista de la protección de especies animales sobre-explotadas como los camélidos andinos, los planes de reforestación de zonas devastadas por la minería y la ganadería, el aprovechamiento racional de los bosques, el cuidado de las fuentes de agua y su democratización para beneficiar a poblaciones indígenas y campesinas frente al monopolio de este recurso vital que venían ejerciendo las oligarquías coloniales?

Estas preocupaciones (ocupaciones) asaltaron al Bolívar que se impactó al contacto del mundo indígena andino, recordemos que en su Caracas natal casi no tuvo ocasión de conocer los pueblos originarios, puesto que los de allí fueron exterminados, y los pocos que quedaban estaban reducidos a pueblos de misiones dominados por la iglesia católica en nombre de la monarquía y el papado.

En carta al poeta ecuatoriano José Joaquín Olmedo, (Cuzco, 27 de junio de 1825), El Libertador manifiesta conmovido su asombro por la cultura que está recién conociendo, cuya historia y leyendas ha leído, pero que ahora se encuentra en medio de sus maravillas:

He llegado ayer al país clásico del sol, de los Incas, de la fábula y de la historia... Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos; mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones a sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie (1825).

Luego redondea su sentimiento en el reconocimiento emocionado del cosmos que se le presenta telúrico y etéreo, cautivador y sorprendente:

los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social que no tenemos ni idea, ni modelo ni copia. El Perú es original en los fastos de los

hombres. Esto me parece, porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que, con más o menos poesía, acabo de decir a Vd. ().

Por algo El Libertador, al celebrar la espléndida victoria de Sucre en la Batalla de Ayacucho, consideró vengados a los Incas, contra los Pizarro y Almagro.

Se iba consolidando en Bolívar su original convicción anticolonialista y su proyecto social expuesto nítidamente en el Discurso de Angostura: “la igualdad establecida y practicada”.

Incluso, el componente cristiano-liberador del siglo XXI viene de las enseñanzas que los indígenas de las islas que hoy llamamos Cuba y República Dominicana-Haití, dieron a los primeros frailes dominicos que llegaron en 1510 a Santo Domingo. Eran Pedro de Córdova y Antonio Montesino. Este último fue el que lanzó un 21 de diciembre, el cuarto domingo de Adviento, en la cara del propio Diego Colón heredero del Almirante, la condena del pasaje bíblico: *Ego vox clamantis in deserto*. De aquel radicalismo de fe activa vinieron luego las obras que en materia de derechos humanos hiciera Bartolomé de Las Casas.

Porque no solo la yuca, la papa, el tomate, los frijoles y el maíz que tanta hambre mataron en Europa salieron de esta tierra nuestra; o las palabras chocolate y chicle. Todavía hoy no se ha medido ni analizado el impacto que tuvo en el “Viejo Mundo” del pensamiento y la vida indígena. Y, ¿qué fue eso que los precursores de la Teología de la Liberación y los Derechos Humanos vieron de la vida indígena que transformó las suyas por completo, y su concepción del mundo? Fue la igualdad, la organización social comunitaria. Para los pueblos amazónico-andino-caribeños no existía otra forma de vivir que no fuese en perfecta armonía con las criaturas de la existencia, con sentimientos de arraigo por el hábitat ancestral que han permitido que en la actualidad muchas de estas naciones sobrevivan a pesar de los empujones colonialistas e imperialistas.

Un elemento adicional junto al ecologismo y la propiedad social, es la democracia directa. La gran mayoría de nuestras comunidades indígenas conservan formas de organización sociopolíticas que dan lecciones de democracia. En cualquier comunidad barí de la Sierra de Perijá, por ejemplo, se elige o se revoca al cacique en asamblea pública sin ningún trauma. Tal como se hacía hace seiscientos o mil años. Pero también las decisiones comunitarias son de origen colectivo y democrático. El tiempo de pesca, de siembra, de recolección, de caza, todo se organiza en comunidad, bajo metodologías colectivas o comunales, con nociones naturales de propiedad que son inmanentes al modelo de vida indígena. Es decir, hay cosas que son propias del individuo o la familia, como la casa o la ropa, pero en general, los bienes productores de riqueza colectiva, las aguas, la tierra, los recursos naturales, son del colectivo. Buenas enseñanzas a tomar en cuenta por quienes hacen teoría o militan en el proyecto socialista.

Capítulo IV

ECONOMÍA SOCIALISTA DEL SIGLO XXI

Sin duda es este el tema clave y el más complicado para quienes proponemos la construcción del socialismo. No podría ser de otra manera, porque en la base económica está en un altísimo porcentaje la determinación del conjunto de relaciones sociales dominantes y el consiguiente desarrollo de instituciones que permitan avanzar en la consolidación de una nueva sociedad igualitaria. Nada es tan definitorio del concepto de socialismo como la fusión de la idea con la producción. El socialismo es el único sistema en la historia de la humanidad que solo es posible construirlo a partir de un acto de conciencia colectiva. Tanto el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo se impusieron en su momento cada uno, por los movimientos históricos que dieron paso a hegemonías minoritarias que poseyeron y controlaron los medios de producción, incluida la industria bélica a partir de la cual, se obtiene el poder político.

El camino para crear el socialismo es antagónico a todo ese proceso anterior y solo se transita a partir de la decisión soberana

que toman conscientemente las mayorías explotadas, para zafarse las cadenas que los oprimen y asumir por mano propia el presente y el futuro. Por eso el socialismo no nace mecánicamente del desarrollo de las fuerzas productivas, como pretenden algunos interpretando dogmáticamente al marxismo clásico. El capitalismo no se caracteriza precisamente por padecer psicosis autodestructiva. El capitalismo es un sistema narcisista, que se ensalza a sí mismo, para eso cuenta con su industria cultural y con una intelectualidad servil que pregona sus bondades. El capitalismo tiene pretensiones de superioridad y eternidad; para eso tiene sus aparatos de dominación política y militar. El capitalismo no se inmola.

Cuando se nos acusa de que nadie sabe qué es el socialismo del siglo XXI, nuestros enemigos no están aportando nada nuevo, aunque sí están pretendiendo que no inventemos algo alternativo a su sistema de más de tres siglos. El acto consciente colectivo que nos impulsa a inventar una nueva sociedad, es justamente la convicción de que la existente no sirve. El sistema que oprime a las mayorías para privilegiar a grupos enfermizos de ambición, el sistema que empobrece y mata de hambre a millones de personas en el mundo mientras derrocha una inútil vanidad consumista, el sistema que destruye diariamente las condiciones de vida de la especie humana, el sistema que apela a las guerras para seguir acumulando poder en pocas manos, ese sistema no nos sirve. Entonces, los socialistas de hoy sí sabemos lo que no queremos, y eso representa la mitad de la respuesta a la cuestión de qué es el socialismo del siglo XXI. Pero para que nuestro socialismo del tercer milenio tenga éxito, no bastará decretar que equis empresa estatal, el Estado todo y hasta el cielo, sean “socialistas”. Tampoco podemos resbalar por el atajo de creer que el socialismo puede crearse como producto quirúrgico a partir de una disección territorial.

El socialismo tiene un plano de realización político-ideológico y socioeconómico, y en estos campos no valen los aislamientos de

laboratorio. La propaganda socialista tiene su razón política de ser, pero puede terminar siendo burda fraseología, verborrea jactanciosa como decía Mao. Para hacer un socialismo de carne y hueso, hay que ir más allá, a la mera producción. La vulnerabilidad de una sociedad monoexportadora es infinita ante un enemigo que domina los mercados. Socialismo y soberanía no serán posibles sin una adecuada suficiencia productiva. Para soñar hay que estar vivo. La tarea material más difícil que nos toca asumir es esa de generar una nueva economía en beneficio del colectivo, en medio de la más absoluta preeminencia de las relaciones capitalistas a nivel mundial. Exige este reto, que seamos muy inteligentes, audaces y decididos, para saber entender que estamos en la primera fase de una larga transición, que el sistema económico que implementemos tiene que ser muy versátil y flexible para que podamos ser efectivos en la generación de formas societarias de producción y distribución y, a la vez, que el enemigo imperialista y sus lacayos no nos aíslen de la economía global.

Juegan en esto un papel particularmente importante las relaciones diplomáticas del país en la búsqueda de diversificar las fuentes de nuestras importaciones y los destinos de nuestras exportaciones. También el impulso a nuevas formas de intercambio más justas y solidarias, y la unidad de las naciones con objetivos compartidos en el ámbito internacional. En esta materia nadie puede negar el éxito de la política internacional del Gobierno Bolivariano.

Ahora bien, ese modelo económico revolucionario parte de reconocer que el predominio capitalista es una realidad, pero no una realidad ante la cual hay que resignarse y cruzarse de brazos, sino todo lo contrario, el capitalismo es precisamente la realidad a superar, porque es una realidad opresora que frena el desarrollo pleno de nuestras fuerzas productivas como pueblo. El camino de la construcción de nuestra economía socialista no parte desde cero. La propiedad estatal sobre nuestros hidrocarburos y sobre la empresa

Pdvsa, nos da la posibilidad de que el Estado ponga en práctica una redistribución del ingreso nacional orientado a saldar la deuda social con los más necesitados, que se traduce en beneficios como salud y educación que son el soporte básico de una sociedad igualitaria. La reinversión de las ganancias petroleras en áreas productivas de nuevo tipo, también constituye un empuje a la construcción de esas nuevas formas de propiedad y de producción que, aunque experimentales en muchos casos, son los primeros pasos de nuestro ejercicio autónomo y soberano de avanzar hacia el socialismo.

Pero la disposición de la riqueza petrolera es un arma de doble filo. Particularmente en el ámbito ideológico, la heredada en un siglo de cultura estatista petrolera es enemiga del socialismo, porque asesina la actitud productiva que se requiere para que la sociedad genere los excedentes necesarios para el gran salto. Es falso que el socialismo tenga que estar asociado a escasez, todo lo contrario; el socialismo tiene necesariamente que significar la satisfacción material y espiritual de la vida humana. En Marx y Engels decimos “vida gratificante” y en Bolívar “mayor suma de felicidad”. Para alcanzar tal reto, el socialismo parte del desarrollo de las fuerzas productivas que han alcanzado altos niveles de productividad, asociados al desarrollo tecnológico de la producción, a una mejor combinación de los factores productivos y a la elevación del nivel intelectual de la fuerza de trabajo; y, por otro lado, el socialismo establece una mejor distribución de los bienes y servicios, vale decir entonces, que lo que antes era acumulado por muy pocas manos, ahora será distribuido según las necesidades sociales de las mayorías trabajadoras.

Por estas razones el tema de la productividad le es muy sensible a la construcción del socialismo. Ya hemos visto cómo determinadas experiencias han fracasado, llevando a la población a límites extremos de dificultades materiales. En el caso venezolano, hemos heredado una cultura petrolera asistencialista que se traduce en graves carencias productivas. El despilfarro de recursos públicos está íntimamente

ligado al modelo de gestión burocrática vertical-centralista que permite el relajo administrativo. Estas prácticas se han trasladado a la población por décadas de populismo degradante. Se prefiere el “cargo” al trabajo. La dependencia enorme que experimenta la variable empleo respecto del aparato burocrático, extensiva a una mediocre actividad industrial, han perfilado una escasa cultura del trabajo que es atentatoria contra la soberanía económica del país y más aún, contra la posibilidad de construir el socialismo. Solo a partir de una nueva cultura del trabajo que haga productivas las empresas del Estado, las mixtas, las cooperativas, y todas las nuevas formas de producción que vayan surgiendo, se podrán echar las bases del desarrollo socialista. Caso contrario, seguiremos rumiando el viejo cliché “rentista” como excusa, tal si se tratase de un fantasma causante del burocratismo y la corrupción que acabó con la IV República y puede acabar con otras cuatro más, hasta hacer inviable todo intento de independencia.

Partamos pues de considerar aquellas posibilidades de corto y mediano plazo para encarar las exigencias de una nueva economía, pero con la claridad de que sin una adecuada formación técnica, política, ideológica y cultural, no será posible construir el éxito colectivo de las mismas.

1. Experiencias perfiladoras de nuestra economía socialista de transición

El Cooperativismo: aunque la propiedad cooperativa sigue siendo propiedad privada, es una forma de colectivizar la propiedad y, sobre todo, de promover valores de corresponsabilidad, convivencia y solidaridad. Las cooperativas deben ser embriones de la nueva propiedad colectiva socializada, porque en su práctica productiva el grupo tiene una importancia superior al interés individual, y en la medida que el compromiso personal es una parte clave en la posibilidad de éxito del grupo, se promueve el valor fundamental del

compartir. Sin esos valores no es posible el socialismo. De allí que insistamos que la proliferación de cooperativas tiene que servir de escuela de principios colectivizantes para contribuir de verdad en el surgimiento de una cultura de la igualdad y la solidaridad. Sin embargo, es menester alertar que el oportunismo también amenaza con destruir los tiernos gérmenes del cooperativismo. Una cultura cooperativa no se crea a partir de las dádivas oficiales y menos bajo la tutela paternalista del Estado, porque ello deforma la esencia del esfuerzo productivo que debe privar en el movimiento cooperativo, en vez de una actitud holgazana y maula que solo espera el financiamiento gubernamental para gastarlo en baratijas del consumismo capitalista, sin tener que responder cabalmente por esos recursos que terminan perdiéndose en el barril sin fondo del despilfarro y la demagogia populista. Ya tuvimos muchas experiencias de este tipo.

Las empresas públicas: aunque lo estatal no necesariamente es social o socialista, las empresas del Estado pueden ser perfectamente generadoras de relaciones de producción que impulsen el bienestar colectivo y la propiedad social. En todo caso, bajo un gobierno revolucionario, las actividades económicas fundamentales y las empresas más importantes deben estar en manos del Estado para garantizar el avance en la construcción del socialismo. En Venezuela tenemos el caso de Pdvsa, empresa pública que opera nuestro principal negocio y que, en manos de un Estado burgués como lo era abiertamente la IV República, era muy poco o nulo el compromiso que esta tenía con el desarrollo nacional y la emancipación de nuestro pueblo. Al contrario, su estructura y sus actividades se encaminaban a servir al gran capital transnacional y a la parasitaria oligarquía nacional. El gobierno revolucionario, en cambio, orienta la principal industria hacia el compromiso solidario con el desarrollo nacional, así como la transferencia de propiedad pública a los grupos organizados del pueblo en nuevas unidades productivas. Entonces, sí se puede llevar lo estatal al plano económico y ser eficientes, productivos y

solidarios, (si no nos quiebran los corruptos y los ataques imperialistas). Necesitamos establecer empresas públicas capaces de ser autosuficientes y competitivas, que es el término que le gusta a los neoliberales. Hay muchas experiencias en el mundo que demuestran que lo público no tiene que reñirse con la eficacia. Es cuestión de establecer los procedimientos correctos, cultivar los valores del servicio y la ética de lo público, y, por supuesto, garantizar a la clase trabajadora de esas empresas los suficientes estímulos materiales y espirituales, para elevar su sentido de compromiso colectivo en aras de un mayor y mejor esfuerzo personal. También el Estado socialista debe reservarse ciertas empresas estratégicas, sobre todo las que tienen relación con la prestación de servicios públicos y con ramas de la seguridad y defensa, incluidas las de comunicaciones.

Las empresas mixtas: en esa misma dirección, el Estado puede llegar a considerar pertinente y conveniente la alianza táctica con sectores privados en determinadas áreas económicas, siempre bajo la premisa de tener condiciones ventajosas para la nación. Las razones más comunes para este tipo de alianzas, son: el aprovechamiento de la transferencia tecnológica (cuando el país requiere de un adelanto tecnológico que otra empresa posee); la necesidad de captar capitales de los que se carecen (no parece ser el caso venezolano en tiempos de bonanza petrolera, pero en situación precaria, la búsqueda de recursos con aliados es obligante); la promoción y venta de productos nacionales en mercados foráneos.

La cogestión: también esta es una propuesta reformista, muy en boga en la década de los ochenta en Europa entre los socialdemócratas y democristianos moderados. En Venezuela hay muy pocas y muy recientes experiencias, pero es una vía intermedia que, ante la amenaza cierta del cierre de una empresa por insolvencia del patrono, que provocaría gran cantidad de despidos, los trabajadores pueden optar por capitalizar sus acreencias y darle una reorientación al manejo productivo y administrativo del negocio. Claro que no es

lo deseable y es un mecanismo con muchos riesgos para la familia trabajadora, pero, con ayuda de las instituciones del Estado en materia laboral y empresarial, sorteando cualquier posibilidad de estafa o engaño, es una opción que no se debe descartar *a priori*. Un lado positivo que pudiéramos citar de la cogestión, es el aprendizaje que logran los trabajadores de los asuntos gerenciales, lo que los prepara para ser no solo fuerza de trabajo sino incluso, líderes de la producción. En todo caso, esta alternativa debe ser pasajera, toda vez que el objetivo estratégico tiene que ser que la clase trabajadora se apropie socialmente del 100% del capital de todo el sistema productivo. Vale decir, pasar del simple control obrero, a la propiedad social de la empresa.

El sistema financiero estatal: el Estado tiene que poseer un fuerte y transparente sistema financiero que apalanque el desarrollo económico y social. El crédito productivo debe orientarse a aquellas ramas de la actividad económica más requeridas para los intereses estratégicos del país, haciendo énfasis en la soberanía económica y en el establecimiento de relaciones de producción socialistas. Porque hay que empezar ya a construir ese futuro deseado. Las finanzas públicas destinadas al financiamiento del sistema productivo, no deben ir a parar a manos de los banqueros y oligarcas de siempre, eso es echar cuchillo a nuestro cuello. Tampoco deben malbaratarse en experiencias desordenadas e improvisadas que van dejando a su paso un estercolero de frustraciones. Esos dineros tienen que ser la savia dinamizadora de un nuevo modelo productivo que vaya sustituyendo las viejas relaciones explotadoras, con claridad de objetivos a mediano y largo plazo, e incidiendo en sectores verdaderamente endógenos, generadores de empleos dignos y estables, para conquistar espacios económicos hasta ahora detentados por el capital privado. La propiedad social debe ser el paradigma a alimentar con el sistema financiero público. Las barreras y prejuicios del mundo de la banca privada, son enemigos del desarrollo social. El Estado

revolucionario tiene la obligación de fortalecer la economía productiva popular, consolidando áreas de vital trascendencia como la soberanía alimentaria, el surgimiento de industrias de tecnología nacional, la dignificación de la familia artesana, la industria de la construcción orientada a la materialización de los derechos sociales (vivienda, urbanismos, servicios públicos, inversiones ambientales, etc...), el impulso a nuevas áreas productivas y de servicios como el turismo y la industria cultural, entre otras.

Los consejos comunales y las comunas: estas novedosas experiencias del poder popular, a la vez que participan directamente en la ejecución de proyectos con base en el presupuesto público, pudieran llegar a convertirse en núcleos de actividad productiva comunitaria que, en pequeña escala en una primera fase, para luego seguir creciendo, obren como unidades económicas auto-sostenibles, prestando servicios o produciendo algunos bienes requeridos por la comunidad. Sin duda, constituyen un aporte a la nueva estructura social que debe redundar en mayor democracia participativa y protagónica en el plano económico. La microeconomía en los territorios puede llegar a ser, en circunstancias como las vividas con las medidas coercitivas imperialistas contra nuestro pueblo, la tabla de salvación de la revolución concreta, “barrio con barrio, calle con calle”.

Los programas sociales especiales: en términos socialistas son una inversión social de inmensurable impacto positivo en la economía. Más que la prédica, la práctica de valores altruistas será en el fondo, lo que nos permitirá construir una nueva sociedad. Pero, además, por si esto fuera poco, los programas sociales especiales, incorporan a un segmento de la población que había sido marginado, a la actividad productiva y creativa, modificando escenarios anteriormente despreciados, al espacio de lo posible. La carga espiritual y emocional que esto insufla al conglomerado social, tiene más efectos estimuladores que cualquier campaña publicitaria o estímulo material superfluo. La revolución socialista hace que el Estado hecho

gente, vaya al encuentro de la gente a despertar esperanzas. Y, como corolario, redundan en estímulos a la demanda agregada, el empleo, y la calidad de vida.

2. Ideas para una metodología de la economía socialista

Llegar al momento en que la economía sea el soporte más estable de la igualdad social, implica un camino muy largo de creaciones y experimentos. Poder darle a cada quien lo que le toca según su trabajo y poder exigirle a cada quien según su capacidad, para ir construyendo la utopía de darle a cada quien según su necesidad, significa una dura pelea con las actuales condiciones materiales y espirituales de producción, que nos obliga a definir una metodología para una acción planificada. La improvisación de acciones eventuales en lo productivo puede ser mortal para una economía. La determinación de los recursos con que se cuenta, la definición de los objetivos estratégicos a largo plazo, y el establecimiento de las prioridades, son elementos claves para el éxito de la revolución económica. El plan no es estático, pero debe servir de guía para la acción, por tanto, tiene que ser el reflejo más fiel posible del ideal que queremos alcanzar.

Las realidades internacionales también adquieren un papel protagonista y decisivo en algunos casos, es por ello que la construcción de alianzas regionales (ALBA, por ejemplo) o de alianzas geopolíticas (nuestros convenios con China y Rusia, por ejemplo) son una herramienta fundamental para evitar el bloqueo imperialista. Porque a nada le teme tanto el imperialismo como al bolivarianismo: la posibilidad de que nuestros países decidan a construir soberanía.

Por último, teniendo claro que esta transición será larga y tortuosa, con grandes y fuertes manipulaciones enemigas para hacernos fracasar, debemos afinar la puntería, tener la sabiduría para entender la coyuntura y la madurez para adaptarnos a las realidades sin renunciar nunca a la decisión firme e irrevocable de construir el socialismo. Los

clásicos del marxismo —y el propio Marx— insistieron en enseñarnos que la teoría revolucionaria no puede tomarse como receta y pretender aplicarla mecánicamente a realidades diferentes. La genuina conducta revolucionaria en este sentido es, comprendiendo las leyes generales que rigen el devenir histórico de la sociedad y la lógica del sistema capitalista en particular, interpretar la realidad específica que se trata de cambiar y aplicar las acciones que correspondan a esa situación concreta. Lo que está claro en la experiencia histórica de la clase trabajadora, es que “no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está, y servirse de ella para sus propios fines” (Engels en Marx, 2000).

Al referirse a La Comuna de París, Engels concluyó que:

... la clase obrera al llegar al poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos sin excepción, revocables en todo momento (Marx, 2014, p. 151).

Sabia lección rayana en lo predictivo a la luz de las contemporaneidades, donde no cabe la frase hecha “cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. En *El Antidhuring*, Federico Engels nos dice que cuando:

... las fuerzas productivas producidas por el moderno modo de producción capitalista han entrado en hiriente contradicción con aquel modo de producción mismo... tiene que producirse una subversión de los modos de producción y distribución que eliminen todas las diferencias de clase si es que la entera sociedad moderna no tiene que perecer (*Ibidem*).

Sobre el mismo tema, con su característico sarcasmo, el Barbudo de Tréveris comenta:

¡La comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores... transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el “irrealizable” comunismo! (Marx, 2003, p.79).

Otro clásico de la revolución socialista, aportó esta definición de socialismo poniendo el acento en el asunto de la propiedad: “El socialismo, partido político de la clase oprimida, tiene un ideal en torno al que se agrupan y organizan los esfuerzos de todos los individuos que desean... una sociedad ideal basada en la propiedad común de los medios de producción” (Lafargue, 1970, 100). Era el camarada y yerno de Marx, el santiaguero Paul Lafargue, el autor de *El derecho a la pereza*. El mismo que nos legó esta máxima compartida por la militancia revolucionaria de todo el mundo:

La trayectoria del hombre es una constante progresión, tanto en la vida social como en la intelectual, que va dejando atrás lo conocido para adentrarse con creciente ahínco en lo desconocido, previamente representado como ideal en su imaginación. Y esta concepción imaginaria constituye uno de los más poderosos incitantes de la acción revolucionaria (*Ibidem*).

Esto hay que recordarlo siempre así estemos hablando de cibernética y era espacial, porque, como dijo Fidel: “Hay algunos que se creen que el socialismo se puede hacer sin trabajo político”. Para poder avanzar a ese momento histórico en que “el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”, tenemos que ser capaces de producir eficientemente y en armonía con la fragilidad creciente del medio ambiente, los medios materiales que satisfacen las necesidades humanas. Pero la realidad económica de nuestros países, esos que el lenguaje dominante llama indistintamente “en vías de desarrollo”, “subdesarrollados”, “tercer

mundo”, es que padecemos, por herencia colonial, graves limitaciones estructurales para poder realizar un desarrollo económico sostenible. Los términos, acuñados por las teorías que encubren la perpetuación del sistema explotador, no sirven para entender la verdadera situación. “Tercer mundo” se supone que eran aquellos países distintos al “primer mundo” que se sobreentiende son los avanzados capitalismos de Estados Unidos, Europa y especies similares, y el “segundo mundo”, que supuestamente debía ser la desaparecida URSS y su área de influencia en el este europeo y el centro de Asia; quedando de últimos Nuestra América, África, Medio Oriente, el sudeste asiático, demás familiares y vecinos.

El concepto de subdesarrollo, tan cacareado y atrayente de interminables polémicas lingüísticas por aquellos lejanos y estrellados años sesenta del siglo cambalache, con su prefijo degradante que denota insuperables anomalías, nos colocaba siempre a la cola de un distante objetivo que al influjo del conservadurismo ideológico que escondía, se hacía en verdad inalcanzable. Quedó el proxeneta “vías de desarrollo” para hacernos creer que íbamos por la ruta correcta, camino al paraíso que existía más adelantado donde nos indicaba que acudiéramos mansos y confiados al “gran hermano” desarrollado. Solo que, nunca llegábamos a ninguna parte; la condena perpetua a la condición de subnormales surtía el efecto de la arena movediza, mientras más nos movíamos según las instrucciones de los superiores desarrollados, más nos hundíamos en la dependencia que determinaba el sino fatal de la miseria. Lo cierto de esta historia de sintagmas cristalizados, es que, tal como lo preconizaron los pioneros de la revolución socialista mundial, la sociedad dividida en explotados y explotadores, incluye también a las naciones. Unas ejercen el papel de explotadoras, las sedes del capital transnacional, y otras, son las naciones obreras y campesinas que producen la plusvalía internacional. El fenómeno de dominación que las ata y que aumenta el poder de las primeras en detrimento de las segundas, es lo que conocemos

como el imperialismo, aberración de la contemporaneidad o maldición de nuestro tiempo que es la causa fundamental de todas las plagas que azotan a la humanidad de estos días.

Construir una economía socialista en medio de este universo resultante de varios milenios de sociedades divididas en clases, es una tarea tan extraordinaria y proverbial, que resulta absolutamente comprensible tanto que la derecha nos considere unos ilusos como que los que lo han intentado en el pasado hayan incurrido en toda clase de improvisaciones, infantilismos y novatadas, como un adolescente que se encuentra con el amor la primera vez. La colectivización forzada que emprendió el modelo estalinista no funcionó, al contrario, se revirtió contra la revolución creando mayores injusticias y atropellos a la persona, lo que de por sí es radicalmente incompatible con el ideal socialista. El tema de la propiedad privada inmanente a toda sociedad clasista, alcanza su clímax en el sofisticado capitalismo neoliberal que hemos conocido de cerca las recientes décadas anteriores. Paradójicamente, el sistema opresor expropia a las mayorías hasta de su vida. La catástrofe ecosistémica que ha significado el neoliberalismo, ha representado un daño colectivo a la humanidad comparado con la degradación ambiental de dos siglos. Las muertes de seres humanos por pobreza extrema, por hambre, por falta de agua, por la inseguridad personal, las contamos por decenas de millones anuales. La sacralización de la propiedad y la exaltación del tener como valor exclusivo del ser, lanzan a miles de personas al oscuro mundo del delito. Por acrecentar la propiedad privada una parte importante de nuestros congéneres arremete y asesina a la otra parte para despojarlos de lo suyo y hacerlo “propio”. Negocios criminales como el narcotráfico, la trata de personas, el tráfico de armas, el robo de vehículos, el tráfico de órganos vitales, la prostitución infantil, el turismo pederasta, representan para el capitalismo global unas cifras económicas exorbitantes que pasan a engrosar sus arcas obscenas. El imperialismo no vacila en usar estos

monstruos para pervertir procesos sociales de liberación o financiar a sus acólitos derechistas en cualquier parte del mundo. Los dos países mayores productores de drogas a nivel mundial, Colombia y Afganistán, alcanzaron ese sitio estando bajo control militar de Estados Unidos.

Desde la guerra sucia contra la revolución sandinista orquestada en territorio hondureño a finales de los ochenta del siglo xx, hasta el propio golpe de Estado contra el presidente de Honduras José Manuel Zelaya el 18 de junio de 2009, pasando por el financiamiento de los grupos terroristas anticubanos de Miami, las incursiones paramilitares contra Venezuela, y el armamentismo del Estado sionista de Israel, todo ha contado con la mantequilla del dinero proveniente del narcotráfico que Estados Unidos domina a nivel planetario. Los experimentos socialistas en cambio, han tenido que bregársela con las difíciles circunstancias de producir alimentos para millones de personas bajo la intriga militante del imperialismo que sabotea sus cultivos y envenena sus ganados, mientras subsidia su producción manipulada genéticamente y la de sus aliados para arruinar toda posibilidad de competencia y soberanía alimentaria.

3. Algunas bases conceptuales de la economía política socialista

Los clásicos de la ciencia económica, incluido Marx, nos enseñan que esta tiene un esencial carácter político; por eso se habla de la economía olítica.

Nada atinente a los asuntos de la producción ocurre desligado de la política, ni la lucha por el poder se entiende sin una clara comprensión del fenómeno económico.

El anillo que hace inseparables estas categorías es, sin lugar a dudas, el social.

Economistas burgueses como John Stuart Mills y Jean Charles Simon de Sismondi, en el siglo xix, y John Maynard Keynes en

el xx, plantearon, desde diferentes ópticas, la necesidad de cierta regulación e intervención del gobierno en los asuntos económicos. Incluso de Sismondi, formuló una máxima que profundiza el carácter humanista de la economía: “La economía política no es una ciencia de cálculo; es una ciencia moral” (de Sismondi, 1834).

Los liberales y neoliberales teorizan falsos argumentos a favor de una supuesta libertad absoluta de las empresas, llegando al exabrupto de afirmar que el mercado tiene leyes internas que garantizan el equilibrio y la racionalidad económica. Nada más erróneo; los hechos históricos del capitalismo mundial, han vuelto polvo estos mitos alienantes.

Pero esos mismos neoliberales son los primeros que claman al Estado auxiliar los bancos quebrados e invadir militarmente otros países para apoderarse de sus recursos naturales. Se apela al Estado como aparato opresor al servicio del capital, pero se le rechaza cuando busca construir la justicia social.

En el caso venezolano, el socialismo bolivariano, persigue alcanzar la mayor suma de felicidad posible para el pueblo; dicho en palabras de Mills: “actúa siempre con el fin de producir la mayor felicidad para el mayor número de personas” (*Ibidem*), coincidiendo con la utopía marxista de “una vida gratificante”.

Hay leyes de la economía que debemos conocer, comprender y abordar.

La primera: que siempre, a nivel social, habrán recursos limitados y necesidades crecientes, y que la satisfacción de necesidades primarias trae consigo el surgimiento de otras nuevas. Dice Silvio Rodríguez, gran filósofo cubano, “que cuando se tiene escudo, luego se quieren los guantes”. *La segunda:* que el dinero, como mercancía de mercancías, medio de pago, medición del valor y fetiche de la realización de la plusvalía, es un elemento tan esencial como peligroso en el manejo de las variables económicas. Por tanto, su cuantía, ubicación y circulación, deben ser custodiadas con celo, y

administradas con criterio científico, austero y riguroso. No cabe duda alguna que una errada política monetaria, hará estragos en el resto de las categorías del ciclo económico. Más en situaciones de escasez de productos. El mercado ordinario adquiere la forma de subasta y los precios se fijarán al monto de quién más pueda pagar. Masa monetaria y circulante, sí, y definitivamente sí, están correlacionadas con la inflación. Verbigracia pueblos fronterizos tomados por bachequeros (caso extremo).

Política cambiaria: la política cambiaria de un país (y se llama política porque es un asunto de gobierno) tiene que ajustarse a los vaivenes de la producción interna y la balanza de pagos; en esta materia las indefiniciones, omisiones, improvisaciones, tienen consecuencias fatídicas.

Relaciones de producción: las relaciones de producción dominantes en el planeta son las capitalistas. El socialismo no viene por decreto. Decretarlo puede ser, a veces, abortarlo.

Estatismo y socialismo no son sinónimos: el poder burocrático es esencialmente anti socialista, reproduce relaciones de subordinación, discriminación y control cerrado del acceso a las decisiones.

La corrupción: La corrupción en una economía mono exportadora, estatista y burocratizada, es un aliciente negativo que envilece el aparato productivo, quiebra las fuerzas morales de las instituciones y obstaculiza el acceso a los derechos.

El debate sobre la economía venezolana debe darse con todas y todos, con economistas, personas expertas en áreas industriales, estudiosas de las finanzas, trabajadoras y empresarias comprometidas, comunas, dirigentes sociales, pueblos indígenas, agraristas, ecologistas, que discutan abiertamente el modelo, la coyuntura y las propuestas económicas productivas para Venezuela. Esta discusión no debe ser una tramoya televisiva, tampoco un evento academi-cista, ni una algarabía asamblearia. Debe ser una Constituyente Económica Bolivariana.

Las tareas de esta permanente reflexión nacional, más allá de los logros y errores del gobierno, deben ser: 1) Definir con claridad cuál es el modelo económico de la Revolución Bolivariana, más allá de las consignas circunstanciales y slogans electorales y 2) Cuáles son las medidas que deben tomarse en el corto y mediano plazo para enfrentar la situación actual.

Las prioridades de ese nuevo modelo económico son: a) reducir la dependencia de las importaciones; b) mejorar los rendimientos del negocio petrolero, minero, gasífero y petroquímico; c) contribuir a diversificar la economía en base a nuestras ventajas comparativas; d) aprovechar nuestras potencialidades turísticas para generar economías endógenas altamente empleadoras, y e) consolidar la soberanía alimentaria.

El nivel fiscal se imponen las siguientes medidas: a) estabilizar precios sinceros a los combustibles, que sean económicamente adecuados y socialmente viables; b) aplicar criterios progresivos a los impuestos nacionales; c) estimular la producción interna de alimentos y bienes de primera necesidad; d) establecer impuestos especiales a las actividades especulativas como banca, bolsas, finanzas y seguros; e) rebajar la carga impositiva regresiva (IVA) a la ciudadanía; f) recortar los gastos burocráticos dispendiosos; g) pechar el mercado de divisas, y h) tomar medidas sobre capitales nacionales colocados en la banca del exterior.

El gobierno debe trasladar a la iniciativa ciudadana todos los activos no estratégicos que constituyen cargas al erario nacional; por ejemplo: hoteles y otras actividades turísticas-recreacionales, medios de entretenimiento, comercio de misceláneas, exquisiteces y bienes superfluos.

Asimismo:

- Convocar a los productores agropecuarios tradicionales y nuevos, con preferencia por el campesinado, a una campaña nacional por la recuperación del campo, con definiciones

claras en cuanto a precios, rubros prioritarios, asesoría técnica, subsidios y estímulos financieros. Este plan debe incluir un programa especial de retorno a la cultura rural, con énfasis en los niveles educativos primario, medio y técnico, medios de información públicos, y ofreciendo respaldo privilegiado a quienes emprendan nuevas unidades de producción, y desarrollen tecnologías amigables con el ambiente.

- Desarrollar un programa agresivo, creativo y práctico que promueva en corto plazo nuevos emprendimientos en áreas artesanales, pequeña y mediana industria, bajo el enfoque del pueblo empresario para el socialismo.
- Implementar un plan nacional de formación en oficios: mecánicos, torneros, plomeros, ebanistas, latoneros, y otros de gran requerimiento social.
- Establecer un plan emergente de control, desarrollo y aprovechamiento racional, ecológico y soberano del potencial minero del sur del país, parte del cual es explotado por grupos criminales en detrimento de la nación, los pueblos originarios y el ambiente.
- Retomar (en serio) los proyectos de energías limpias, masificando su conocimiento, fomentando su estudio y desarrollo, y su utilización en proyectos experimentales.
- Desmitificar la economía, romper el círculo vicioso de los clichés:
 - a. Es incorrecta la premisa del modelo ejecutado todos estos años, según la cual el “rentismo” petrolero (algo que todos mientan pero no explican) que predomina en nuestra economía, ocurre porque nuestro país (según el plagio de Giordani y otros a Asdrúbal Baptista) “capta una renta internacional que nadie produce”. El petróleo y sus derivados son producidos por la clase trabajadora petrolera, desde el obrero que participa en la exploración, extracción, refinación

y comercialización, hasta los vigilantes que murieron en Amuay cuidando esas instalaciones, pasando por los profesionales que diseñan, coordinan, planifican y ejecutan los proyectos energéticos de nuestra industria. Hay que diferenciar la renta, que es el pago por el uso de la tierra y sus bienes naturales -concepto que en el negocio petrolero se conoce como royalties o regalías- de la plusvalía que la clase trabajadora incorpora al petróleo sacándolo de la tierra o el mar, y transformándolo en cosa útil. Esas ganancias de la industria, y los impuestos que cobra el gobierno, son la suma de esas plusvalías. Es muy importante aclarar esto, porque de allí parte la caracterización de la economía venezolana y la necesaria transformación revolucionaria de la actitud —y aptitud— productiva del país. El Estado y Pdvsa —dueña del capital— actúan como propietarios capitalistas, que aún en el plano de lo público, no son en sí mismos garantías de la perfectibilidad del modo de producción y distribución. Solo una parte del ingreso petrolero es renta, la parte que remunera el uso del recurso natural (tierra y subsuelo); otra parte corresponde al capital (equipos, refinerías, tecnologías, edificaciones), y la otra y fundamental, es el talento o como llegó a calificarlo Fidel, “el capital humano: la esencia sin la cual todos los demás factores de la producción serían inexistentes o inútiles”. No olvidemos que todo capital es trabajo social acumulado. Esta fórmula esotérica sacada de lo más liberal del pensamiento económico burgués, le ha hecho mucho daño a la economía venezolana, a la clase trabajadora y a la Revolución Bolivariana. El capitalismo de Estado continúa siendo instrumentalizado por la burguesía (vieja y nueva) a través de los sofisticados mecanismos financieros por los

- que, como vampiro insaciable, sigue chupando la sangre del ingreso nacional en detrimento de las mayorías desposeídas.
- b. La segunda idea equivocada se le escuchó todos estos años a altos voceros de nuestro gobierno, y sobre ella se despilfarraron ingentes recursos públicos. Decían en mensajes televisivos y discursos, que las empresas del Estado no necesariamente deben generar ganancias, que lo importante es que produzcan bienes y servicios para la población. Esta concepción es fatal para el desarrollo socialista nacional. La empresa estatal de orientación socialista tiene que producir bienes y servicios de calidad para la población, pero debe, obligatoriamente, generar ganancias (o si se prefiere, para no repetir la categoría capitalista, digamos excedentes) para enfrentar los retos de invertir en crecimiento, actualizarse tecnológicamente, pagar la depreciación de equipos e instalaciones, mejorar las condiciones salariales y de seguridad social de sus trabajadores, y cumplir con sus obligaciones de corresponsabilidad comunitaria. Esa visión errada incide en una actitud productiva escasa, que es uno de los problemas que tenemos que superar como sociedad, y está íntimamente ligada al tema del estatismo idealista que antes comentamos. La factura petrolera sirve para subsidiar empresas improductivas, pero ese juego —lo dijimos hace una década— es harto peligroso e inestable. El socialismo del siglo XXI tiene que ser productivo para garantizar el bien social, la estabilidad política y la soberanía nacional.
 - c. La tercera idea loca fue aquella que algunos gurúes centralistas le “vendieron” al gobierno, de que “en Caracas cabe otra Caracas”. Esta concepción es profundamente contrarrevolucionaria. Atenta contra el concepto filosófico esencial del buen vivir, porque condena a la ciudadanía a ser reos del enjambre de concreto y asfalto, ruido, contaminación,

basura, colas y estrés; contraría el principio productivo del socialismo, porque se trata de engordar ciudades adictas a la nómina burocrática y los contratos públicos; beneficia a la parásita burguesía comercial importadora, que es la que gana con un mercado de millones de seres humanos hacinados en un solo lugar, cercano al puerto donde baja los cachivaches que venderán a las pobres víctimas del consumismo neoliberal reinante. El país debe gastar sumas astronómicas en obras públicas, subsidios, espectáculos, monumentos, metros, metro cables, etcéteras, y hasta televisoras que informen sobre el tráfico vial, para una capital colonialista capitalista improductiva. Mientras, miles del interior del país y del extranjero, seguirán viniendo a “disfrutar” las oportunidades de la capital, que nunca tendrán en sus lugares de origen. Esta paranoia capitalina es antieconómica y antiecológica. La concentración exagerada de población en un pequeño espacio solo favorece al capital. Por un lado dispone de abundante mano de obra, lo que abarata los costos en cuanto a salarios, y, por el otro, cuenta con un mercado cautivo para la venta de mercancías que le permita la realización del capital. Si en las tempranas economías capitalistas de Europa, la ciudad crece alrededor de las industrias, en nuestras rezagadas economías colonizadas la ciudad se orienta al mercado de exportación. Siempre mirando hacia el exterior, se busca la cercanía del mar para embarcar las materias primas extraídas y descargar las manufacturas provenientes de la metrópoli. Esta ciudad no desarrolla una industria propia ni produce sus alimentos. Sin embargo, crece patológicamente como aglomerado caótico sin identidad. La trampa centralista-capitalista que reproduce permanentemente la dependencia, se agrava por el abandono del campo que conlleva a la quiebra de la soberanía alimentaria y la desequilibrada ocupación del

territorio. Otra consecuencia directa del modelo de capital colonialista dependiente es la elevación desmedida de los costos de construcción y de la instalación de los servicios públicos que nunca alcanzan a cubrir el incremento poblacional. La visión urbanística dominante es devoradora de la extensión territorial, lo que implica un gasto ecológico extra por las distancias a cubrir y los materiales a consumir. La perversidad de esta herencia colonial llega al extremo de penalizar a los habitantes del resto del país haciéndoles pagar unos precios establecidos por los oligopolios capitalinos, de manera que el precio fijado en la capital regirá hasta en los campos de donde sale el producto. El centralismo burocrático también obligará a centenares de personas a viajar a la capital a tramitar cualquier clase de diligencias, desde procurar el cobro de unas prestaciones sociales hasta legalizar unos documentos. Caracas concentra una cuarta parte de la población del país. La nómina pública es el núcleo duro del cual se sustenta la mayoría y el resto es la centrífuga de los servicios y el comercio que el mercado capitalista explota a conveniencia. El valor agregado de la ciudad tiene signo negativo. El gasto público, esa gigantesca plusvalía petrolera, atrae al capital especulativo que lleva doscientos años gozándose el presupuesto. El valle está que explota, y, aunque le hagan un segundo piso, su paranoia se revertirá tarde o temprano contra los cambios revolucionarios. Su lógica es preservar el Estado burgués colonial heredado. Y ¡ay! del que ose intentar cambiarlo.

Concluyo afirmando lo que he sostenido durante cuatro décadas de estudio sistemático sobre la construcción del socialismo: si en lo ético-político soy radical, porque nada podemos ceder a la corrupción, al colonialismo ideológico, y al imperialismo, en lo económico

estoy claro que en esta fase de transición embrionaria, la imposición de un “socialismo” voluntarista, por decretos o buenas intenciones, no lleva a nada que no sea la frustración del potencial productivo del país. Por eso, lo digo abiertamente, con la mayor honestidad intelectual, en materia económica me declaro ecléctico, en la aceptación de adaptabilidad que contiene este término. Las relaciones de producción predominantes a nivel global son las capitalistas, el mercado internacional es capitalista tendiente a monopolizarse cada vez más, por tanto, nuestro modelo económico debe tener una fuerte capacidad de resistir, sin renunciar nunca al proyecto estratégico, pero con la claridad suficiente para involucrarse con la ventaja posible, en el complejísimo mundo de la producción y distribución de bienes y servicios en la escala planetaria.

No debemos incurrir en ese peligrosísimo error que advertía el sabio Lenin: “confundir deseos con realidad”. Sobre todo en la base material de toda acción humana: la economía.

Porque, además, hay otra razón de fondo en este asunto que es vital, y es que por la dependencia, por las debilidades económicas estructurales heredadas del colonialismo, siempre los imperialismos intentarán doblegarnos por la economía, por el hambre y demás necesidades insatisfechas de nuestra gente, por la incapacidad inculcada desde la invasión europea iniciada el siglo xv. Entonces esos poderes transnacionales del capital convertidos en manipulación financiera, bloqueos y hasta invasiones, buscarán romper lo único que no debemos perder en todas estas luchas: la soberanía.

Sin patria, todos los demás derechos son un espejismo.

Capítulo V

EL COMPONENTE CRISTIANO DEL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

Obligatoriamente tenemos que hablar de este componente religioso de la idea de socialismo que se ha venido formando en el pueblo revolucionario que apoya a Hugo Chávez en la construcción de la nueva sociedad. A pesar de que este fenómeno no es original de la Revolución Bolivariana, —ya se había expresado con gran fuerza en experiencias como la nicaragüense— no cabe duda sobre la tremenda influencia que tiene en la empatía del líder con las mayorías que lo respaldamos y en la propia construcción teórica de los contenidos del llamado socialismo del siglo XXI en Venezuela o socialismo bolivariano. La permanente apelación que hace Chávez de pasajes bíblicos y de la figura de Jesús como ejemplo de vida, han permitido una rápida asimilación por parte de un pueblo mayoritariamente cristiano, sea católico o evangélico, que tiene estos valores profundamente enraizados y, en muchos casos, frescas las lecciones de esas lecturas. Como en casi toda la América mestiza, en Venezuela la iglesia popular cristiana no necesariamente está sujeta a la autoridad

formal de la Iglesia Católica Apostólica y Romana. Al contrario, en la mayoría de los casos, las prácticas sincréticas de la religiosidad popular han sido perseguidas por el Clero tradicional, y solo han sido aceptadas tras constatarse la imposibilidad de detenerlas, ya que el apoyo masivo a las mismas reviste una poderosa fuerza subversiva en el seno del pueblo contra la jerarquía que reporta al Vaticano. De allí que sea cada vez más evidente el distanciamiento de la feligresía hacia un clero apartado de sus vivencias y carente de sensibilidad ante sus padecimientos. El pueblo cristiano mayoritario, no se siente amarrado a los esquemas políticos de las autoridades católicas, las que obedecen en forma casi automática, a los intereses de las oligarquías. En el caso venezolano ha sido escandalosa la participación de la Conferencia Episcopal en la conspiración transnacional contra la Revolución Bolivariana. Obispos firmando el Decreto que eliminó la Constitución y disolvió todos los poderes legítimamente constituidos durante el Golpe fascista de abril de 2002 y curas celebrando con champaña en la sede del gobierno en Miraflores junto a los militares, políticos y empresarios comprometidos en la sedición y la masacre provocada por ellos mismos el día 12 de abril para pretender justificar la acción conspirativa. Mientras esto hacía la élite sacerdotal, el pueblo cristiano mayoritariamente rezaba y se movilizaba para restaurar la democracia y el Gobierno constitucionéal que había decidido darse en forma legal y transparente. La ruptura en el seno de la Iglesia tiene el sello histórico de la lucha de clases.

1. De la sencilla fe personal a la liberadora fe praxis revolucionaria

Como herencia indeleble de la conquista española, el cristianismo sembrado en nuestras conciencias forma parte fundamental de la cultura nacional. Los valores asociados a la enseñanza cristiana son el soporte de una ética colectiva de aceptación general e influencia determinante en la conducta social. En cualquier hogar que tomásemos

al azar, encontraremos los símbolos clásicos de esta fe y constataremos la trasmisión de los dogmas y principios cristianos, indistintamente del nivel educativo y la filiación política. Pero aquella fe dogmática que siembra temores, dobllega la rebeldía y domestica el espíritu, que pregona la sumisión ante la “autoridad” y la resignación ante las injusticias y desigualdades, no es precisamente la que corresponde al legado cristiano contenido en los Evangelios. El padre jesuita Juan José Madariaga nos hablaba de la radicalidad evangélica, para señalarnos que la lección más cristiana de toda la vida de Jesús, es la solidaridad; que ese último mandamiento de “amarnos los unos a los otros”, junto al llamado agónico de construir su “reino” en “otro mundo”, es la instrucción más expedita de que la tarea histórica de la grey cristiana es la creación de una nueva sociedad caracterizada por la igualdad, la justicia y el amor. El Cantor del Pueblo Alí Primera fue uno de los primeros en tomar en cuenta esa realidad concreta de nuestra conformación psicosocial, plasmando en sus mensajes musicales y político-organizativos la conjunción de lo cristiano y lo socialista en una sola militancia. *No basta rezar, Hay que aligerar la carga* o *Flora y Ceferino*, tienen un claro mensaje cristiano asociado a la invocación de un Dios justiciero que exige la terminación del sufrimiento por las injusticias, a la vez que cuestiona el uso de la “religión” para detener los “deseos libertarios” del pueblo, como lo hace en *La canción del trío*. Aunque Venezuela no llegó a contar con un movimiento cristiano de base como los de Brasil, Nicaragua, El Salvador o Perú, ni con líderes espirituales tan influyentes como Helder Cámara y Leonardo Boff, los hermanos Cardenal y Miguel de Scotto, Oscar Arnulfo Romero e Ignacio Eyacuría o Gustavo Gutiérrez; tuvimos en cambio solitarios y abnegados utopistas cristianos como Juan Vives Suriá o el perseguido Padre Wuaytak, el amigable Padre Acacio Belandria o algún grupo de monjitas valientes en escasos barrios urbanos o determinadas zonas rurales e indígenas del país. Pero nunca se desarrolló en la

patria de Bolívar un movimiento social de origen cristiano con incidencia en la lucha política, que no fuera el partido que la derecha católica organizó para impulsar su impopular proyecto neofascista apegado a la estrategia de dominación imperialista (el partido socialcristiano Copie y sus múltiples desprendimientos, Proyecto Venezuela, Convergencia, Primero Justicia, etc...). Una ligera mirada al “gabinete” del dictadorzuelo Pedro Carmona Estanga, nos retratará a lúgubres personajes de esta militancia pseudocristiana. Solo a partir de la emergencia del movimiento bolivariano encabezado por Hugo Chávez, se comienza a sentir la construcción de un discurso liberador con base en la matriz ideológica cristiana, al punto que, actualmente, es casi un lugar común hablar en Venezuela del socialismo como una elaboración absolutamente cristiana. La fe que antes se vivió dentro del templo o en la intimidad del pecho creyente, ahora se predica a viva voz como fe revolucionaria que construye el mundo nuevo para el reino de Cristo, aunque tenga que empuñar la fuerza de la organización popular para enfrentar a los enemigos de la revolución, el imperialismo y la oligarquía. El socialismo del siglo XXI 98 Se evolucionó de una fe pasiva, a una liberadora fe-praxis revolucionaria. Es precisamente el sustrato del planteamiento de lo que se conoce como Teología de la Liberación.

2. Puntos de intersección del cristianismo con el socialismo

La noción esencialista de la igualdad: para el militante del Socialismo del siglo XXI, toda persona es esencialmente su igual, por tanto, se está dispuesto a luchar para que todas y todos tengan los mismos derechos. Esta es una idea fuerte de ambas doctrinas. En la religión cristiana la enseñanza evangélica pregona la igualdad como imán del sentido de pertenencia a la causa de Dios. En el marxismo nos esforzamos por construir una sociedad sin explotación del hombre por el hombre, la sociedad sin clases opresoras ni oprimidas, el

socialismo, cuyo plus ultra es el comunismo, la utopía sin Estado ni otra forma alguna de dominación.

- a. La asimilación religiosa: el ideal socialista del siglo XXI, se aleja de las polémicas posiciones ateas, integrando a su legado el componente religioso popular, el cual se mezcla con la concepción revolucionaria de la historia en un híbrido ideológico de ancho rango, cuya característica más identitaria es el sincretismo y la heterodoxia. El socialismo del siglo XXI, asume su eclecticismo sin ningún complejo. La diversidad cultural, inmanente a la propia esencia humana, tiene su parangón en lo ideológico, pero tanto el socialismo como el cristianismo, toman en esta fusión, los elementos liberadores de cada pensamiento y los convierten en arma de los pueblos para su redención. El estudio del llamado ateísmo científico, tan promovido por la burocracia de la extinta Unión Soviética, que tuvo en Mijail Górvachov su último y decadente apologista, resultó tan inútil y reaccionario como las arengas anticomunistas de la jerarquía católica y protestante de derecha, aliada siempre a los más nefastos movimientos oligárquicos imperialistas como el nazismo y el fascismo. El socialismo del siglo XXI rompe radicalmente con ese falso dilema y deja abiertos los anchos y hermosos caminos de la libertad de cultos para que toda humanidad quepa en el hermanamiento de las otredades como el viento, el fuego y el agua dentro del universo.
- b. La pluralidad política: los proyectos políticos nacionales que se orientan hacia el socialismo del siglo XXI, no tienen entre sus planes la eliminación del adversario político. La pluralidad política es entendida como parte de la esencia democrática de la nueva sociedad, aunque lo más importante no sea la expresión partidista de esa pluralidad, sino las diversas manifestaciones de organización social y el debate

público de los asuntos fundamentales a la luz de las diferentes visiones culturales e ideológicas. La tolerancia hacia lo diferente se supone un valor del ejemplo de Cristo, que los revolucionarios marxistas practicamos, toda vez que nuestra lucha es por la demolición del sistema capitalista, por el derrumbe de las relaciones de producción que mantienen a las mayorías en la pobreza, mas no contra persona alguna. A la persona la respetamos en cualquier circunstancia, nuestro enemigo es el reino del capital. No tenemos problema en sostener debates con los adversarios, al contrario, somos promotores de la batalla de las ideas de que tanto nos habla el Comandante Fidel Castro, y preferimos esa arena para dirimir las diferencias que el enfrentamiento armado a que nos tiene acostumbrados el imperialismo, carente de toda razón y argumento.

- c. La solidaridad como valor de la organización comunitaria: en la solidaridad se entrecruzan las prácticas sociales de los pueblos originarios y la prédica del cristianismo primitivo de la vida en comunidad. La transformación de la realidad opresora, que supone el protagonismo popular en la organización comunitaria, solo será posible a partir de una masiva actitud solidaria. El sentido de corresponsabilidad social, el cooperativismo y el colectivismo productivos, se sobrepone al individualismo y la competencia que estimula el capitalismo. Esta lucha de valores está fuertemente enraizada en el esfuerzo que realiza la Revolución Bolivariana en Venezuela para el impulso del autogobierno que representan los consejos comunales, las comunas y todas las formas de poder popular que son la base práctica de la nueva sociedad.
- d. La vocación pacifista: el componente cristiano del socialismo del siglo XXI implica la renuncia de la guerra como medio de solución de conflictos. Solo en casos extremos se apelaría

a la vía armada, en casos como la defensa de la soberanía ante una agresión imperialista y en la lucha de los pueblos por su liberación de regímenes tiránicos. La paz, junto a la defensa de ambiente, son derechos transgeneracionales de los cuales depende la existencia de las condiciones de vida del género humano. Por eso coincidimos en condenar las gigantescas y odiosas inversiones que las potencias imperialistas hacen en armamentismo, así como las invasiones a países y la desestabilización de amplias regiones del planeta con fines guerreristas. La lucha por la paz tiene en este momento de la humanidad, un carácter tan estratégico como la preservación del ambiente. Los riesgos de una conflagración nuclear atentan terriblemente contra la vida humana y de otras especies sobre la tierra. Es literalmente vital, tener el tema de la paz en las prioridades de la agenda humana del siglo XXI.

- e. El anhelo de trascendencia: los seguidores del ejemplo de Jesús ven en la lucha política por el socialismo una forma de trascender de la vida estéril y egoísta a que nos condena la sociedad capitalista. La tolerancia hacia lo opuesto no significa sumisión ante las injusticias y la opresión, al contrario, la necesidad de construir el reino de Dios en la sociedad actual es un imperativo para la salvación de la humanidad azotada por los vicios y deformaciones que impone el consumismo y la ambición desmedida. En la medida que el ser humano se interroga sobre su estadía en la existencia, en esa misma medida necesitará asirse de razones que motiven y justifiquen su permanencia y trascendencia en la vida. También cada vez, con la aproximación consciente al conocimiento empírico y científico, el ser humano ha asimilado que su destino transmaterial está asociado a su praxis terrenal; cuando

internalizamos aquél “por sus obras los conoceréis”, más nos esmeramos en dejar una huella creativa positiva.

- f. La pureza de espíritu como imagen objetivo del “hombre nuevo”: para el cristianismo popular, la imagen de Jesús crucificado y del Che Guevara abaleado es de cierta forma una simetría iconográfica que habla del sacrificio por el colectivo como valor supremo de la entrega cristiana. Se concibe al “hombre nuevo” como el ser humano que emergerá de una sociedad justa, plena de valores éticos superiores, orientados a la consecución de un mundo diferente, con conciencia colectiva de la finitud del ser y la preeminencia de la comunidad y las condiciones naturales de vida por encima del interés particular. La persona comprometida con la construcción de esa sociedad superior, debe ser portadora de esos valores, no solo pregonarlos sino también y sobre todo, practicarlos sinceramente. Es la lucha interna entre el revolucionario que pugna por serlo, y las viejas costumbres inoculadas por el sistema opresor en sus largas centurias de hegemonía. Esas contradicciones internas de las que nos hablaban Lenin y El Che, en las que debe triunfar la ideología revolucionaria, deshaciendo los individualismos, venciendo los vicios pequeñoburgueses que nos incitan al consumismo, la prepotencia y el subjetivismo, para que florezca la conciencia de una nueva humanidad cuya agua es la justicia y cuyo oxígeno es la igualdad. Este nuevo ser, desata las amarras de la alienación convirtiéndose en hacedor de su historia, contagia a sus semejantes de la energía liberadora que le brota de su mente clara, y se lanza tras la espléndida aventura de la Revolución.
- g. La esperanza como visión del largo plazo: partiendo de la afirmación de que “mi reino no es de este mundo”, el sector cristiano que abraza la causa del socialismo, no se resigna a esperar la muerte individual para ver ese nuevo mundo,

muy por el contrario, asume que es su deber avocarse a la conquista del “reino”. Mas, su empeño no se orienta por expectativas inmediatas, sabe que el camino por recorrer es largo y difícil. La construcción de ese mundo de iguales, implica esfuerzos sumamente exigentes para adecuar las condiciones materiales de vida a la satisfacción de las necesidades de las mayorías, hecho que no se logra de la noche a la mañana. Pero si esta tarea es de por sí gigantesca, cómo lo será aquélla de cambiarle el alma a la sociedad; es decir, crear las condiciones subjetivas para el surgimiento de una nueva cultura capaz de establecer un mundo de “hombres nuevos y mujeres nuevas”. El secreto de lograrlo está entonces, en esa creencia religiosa trasmutada en convicción política, de que es posible alcanzar la utopía, aunque, como en el cuento maoísta del “viejo tonto de la montaña”, sepamos que los frutos de nuestros esfuerzos y sacrificios de hoy, tal vez no los lleguemos a ver nosotros ni nuestros hijos, pero sí los alcanzarán a ver nuestros nietos o los nietos de estos. Pero lo lograremos.

Capítulo VI

SOCIALISMO Y FEDERACIÓN

Cualquier debate que se nos presente sobre el dilema centralismo o regionalismo, debemos resolverlo a la luz de la concepción revolucionaria de la historia. Dejemos sentado de una vez, que la contradicción fundamental de nuestro tiempo no es centralismo-federación, ese es un asunto de forma, de arquitectura burocrática, de método administrativo. Lo cual no quiere decir que no sea importante. En ello se juega gran parte de la posibilidad de alcanzar la eficacia política y el buen gobierno en nuestro país.

La contradicción fundamental de nuestro tiempo es imperialismo o socialismo, que en lo interno se traduce en el conflicto de la Revolución Bolivariana o reacción neoliberal, y en términos geopolíticos continentales: bolivarianismo o monroísmo.

A los revolucionarios nos interesa con carácter prioritario transformar la estructura socioeconómica, que es lo esencial, y para ello, debemos controlar y preservar el poder político. Puede ocurrir que esta condición, nos exija aplicar una metodología administrativa

centralista o federal descentralizada, según sea el caso, porque cada realidad tiene sus particularidades. Constitucionalmente somos un Estado federal descentralizado, pero en el marco de la guerra multiforme que nos ha impuesto el imperialismo estadounidense y sus socios serviles, ha sido inevitable aplicar medidas extraordinarias que nos permitan concentrar los escasos recursos para atender bajo un solo mando, las necesidades más apremiantes del país.

En el caso cubano, tratándose de un país con un territorio pequeño, con una economía relativamente pequeña y pocas posibilidades de obtener nuevos ingresos fiscales, además, bloqueado por seis décadas y asediado por la amenaza militar imperialista, es obvia la necesidad de centralizar la administración pública, aunque se han puesto en práctica reformas para regionalizar gobiernos provinciales y locales en materias específicas. Más aún, estatizar y socializar la mayor parte de la actividad productiva ha sido vital para la sobrevivencia de la revolución. Ello ha significado, entre otras consecuencias —y pese al enorme esfuerzo que hace el gobierno revolucionario de atender toda la población en todo el territorio— el éxodo de cientos de miles de personas del interior hacia la capital, llegándose al punto que hoy La Habana alberga cerca de la mitad de la estadística demográfica, y hasta ha tenido que implementarse severas ordenanzas para tratar de frenar ese fenómeno. La descentralización emerge en nuestro país como un paliativo de forma en el régimen oligárquico, atendiendo la ola reformista que sobrevino tras la insurrección popular del 27 de febrero de 1989. A la luz de las ideas neoliberales que predominaban en el ambiente político y económico continental, el proceso descentralizador favorecía la estrategia imperialista de dismantelar los Estados y privilegiar la tendencia privatizadora de los servicios públicos. Pero, también debemos aclarar que, la medida adoptada por la clase política como reacción al “Guarenazo” o “Caracazo”, obedecía a la intención de manipular el cada vez más creciente

reclamo popular de participación, lo que simultáneamente implicaba la exigencia de gobiernos cercanos, o, para utilizar un anglicismo citado por Mariátegui, la “idea del *self government*”.

El revolucionario peruano José Carlos Mariátegui ha sido uno de los pocos que dedicó esfuerzos teóricos a este tema. En uno de sus Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana, titulado Regionalismo y Centralismo, Mariátegui no duda en sentenciar que “uno de los vicios de nuestra organización política, es, ciertamente, el centralismo”. Nos habla de un “centralismo burocrático” y abunda en la situación específica de su país atacando radicalmente lo que califica como regionalismo gamonalito, que es la aspiración de las burguesías locales y terratenientes de fortalecer su hegemonía regional contra los intereses de los más desposeídos, en particular, de la población indígena, sin tierra ni poder político.

Este “regionalismo”, busca reproducir herencias feudales de dominación. Los señores feudales de nuevo cuño, usan demagógicamente el discurso de la descentralización, siempre que sirva a sus intereses económicos. El centralismo los utiliza como punta de lanza de la oligarquía dominante y estos se prestan al juego por las migajas que les tocan. En la Venezuela dominada por el centralismo oligárquico, desde Gómez hasta los gobiernos del Pacto de Punto Fijo, hubo esos feudos regionales con los militares presidentes de Estado que ponía a dedo el caudillo tachirenses o los delegados políticos de los presidentes de turno de AD y Copei.

Mariátegui advierte, sin embargo, como dato de la realidad, la existencia de “sentimientos regionalistas”, aunque no se expresen en programas concretos. “Las aspiraciones regionales son imprecisas; indefinidas, no se concretan en categorías y vigorosas reivindicaciones” (2007, p. 161), nos dice. El fundador del Partido Socialista del Perú y de la Confederación General de Trabajadores, traza una visión dialéctica del dilema en cuestión, de la siguiente

manera: “Tienen plena razón las regiones, las provincias, cuando condenan el centralismo, sus métodos y sus instituciones. Tienen plena razón cuando denuncian una organización que concentra en la capital la administración de la República”. Y remata, “pero no tienen razón absolutamente cuando, engañados por un miraje, creen que la descentralización bastaría para resolver sus problemas esenciales” (*Ibid.*, 168).

Como buen marxista, Mariátegui sabe que el mecanismo administrativo es algo formal, mientras que lo verdaderamente substancial es la formación económica. Nos aporta además una visión socio-histórica y antropológica original, como casi toda su obra, en cuanto a la definición de región. “Una región no nace del estatuto político del Estado. Su biología es más compleja. La región tiene generalmente raíces más antiguas que la nación misma” (*Ibid.*, 169). Coincidimos con este precursor del pensamiento socialista latinoamericano: “Nuestra organización política y económica necesita ser íntegramente revisada y transformada” (*Ibidem*).

1. La capital colonial-capitalista

Si los conquistadores españoles que invadieron el territorio de lo que hoy es Venezuela, hubieran tenido entre sus planes la creación de una gran civilización, se hubiesen instalado cerca de los grandes ríos. Ese nunca fue el objetivo de los que trajeron la espada y la cruz. El “poblamiento” colonial (despoblamiento genocida de los originarios) de lo que actualmente constituye el territorio nacional de la República Bolivariana de Venezuela (y de todas las colonias en Abya Yala), se hizo pensando en el vínculo con la metrópoli, por eso la mayor acumulación demográfica se ubica en la zona norte costera, mientras las zonas de grandes ríos están prácticamente despobladas.

Desde antes de la creación de la Capitanía General fuimos país puerto. El invasor se afincó frente al mar para desembarcar él mismo

y sus importaciones, y para llevarse toda la riqueza que pueda mientras dure su estadía. Los primeros en llegar ni siquiera pensaban quedarse en forma permanente. Su sueño era regresar al sitio de origen convertidos en potentados señores para provocar la admiración de sus coterráneos y los favores de la Corona. El sentido de pertenencia tardó tres siglos en formarse, y aún costó un inmenso derramamiento de sangre poder zafarse del yugo político-militar de España. El proceso de formación de la capitalidad es sin lugar a dudas, imposición colonial. El centralismo es herencia colonial. La selección del lugar tiene mucho de azaroso, donde las condiciones climáticas y la cercanía con la costa terminaron definiendo su localización. Los españoles aborrecían el clima tropical caribeño al que calificaban de hostil, enfermizo, infernal. Lógicamente, la benevolente frescura del valle, comparable a una perenne primavera ibérica, les atrajo a fijar residencia, aunque los negocios ultramarinos se hiciesen desde La Guaira.

La oligarquía criolla que toma el poder al finalizar las guerras de independencia, le da continuidad al modelo centralista de gobierno. El desvanecimiento del sueño bolivariano, truncado por la acción encubierta continental del gobierno de Estados Unidos, las complejas realidades geográficas y políticas, y la traición de Páez y Santander, fortaleció el poderío feudal de las rancias oligarquías capitalinas. Así se fueron delineando las capitales capitalistas dependientes que conocemos en la actualidad.

La sugerencia hecha por El Libertador de diseñar una nueva capital para la original Colombia, que estuviera ubicada en un punto equidistante, como podría ser Maracaibo según escribió en su Carta de Jamaica, fue una de las cosas que más irritó a las centralistas oligarquías de Caracas y Valencia, como a las de Bogotá las enfureció su retorno al mando a poner orden donde reinaba la corrupción santanderista.

La vida republicana, penetrada precozmente por el imperialismo capitalista que condenó a nuestras naciones a la dependencia y el subdesarrollo, reiteró el esquema centralista de manera brutal, saqueando las riquezas naturales de todas las regiones del territorio nacional para satisfacer las apetencias del capital transnacional y la lacaya burguesía parasitaria. La añeja conexión de la aristocracia colonial con el imperio español, se reproduce en la nueva imbricación de la oligarquía criolla con el imperialismo. El centralismo oligárquico capitalino es desde siempre, enemigo histórico de la liberación nacional y el socialismo.

2. Nuestro federalismo insurgente

El federalismo aparece en nuestra historia unido a las luchas populares por alcanzar reivindicaciones anti-oligárquicas. La máxima encarnación de esa unidad combativa es Ezequiel Zamora, de quien ha dicho su biógrafo Laureano Villanueva, que “su ambición constante consistía en servir al pueblo... con ciertas ideas utópicas de socialismo y de igualdad de bienes.

Zamora es parte integrante y fundamental del “Árbol de las Tres Raíces” que inspira la Revolución Venezolana. Junto a Simón Rodríguez y Bolívar, el vencedor de Santa Inés, aporta el compromiso radical con la justicia social y el ideario de un gobierno cercano a la gente, antecedente claro del concepto de la democracia participativa pregonado y practicado por nuestra revolución. El general de hombres libres nos habla de “igualdad entre los venezolanos; el imperio de las mayorías; la verdadera República o “la República genuina” que representa la federación original del 5 de julio de 1811.

La autora del libro *Las luchas federalistas en Venezuela*, Catalina Banko, caracteriza la gesta zamorana como “una auténtica guerra social orientada a la lucha contra la opresión de las clases poderosas” y nos recuerda que:

Lo que inicialmente había sido un enfrentamiento de carácter político, en el cual se mezclaron los verdaderos ideales con el oportunismo de algunos dirigentes, adquirió luego rasgos de una auténtica guerra social orientada a la lucha contra la opresión de las clases poderosas. Esta tendencia de la guerra federal es analizada por autores como Laureano Villanueva, Lisandro Alvarado, Carlos Irazábal y Federico Brito Figueroa, quienes caracterizan la lucha social que estuvo presente a lo largo de la confrontación como un violento estallido contra la injusticia y en favor de la igualdad y la libertad (1996, p. 192).

Por eso no es extraño el enorme respaldo popular que fue granjeándose el general “Cara de Cuchillo” a su paso por las rancherías indígenas, barracones de esclavos y pueblos paupérrimos de campesinos hambrientos, porque su lucha era contra el sistema que les mantenía oprimidos. De allí que, en nuestra historia revolucionaria, hablar de federación es sinónimo de revolución social. Eso lo supieron muy temprano los oligarcas centralistas que el 4 de mayo de 1859 publicaron un comunicado en el periódico guaireño *El Comercio*, donde, escandalizados por las recientes victorias federalistas, los descalificaban diciendo que “es la guerra del crimen contra la virtud, la tiranía del comunismo contra el sagrado derecho de propiedad... es lo que hasta hoy nadie creía pudiese suceder en Venezuela” (*Ibid.*, 177).

El modelo central-vertical arrastra muchos problemas de autoritarismo y burocratismo, incluidos otros “ismos” que la experiencia indica deben evitarse por perniciosos: amiguismos, nepotismos, oportunismos y arribismos.

El Libertador elogió el modelo federal como el más perfecto sistema para gobernar, pero lo criticó cuando la guerra requería mandos fuertes unificados, para enfrentar un enemigo más poderoso y rico. Es absolutamente comprensible esta aparente contradicción. Tampoco el relajo de estructuras estatales y locales de poder debe permitirse. Surgen los feudos, con sus secuelas de élites comarcales

privilegiadas versus pueblos alejados, olvidados y maltratados: el gamonalismo del que nos habla Mariátegui, que Bolívar ya en 1824 intentaba desmontar en Perú.

Pero lo más paradójico es que el modelo central-vertical de ejercer el poder, sea partidista o gubernamental, tiende a ser caldo de cultivo para ese parasitismo gamonalista, más cuando la contraloría popular es nula por vía de hecho.

Capítulo VII

LA FORMACIÓN POLÍTICO-IDEOLÓGICA DE LA MILITANCIA SOCIALISTA

*Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la enajenación...
Si el socialismo pasa por alto los hechos de conciencia, podrá ser un
método de reparto, pero no es ya una moral revolucionaria.*

ERNESTO CHE GUEVARA

*...la verdad de nuestra época es la revolución... ella será para los pobres
no solo la conquista del pan, sino también la conquista de la belleza,
del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu.*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Escuchamos por doquier hablar de la necesidad de la formación político-ideológica de la nueva militancia socialista. Se reconoce que su ausencia es una de las mayores debilidades del proceso. La pata coja de la revolución. Sin embargo, vale la pena reconocer que no arrancamos de cero. El trabajo hecho por Chávez, también en esta área, ha sido titánico. Nuestro pueblo hoy tiene mayor

nivel político-ideológico que nunca antes. El solo hecho de haberse despertado una mínima conciencia antiimperialista y una vaga noción de socialismo, ya representa un salto cualitativo histórico. El despliegue de un discurso de impacto masivo por parte del líder del proceso, ha significado adicionalmente el rescate de nuestra raíz bolivariana, de nuestra raíz indígena, descolonizadora, pluricultural y multilingüe, de nuestra memoria histórica. No podemos ocultar nuestra emoción de estar viviendo esta magnífica experiencia de ver a nuestro pueblo activando con tanta claridad de sus intereses de clase y con tal intensidad de afán organizativo. Tampoco debe menospreciarse el esfuerzo que se hace desde las misiones educativas, deportivas y culturales. Todo aporte en elevar el nivel intelectual de nuestro pueblo redundará sin lugar a dudas en un mayor nivel de conciencia política y mayor claridad ideológica.

Podríamos, incluso, hablar de una primera etapa; es decir, clasificar lo hecho hasta el momento, en una primera fase de esa formación política masiva inicial. Esta etapa la llamaremos *fase de gestación de la ideología de la revolución*, la cual se ha caracterizado por el espontaneísmo y la informalidad en los esfuerzos formativos. Ahora se trata de pasar a una etapa superior, de carácter permanente, organizado, sistemático y planificado, del proceso de formación ideológica de la militancia socialista, con miras a la consolidación de un partido revolucionario de masas y de cuadros, simultáneamente.

Esta etapa que arrancamos en la tercera década del proceso venezolano, se llama de *consolidación de la ideología revolucionaria del socialismo bolivariano del siglo XXI*. Estamos hablando de convertir al PSUV en un partido masivo de cuadros, cuyo objetivo fundamental es hacer irreversible la Revolución Bolivariana hacia la construcción de la sociedad socialista en la Patria Grande Indoamericana.

1. Fase de gestación de la ideología revolucionaria

Una revolución no se hace con petrodólares. Una revolución se hace con conciencia. La consecuencia lógica del clientelismo es la corrupción; la degradación de la persona en pos de las dádivas estatales de una burocracia acostumbrada a manejar a su antojo una voluminosa factura petrolera. En este ambiente, el militante es llevado por el atajo del arribismo. No necesita la formación ideológica para alcanzar sus propósitos. Al contrario, mientras más ignorante sea más se acomoda. Para optar a un cargo político, este militante acude a la lisonja, el jalabolismo con sus superiores, la zancadilla a sus compañeros, la puñalada traperera, la trampa, el chisme, la intriga. Son vicios típicos de la administración pública de antes, que aún se practican.

La formación político-ideológica es la enemiga más temida por el sistema capitalista-consumista y su expresión política corrupto-clientelista. Todo el aparato ideológico del sistema descarga diariamente sus valores enajenantes sobre la masa. La dominación del espíritu es más efectiva que la explotación de la fuerza de trabajo a los fines del sistema capitalista, aunque ambas, forman una unidad imprescindible para la producción de la plusvalía y la realización de la ganancia. En esta fase ha predominado la inestabilidad política y los devaneos ideológicos. El avance de la conciencia revolucionaria vive un estado potencial. Hay la madera de calidad y maduración interesante, pero debe aplicársele la talla correspondiente para llegar a su fibra más consistente y poder moldear al hombre nuevo y la mujer nueva que construyan el socialismo. La fuerza social y política que acompañó a Chávez hasta la primera victoria electoral en 1998, tenía una fuerte presencia de políticos tradicionales con diversos enfoques que iban desde la derecha neoliberal hasta reductos de una mal llamada ultraizquierda. Las contradicciones en esa variopinta alianza se manifestaron temprano en el seno de la Asamblea Nacional Constituyente, donde debates como el de los derechos de los pueblos

indígenas y del carácter estatal-nacional de los hidrocarburos, par-tieron la Asamblea en dos toletes antagónicamente enfrentados. Porque no fueron solamente los solitarios cinco representantes de la oposición los que adoptaron posiciones derechistas frente a estos temas claves, hubo mucho constituyente “rojito” que secundó el discurso opositor. Los que defendimos el derecho de los indígenas a sus territorios ancestrales y el carácter social-nacional de los hidrocarburos, fuimos acusados de querer “desarticular” el territorio de la República y de ser “dinosaurios comunistas”. Luego las cosas se fueron decantando en la medida que el gobierno se aproximaba más a los intereses populares-nacionales que a los de la oligarquía pro-imperialista. En esta fase podemos identificar varios hitos, que fueron definiendo su evolución:

- a. Insurrección popular espontánea del 27 de Febrero de 1989 y Alzamiento Político-Militar del 4 de Febrero de 1992. Estos hitos son los precursores-activadores del Poder Constituyente que despertó como movimiento popular de signo político y permitieron la acumulación de fuerzas para la toma del poder.
- b. Triunfo electoral de 1998. Se produce la instauración de un gobierno de corte democrático-popular-nacionalista con Hugo Chávez como líder y (junto al pueblo) garante del carácter revolucionario del proceso que se iniciaba. Se abrió cauce al llamado constituyente.
- c. La Asamblea Nacional Constituyente. Momento de gran debate nacional, donde los sectores populares se expresaron de manera categórica hacia la fundación de un nuevo orden institucional, signado por la participación protagónica de la mayoría en movimiento. El nuevo Estado debe ser democrático participativo, ético, productivo, pluricultural, que busca la justicia social y construye una nueva federación con acento en el protagonismo de la organización popular.

- d. La primera habilitante, el golpe oligárquico del 11 y 12 de Abril de 2002 y la gloriosa Revolución Popular del 13 de Abril de 2002. Estos tres hitos los mencionamos al unísono porque son momentos de un mismo hecho histórico. Las leyes decretadas en el marco de la primera Ley Habilitante otorgada al Gobierno Bolivariano, fueron el pretexto de la oligarquía para emprender su aventura golpista. Luego empalman con el rechazo de la burocracia petrolera al nombramiento del profesor Gastón Parra Luzardo como presidente de Pdvsa. Esos dos hechos la oligarquía los leyó como signos de la profundización del carácter revolucionario del proceso. Y tenía razón, claro está. Por eso la fiereza de su actuar, aunque fuera por ratos efímeros, ya que sus propios errores y la acción revolucionaria del pueblo, tiraron al piso la breve dictadura burguesa proimperialista del prófugo Pedro Carmona. Quiero poner fuerte acento y dejar clara constancia de mi convicción de que fue el pueblo raso, el pueblo barrio, el pueblo campo, la gente común y corriente, la que salvó a Chávez y con él, al proceso revolucionario. Desconozco cualquier intento de secuestro de esta heroica acción popular, por parte de élite alguna, sea política o militar.
- e. El paro petrolero fascista. Nuevamente, el nivel político-ideológico de nuestro pueblo fue puesto a prueba, dura prueba, y, una vez más, la grey bolivariana se lució como la más digna y valiente.
- f. El referéndum presidencial. Hito que marca la fortaleza de la nueva institucionalidad. Primera vez en el mundo que se realiza un proceso comoe. El pueblo lo asumió junto a nuestro líder y se impuso nuevamente el camino revolucionario.
- g. Las misiones. No cabe duda sobre el alto impacto de las misiones convocadas por el presidente Chávez e aquella difícil coyuntura. Las misiones no constituyeron solamente

la redistribución del ingreso petrolero hacia los más necesitados y el establecimiento de un conjunto de servicios esenciales para elevar la calidad de vida. También han significado elevación de la estima de las clases excluidas por el sistema explotador y un mayor nivel de empoderamiento y organización. Un éxito digno de resaltar donde el internacionalismo revolucionario ha sido ejemplo en la unidad histórica Cuba-Venezuela que celebramos.

- h. Carácter antiimperialista. Es en esta coyuntura, que Chávez habla por primera vez del carácter antiimperialista del proceso venezolano. Hasta ese momento no se había hecho explícito este concepto por parte de nuestro Comandante en Jefe. Dicha declaración puede valorarse como histórica, ella marca el surgimiento de una fuerte corriente popular antiimperialista, lo que de por sí es muy significativo en un pueblo que hasta hacía unos escasos años tenía como modelo de vida el estadounidense y bebía de la fachada consumista del capitalismo rentista petrolero que impusieron los gringos tras un siglo de predominio.
- i. Carácter socialista. Las declaraciones de Chávez en Porto Alegre, Brasil, a propósito del Foro Social Mundial en los umbrales del 2005, alborotaron el avispero internacional con el debate sobre la vigencia del socialismo como alternativa a la destrucción del planeta y de la vida por parte del sistema capitalista en su etapa imperialista neoliberal. Ha sido el salto cualitativo más largo en la historia reciente del pensamiento revolucionario. Revivió el sueño socialista en los pueblos oprimidos y reabrió un debate que llevaba dos décadas clausurado para siempre, según las voces agoreras que predicaron el fin de la historia tras la caída de la extinta Unión Soviética. Ahora el socialismo del siglo XXI, florece como ideal de los procesos liberadores en toda indoamérica.

- j. Las líneas estratégicas del Plan Nacional Simón Bolívar. En plena campaña electoral para su reelección en 2006, el presidente Chávez lanzó el 1 de septiembre las líneas estratégicas del Plan Simón Bolívar con la nueva ética socialista como punta de lanza. Nada más acertado dada la debilidad heredada de la república lacaya. La frase “Sin moral socialista no habrá nunca revolución socialista”, resume nítidamente la orientación ideológica del llamado presidencial. Le siguen, en el orden enumerado por Chávez: la creación de una economía productiva socialista, la suprema felicidad social, el poder popular como máximo poder de la República, la nueva geopolítica nacional, la construcción del equilibrio internacional y el surgimiento de Venezuela como potencia energética. Está de anteojitos que sin una formación ideológica sólida, nuestro pueblo no podrá alcanzar estos objetivos estratégicos.
- k. La fundación del PSUV. El partido es la organización de los que piensan igual sobre una manera específica de conducir la política hacia la construcción de la sociedad. Definir el modelo de sociedad que se quiere construir es fundamental para caracterizar al partido. En la sociedad capitalista, un partido del sistema, un partido de derecha, busca conservar el orden establecido. En cambio, un partido revolucionario es aquel que cuestiona el sistema, lucha por llevar al pueblo al poder, y gobierna para demoler la vieja sociedad y abrir paso a relaciones igualitarias en lo político, económico, social y cultural. Como agrupación humana al fin, el partido es perfectible en todo momento, por tanto, no es una maquinaria estática, todo lo contrario, es una organización dinámica que se nutre del estudio y la práctica transformadora, y que se transforma a sí mismo al tiempo que cambia la sociedad. Pero el partido revolucionario debe ser, más que reflejo de la sociedad que

quiere cambiar, germen de la nueva sociedad que pretende construir. El programa del partido reúne el pensamiento y los objetivos históricos a alcanzar. La estrategia nos indica el camino para lograr esos objetivos. El código ético nos indica el buen actuar, definiendo claramente las virtudes y valores que deben orientar las acciones de la militancia. Los estatutos son normas de funcionamiento y organigrama. Lo símbolos son íconos de identidad y sentido de pertenencia. Como instrumento de los revolucionarios en el poder, el partido es claridad en la conducción y ejército político voluntario. Es coraza del líder, propagador y defensor de la obra de la revolución, organizador del pueblo para la defensa y las conquistas, ejemplo de estudio, trabajo y desprendimiento. Por ser la revolución un movimiento histórico de cambios profundos en todo el tejido de la existencia social, las fuerzas humanas que jalan a favor de esos cambios deben actuar coordinadas, a un mismo ritmo y en una misma dirección. Tener un único y sólido partido revolucionario es vital para la revolución. Tal es el primer y gran aporte del PSUV. Para que haya socialismo, el Estado tiene que ser socialista, porque aún predominan en lo económico las relaciones capitalistas y solo las instituciones del poder político pueden garantizar caminos hacia la igualdad. De allí la trascendencia de que exista un partido que asume el socialismo como el modelo de sociedad a construir. El que tengamos un partido definido en forma nítida como socialista, nos plantea un referente político de alcance histórico: estamos moldeando ya el futuro que queremos. Se trata de un partido con un proyecto para una nueva humanidad. Segundo gran aporte. El tercer aporte es el arma de todas las victorias: la unidad. No hay nada más importante en este momento estelar de nuestra Historia Patria que la unidad. La Revolución Bolivariana

ha prendido de tal manera en las mentes y los corazones de los pueblos, que ya tiene ámbito continental. Nos jugamos en este tiempo revolucionario, la posibilidad cierta de emprender en los umbrales del nuevo siglo, la conquista de los sueños de nuestros mártires y Libertadores. Bolívar murió clamando por la unidad. Chávez lo sacó de la tumba y ahora anda luchando junto al pueblo. La unión lo revivió. Proyecto socialista, partido y unidad, tal es la tríada de la victoria revolucionaria de la que somos testigos y protagonistas.

- l. La derrota de la Reforma. Aunque en el seno del PSUV no se dio un debate sobre esta importante derrota sufrida por la revolución, el pueblo en sus espacios naturales de conversa, evaluó lo sucedido. Desde la manera exageradamente ejecutiva como se emprendió esta iniciativa, hasta el enredo legislativo en que degeneró, la propuesta de Reforma Constitucional fue abortada por la secuela de errores que la dirigencia toda cometió. La dispersión temática, la flojera en la campaña, la falta de compromiso de liderazgos locales que jugaron al fracaso, la duplicación de esfuerzos y precariedad organizativa por estarse fundando simultáneamente el PSUV, sumaron una fuerza resistente que imposibilitó la conquista de esa victoria tan necesaria para profundizar los cambios revolucionarios en nuestro país.
- m. El triunfo de la enmienda. La lucha por lograr establecer constitucionalmente la reelección del presidente Chávez tuvo su revancha en la Primera Enmienda a nuestra Constitución, lograda suficientemente en el referéndum del 15 de febrero de 2009. Este resultado le ha impreso una gran estabilidad política al proceso y permitirá que nuestro líder fundamental siga dirigiendo el gobierno hacia la profundización de su carácter revolucionario para ir echando las bases de nuestro socialismo. Como podemos ver, ha sido una etapa

de complejas realizaciones históricas, donde no han estado ausentes los retrocesos, los zigzagueos, las traiciones, pero que en todas las coyunturas, hubo profundos cambios en la conciencia política la ciudadanía que, cada vez más, asume como suyo el destino de la patria y de sus compatriotas, en la eterna búsqueda de un mundo mejor. Son muchos los instrumentos que han hecho su aporte a la formación político-ideológica en esta etapa, que no por espontánea e informal, ha dejado de ser rica en sustancia y creatividad.

2. La consolidación de la ideología revolucionaria

Esta nueva etapa en la formación político-ideológica de la militancia socialista y el pueblo en general, como hemos dicho antes, debe caracterizarse por su permanencia, profundidad, continuidad, formalidad y contenido teórico-práctico. Debe ser una formación creativa, productiva, liberadora, densa, honesta, científicamente sustentada y motivadora de la búsqueda y creación de nuevos conocimientos. No puede ser una formación repetitiva, dogmática, castradora de la creatividad, evaluacionista, que estimule la competencia que excita las miserias humanas. Todo lo contrario, debe promover los valores esenciales del socialismo, cuales son, la solidaridad, la cooperación, la corresponsabilidad, el humanismo, el espíritu creador, la pasión por la vida, el estudio, el trabajo colectivo, en fin, el amor a la naturaleza y a lo humano elevado a su máxima expresión. Somos partidarios de impulsar una política de formación ideológica masiva, envolvente y organizadora. Quiere decir que debe abarcar a toda la militancia socialista, incluidos los otros partidos que apoyan el proceso, y además, al activismo de los movimientos y frentes sociales comprometidos con la revolución. Decimos envolvente porque esa política debe tener carácter transversal respecto de todas las demás actividades políticas, productivas, sociales, culturales, deportivas, académicas, etc... en que estén involucrados los actores a quienes

está dirigida esta política de formación. Decimos también que debe ser organizadora, porque el esfuerzo formativo tiene que enraizarse entre la militancia socialista como parte esencial de su ser. No se concibe un cuadro de la revolución que esté ajeno a esta condición. El debate de los grandes y pequeños temas, las reuniones ordinarias de las organizaciones de base o de dirección a cualquier nivel, la práctica de la crítica constructiva y la autocrítica, todo ello tiene que contribuir a consolidar la organización popular en función de los objetivos históricos supremos que nos hemos planteado. Todos los espacios son buenos para templar nuestra conciencia revolucionaria y todos los tiempos son propicios para emprender la formación ideológica. No debemos confundir política de formación ideológica con escuela de cuadros. Una escuela de cuadros es sólo una de las manifestaciones de la política de formación político-ideológica. La formación como política integral que atiende una necesidad perentoria de la militancia y de la revolución, no se puede reducir a un local (escuela) y a una centena de personas escuchando unas clases magistrales o talleres. Cuántas escuelas y cuántas clases requeriríamos para atender ese reclamo de cinco millones de militantes que tiene inscritos el PSUV? Por supuesto que apoyamos la creación de escuelas de cuadros, lo hemos planteado con angustia desde hace años sin encontrar oídos receptivos. Personalmente conozco la experiencia cubana, donde tuve el honor de cursar estudios de superación político-ideológicos durante los años 1988-1989 en la Escuela Superior del Partido Comunista de Cuba “Nico López”, y mantuve una cercana relación de amistad y colaboración con su rector emérito, el doctor Raúl Valdés Vivó, y varios camaradas profesores, a quienes he tenido el placer de tener en Venezuela como ponentes invitados en el Primer y Segundo Encuentro Antiimperialista de Nuestra América, que convoca el Centro Nacional Antiimperialista Simón Bolívar. Digo esto, para que no quede duda de la importancia que le doy al desarrollo de un sistema de escuelas de formación política del PSUV.

Mi experiencia en la “Ñico López” es tan inolvidable como invaluable, en ella compartí con militantes revolucionarios de cuarenta y un países de nuestra América, El Caribe, África, Medio Oriente, Asia, y hasta Norte América, más cuatrocientos excelentes cuadros cubanos que pasaron curso en ese lapso. Lo que quiero remarcar es que no bastan las escuelas de cuadros. Hay que ir muchísimo más allá. Imaginémos el ejercicio de dictar cursos de formación a los cinco millones de militantes inscritos en el PSUV. ¿Cursos de cuánto tiempo? ¿Dirigidos a grupos de cuántas personas? ¿Para dar qué temas? Si partiéramos de suponer que se darían cursos básicos de un año a grupos de cincuenta personas, necesitaríamos atender la bicoca de cien mil grupos. A razón de doscientos grupos por año (10.000 personas), tardaríamos el mismo tiempo que ha transcurrido desde la conquista española en atenderlos a todos.

Obviamente es ilógico creer que solo las escuelas de cuadros bastarán para la tarea que nos toca. Siempre quedarán en el aire cuestiones como el espacio físico, el financiamiento, los profesores, instructores o facilitadores, como queramos llamarlos; el pensum, la autonomía de funcionamiento, etc... Cuestiones de “carpintería” que muchas veces hacen inviables los proyectos. Nuestra propuesta toma la célebre frase robinsoniana “Toda la Patria una escuela” para decir con el maestro de El Libertador, “todo el partido una escuela”. Así, la unidad orgánica primaria del Partido, la célula (UBCH), debe convertirse en el aula necesaria para esa política integral masiva de formación ideológica. La militancia reunida debe incluir en su agenda del día la lectura de documentos claves para su educación revolucionaria y una mayor comprensión de la realidad política concreta. Actividad que puede transformarse en observar un video o escuchar una grabación para luego debatir su contenido. Tal debe ser la versatilidad de esa “escuela” de formación. Y todavía nos quedaríamos cortos. Esta metodología se repetiría en los centros de trabajo o estudio.

Hay que aclarar que la tarea de la formación política-ideológica para militantes revolucionarios, es algo distinto a la educación formal con fines académicos, técnicos o profesionales. Muy por el contrario, esta formación debe penetrar los espacios de la educación oficial formal para cumplir su papel revisor de esquemas y generador de transformaciones paradigmáticas. Profesoras y profesores, si son militantes socialistas, deben ir al colectivo de base partidista a formarse en su círculo de estudio como cualquier obrero, estudiante o campesino. El círculo de estudio, como se le llamaba en las décadas de los sesenta y setenta, pasa a ser el núcleo formador principal del militante socialista del siglo XXI. Pero sin una clara conciencia del militante sobre su deber de esforzarse por elevar cada día su formación integral, nunca alcanzaríamos generar una cultura de la formación ideológica, que es la base de lo que queremos lograr.

¿Qué estudiar? Todos los clásicos representantes de la literatura revolucionaria suelen hacer una vehemente convocatoria al estudio. Cada uno de ellos fue en sí mismo un formidable estudioso. Bolívar, por ejemplo, estudió con pasión la filosofía política de su época, la historia universal, nuestra historia nacional, la literatura y mitología de las grandes culturas occidentales predominantes en su mundo intelectual, el arte militar, las ciencias básicas, los idiomas. Carlos Marx y Federico Engels, padres fundadores del socialismo científico, eran los dos hombres más cultos y sabios de su tiempo. No se conformaron con estudiarlo todo y a fondo, si no que ellos mismos crearon conocimientos nuevos que los otros debieron estudiar. La obra de estos gemelos transformadores, tiene aún una vigencia sorprendente y es de obligado estudio por cualquiera que se llame revolucionario y desee desentrañar la esencia del sistema capitalista. El conductor de la primera revolución socialista, conocida como Revolución de Octubre o simplemente como la Revolución Rusa, Vladimir Ilich Ulianov, alias Lenin, fue un devorador de conocimientos, llegando a estudiar toda la vasta obra de Marx y

Engels, dándoles continuidad. Fue capaz de producir una densa aportación teórica y práctica a la ideología revolucionaria mundial. Su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito en 1905, constituye el documento más esclarecedor sobre esa aberración de la contemporaneidad que es el imperialismo. Por su parte, Mao Tse Tung, líder de la Revolución China, fue un intelectual muy fértil; igual que Lenin, su obra alcanza numerosos volúmenes, con páginas tan llenas de enseñanzas como de gloria. En su folleto reformemos nuestro estudio, el camarada Mao nos invita a estudiar tres áreas fundamentales para nuestra formación como revolucionarios: el pensamiento revolucionario de Marx, Engels y Lenin, la historia nacional y la situación internacional. Estos tres elementos nos permitirán tener una mayor y mejor comprensión de nuestra realidad concreta, para poder incidir en ella y transformarla, que es el fin último de toda revolución. Fidel nos ha enseñado además, que debemos conocer a fondo el pensamiento de nuestros próceres formadores de la nacionalidad. De allí que la Revolución Cubana sea profundamente martiana, como lo es la formación intelectual de los cuadros del PCC y el pueblo cubano en general. Nuestro líder, el Comandante Hugo Chávez, no desperdiciaba un instante de comunicación con el pueblo, para insistir en ese llamado permanente al estudio. Él mismo se ha convertido en el mayor promotor de la lectura, dándonos cátedra cada vez que tiene una oportunidad. Lo ha hecho con clásicos de la literatura universal como *El Quijote* y *Los Miserables*, pero también lo ha hecho con pasajes de la obra de Marx, Gramsci, Rosa Luxemburgo, Mariátegui, más su apelación constante a la Doctrina Bolivariana, núcleo central de nuestra gesta revolucionaria. Partiendo de estas someras consideraciones generales, nos atrevemos a proponer el estudio sistemático de las siguientes fuentes ideológicas.

1. *El árbol de las tres raíces*. Esta magnífica creación de los revolucionarios venezolanos en la década de los setenta,

particularmente en las filas de lo que fue el PRV-FALN-Ruptura, donde destaca la figura de Kléber Ramírez, y que fue magistralmente recogida por el Comandante Chávez en los preparativos de la insurrección armada y en sus primeras intervenciones públicas, amalgama tres fuentes fundamentales del pensamiento liberador nacional. Rodríguez, Bolívar y Zamora, resumen una propuesta ideológica integral para la revolución venezolana, donde el primero aporta el carácter creativo original y específico de nuestro proceso, así como la trascendencia de una nueva educación y un nuevo enfoque productivo para alcanzar la soberanía e independencia necesarias que permitan realizar la utopía de una sociedad justa e igualitaria. En esa tríada magnífica, El Libertador representa el núcleo fuerte que funde todos los luminosos crisoles emancipadores. Su antiimperialismo raigal, la visión del equilibrio universal, la necesidad histórica de la unión suramericana, son piezas claves de la armazón política-ideológica de nuestra revolución. La Doctrina Bolivariana que propone la igualdad y el buen gobierno, debe ser la columna vertebral de toda la formación político-ideológica de nuestra militancia socialista del siglo XXI. Zamora, nos lega el concepto de federación con acento popular, donde la justicia social lo vale todo, por encima de las típicas formalidades burguesas del estado liberal. Tierras, mujeres y hombres libres, síntesis revolucionaria por excelencia. El estudio del Árbol de las Tres Raíces, nos adentrará en el pensamiento nacional contra-hegemónico más profundo y nos permitirá la comprensión integral de nuestro devenir histórico.

2. *El pensamiento socialista.* Emprender la construcción del socialismo sin conocer la obra de Marx y Engels no parece una aventura posible en el marco del sistema capitalista actual. Desconocer los aportes de Lenin, Mao, Trotsky, Fidel,

Mariátegui, Gramsci, Rosa, El Che, no creemos que nos conduzca por buen camino. Indistintamente del apellido que le coloquemos a nuestro socialismo, debemos tener presente que se trata de crear una alternativa al capitalismo. Tales fueron las palabras de Chávez allá en Porto Alegre: “La alternativa al capitalismo neoliberal es el socialismo”. Entonces requerimos del conocimiento del capitalismo, de sus categorías definitorias, de sus contradicciones, de sus mecanismos esenciales de dominación, de su capacidad reproductiva y de su evolución histórica, para poder vencerlo y destruirlo, a sabiendas que mucho de él seguirá vivo en la transición hacia la nueva sociedad. El estudio de la doctrina del socialismo científico nos dotará de la metodología para analizar la historia y la sociedad que queremos transformar, y nos armará ideológicamente para realizar los cambios radicales en las relaciones de producción y de poder, que abran la compuerta del nuevo mundo socialista. El socialismo no llega por arte de magia ni por encanto de ilusiones místicas más o menos religiosas, solo la acción consciente de la clase trabajadora, entendiendo por ella a todos los sectores populares incluidos los intelectuales comprometidos, podrá enfrentar la poderosa maquinaria bélica y cultural del capitalismo imperialista, derrotándola y logrando establecer el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo que busque, por supuesto, la máxima felicidad social posible.

3. *Imperialismo*. Como fase superior del capitalismo, el imperialismo tiene sus particularidades históricas que se deben estudiar de manera específica. La literatura de Lenin, el pensamiento precursor de Bolívar recopilado por Pividal, los estudios de Baran y Sweesy, los viejos libros de Hobson y Hilferding, más todos los aportes contemporáneos del nuevo pensamiento anticapitalista de Nuestra América y de

los marxistas, ecologistas, pacifistas y humanistas norteamericanos, asiáticos, europeos y africanos, deben ser conocidos por la militancia para saber comprender el fenómeno más complejo e influyente de nuestro tiempo.

4. *Doctrinas políticas del capitalismo y los espejismos reformistas.* Para conocer mejor al enemigo histórico de los pueblos y a su aliados entreguistas y lacayos, la militancia socialista debe tener una panorámica de las diversas teorías defensoras o justificadoras del capitalismo, y de aquéllas que, disfrazadas de “socialistas”, “nacionalistas” o “populares”, solo persiguen maquillar el sistema explotador para garantizar su permanencia. Todas son enemigas de la revolución y deben ser denunciadas y desenmascaradas.
5. *Historia del movimiento revolucionario mundial.* Nada enseña más que las experiencias. Los revolucionarios socialistas del siglo XXI debemos conocer las experiencias revolucionarias de todo el mundo, principalmente de nuestros hermanos indoamericanos. Pero un tema que sin lugar a dudas nos alertará sobre errores que no debemos cometer, lo constituye el estudio de la experiencia soviética. Conocer a fondo cómo fue posible que la primera y más grande revolución socialista de la historia se desplomara como un castillo de arena entre las aguas del capitalismo al que había enfrentado heroicamente, produciendo un extraño fenómeno de reversibilidad del socialismo, debe ser tarea obligada de todo quien se precie de militar en el ideal socialista. Las luchas de los pueblos africanos por su liberación del colonialismo europeo, las ejemplares resistencias de los pueblos coreano y vietnamita a la embestida del imperialismo francés, inglés o estadounidense; las guerras revolucionarias de Cuba, Nicaragua, El Salvador, Colombia, Guatemala; la experiencia guerrillera urbana de Argentina, Uruguay o la resistencia

armada en Chile tras la caída de Allende, son tantas y tan ricas enseñanzas que nos legaron estos pueblos, cuyo estudio es de suma importancia para tener un sistema de tácticas y estrategias victoriosas ante tan poderoso enemigo común.

6. *La Teología de la Liberación como socialismo de perspectiva cristiana.* Dada la reconocida influencia cristiana del pensamiento socialista del presidente Chávez, que emerge desde las raíces cristianas de nuestro pueblo, consideramos interesante incluir esta materia en los temas de estudio. Particularmente nos remitiríamos al pensamiento desarrollado con base a las elaboraciones de los sacerdotes Leonardo Boff, Pedro Casaldáliga, Gustavo Gutiérrez, Juan Vives Suriá, entre otros, así como de las prácticas concretas de las comunidades cristianas de base de Brasil, Nicaragua, Perú, Ecuador y El Salvador, por sólo nombrar algunas. Merecen ser mencionadas las luchas de Camilo Torres Restrepo, el cura Pérez fundador del ELN, el martirio de Oscar Arnulfo Romero y las religiosas y religiosos asesinados por la derecha salvadoreña, el evangelio sandinista de Ernesto y Fernando Cardenal y Daniel Scoto, todos herederos del grito emancipador de fray Antonio Montesino y la epopeya cristiana de fray Bartolomé de Las Casas. Digno de estudiar.
7. *Realidad política nacional.* Los temas de la realidad política nacional tienen que estar en la agenda diaria de debate de nuestra militancia. La situación de nuestras organizaciones, la correlación de fuerzas respecto de los adversarios, la cuestión socioeconómica, los problemas de la producción y productividad, el empleo, la gestión ejecutiva del gobierno revolucionario, el desenvolvimiento de las instituciones fundamentales como poder legislativo, judicial, ciudadano, la contraloría social, los órganos del poder popular, entre

muchos asuntos que el pueblo debe escudriñar para la mejor toma de decisiones.

8. *Economía petrolera.* Este es un tema muy venezolano. El hecho azaroso de haberse encontrado en nuestro subsuelo tal cantidad de combustible fósil ha marcado definitivamente nuestro destino nacional. Por eso toda la ciudadanía debe recibir unos conocimientos básicos sobre esta estratégica materia y es una obligación de la militancia revolucionaria mantenerse empapado del tema petrolero, tanto de sus implicaciones internacionales de precios, producción, etc... como de los asuntos relativos a nuestra industria nacional y sus logros y dificultades. Me atrevería a lanzar una consigna, para dibujar la trascendencia del tema petrolero para la revolución, cada socialista un Gastón Parra, para recordar al más importante intelectual petrolero venezolano de todos los tiempos.
9. *Geopolítica internacional.* Hay que estar al día en cuanto a la situación internacional. La geopolítica bolivariana del equilibrio universal que pasa por la construcción de un mundo multipolar, en plena formación, nos exige realizar grandes esfuerzos en el plano internacional. También el internacionalismo revolucionario que es inmanente a nuestra condición socialista, nos plantea el estudio permanente de la situación mundial y el acompañamiento de la política diplomática de nuestro gobierno. Debemos estar atentos a los movimientos de los vecinos y de las fuerzas contrarias externas que miran con desdén nuestro proceso. En un mundo tan globalizado por el vertiginoso desarrollo tecnológico en materia comunicacional, por la interconexión económica y financiera de los mercados, por la fragilidad climática global y por los sueños de paz y justicia de los pueblos, es normal que la cuestión geopolítica mundial sea como la arepa de cada día.

Capítulo VIII

LA CORRUPCIÓN COMO OBSTÁCULO A LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

Cuando hablamos de corrupción, en términos jurídico-políticos, nos referimos al aprovechamiento indebido del patrimonio público en beneficio de intereses privados particulares o grupales. Representa el abuso, traición y perversión institucional con propósitos lucrativos contrarios al fin social de las instituciones del Estado. Es un flagelo que corroe la base legal y la legitimidad de las instituciones, y burla la soberanía popular. Sin embargo, el repugnante fenómeno no limita su contagio al ámbito de lo público. El soborno, el espionaje, el sabotaje y hasta el asesinato, rondan de manera alarmante el mundo empresarial privado. Y está plenamente comprobado, que, cuando en la administración pública se produce un hecho de corrupción, detrás del telón ha estado muy pendiente de sus beneficios un honorable hombre de negocios. Si la acepción más común de corrupción, la asocia generalmente —y con sobradas razones— a la mala praxis política, no menos cierta es la nueva apreciación que se desprende del poder desmesurado acumulado por las corporaciones

transnacionales. El desarrollo exponencial del capital acumulado cada vez en menos manos, aunado al enfoque predominante en la economía mundial, de traspasar a manos privadas casi todas las actividades, incluso aquellas más ligadas tradicionalmente a los derechos sociales, ha configurado un nuevo tipo de corrupción de magnitudes impresionantes y de efectos supranacionales que amenazan con desvirtuar aún más, si es que es posible, las relaciones internacionales de intercambio y de poder. La feroz lucha por el control de los mercados hace que las normas sucumban como frágiles castillos de arena ante la brutal arremetida de las comisiones ilegales, el soborno, y los privilegios de los grupos de poder. Frente a esta situación, la tendencia universal es a la depauperación de las grandes mayorías. Ni siquiera el imperio más poderoso que haya existido en la historia de la humanidad, se salva de ver incrementadas sus estadísticas de pobreza. Ni que decir de aquellas naciones otrora colonias de los centros dominantes que hoy parecen condenadas al hambre apocalíptica. ¿Qué papel ha jugado la corrupción como categoría inmanente al sistema de relaciones que ha configurado la enorme brecha social de pobreza e inestabilidad que vive hoy en día la humanidad? ¿Hasta qué punto es un elemento imprescindible del sistema mundial imperante, para continuar su vertiginoso ritmo de acumulación de capital? En todo caso, consigamos o no dar respuesta clara a estas premisas interrogantes, lo que constituye una realidad incontrastable es el hecho de que los costos de la corrupción a nivel planetario los pagan, sin lugar a dudas, los pobres del mundo pobre. El hambre creciente en los países pobres del sur, los escándalos de corrupción donde se ven envueltos altos funcionarios o magnates económicos, la superposición de los intereses transnacionales frente a la necesaria preservación de un determinado ecosistema, los estragos de la globalización en las pequeñas economías de subsistencia de los más pobres; en fin, la relación entre corrupción y sus efectos en la brecha social, está plenamente evidenciado a la luz de los

sucesos de nuestro tiempo. La contradicción corrupción-socialismo, corrupción-pobreza y corrupción-derechos humanos, nos obliga a estudiar el fenómeno de la corrupción en el marco de la economía globalizada y sus efectos en el aumento de la brecha social, también a establecer un marco teórico que nos permita definir los conceptos esenciales que encierra esta realidad, y, establecer con claridad que la corrupción es un obstáculo al ejercicio de los derechos y al logro del socialismo. Corrupción y revolución son incompatibles, corrupción y socialismo, una contradicción irreconciliable.

1. Política y corrupción

La llamada corrupción administrativa es la corrupción de los funcionarios públicos que por sus vínculos particulares con el poder, practican un uso y abuso de los factores presupuestarios, ejecutivos y coercitivos del Estado, para beneficio propio, causando generalmente importantes daños patrimoniales a la colectividad. El problema, siendo añejo, se ha venido tratando públicamente con más fuerza en los últimos cuarenta años; aunque en el caso de nuestros países latinoamericanos, el primer gobernante formal al inicio de la invasión, el propio Colón, tuvo que enfrentar denuncias de apropiación indebida de un lote de perlas y de los diez mil maravedís del premio que presuntamente le despojó al apodado Rodrigo de Triana, primer europeo en ver tierras del Nuevo Mundo. Líderes que en su momento representaron esperanzas para las mayorías de sus países, terminaron siendo unos vulgares perseguidos de la justicia y la opinión pública. Por sólo citar algunos ejemplos: Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Alan García en Perú, Carlos Menem en Argentina, Carlos Salinas en México o Arnoldo Alemán en Nicaragua, son las caras visibles y de más alto rango de un sistema de valores imperante en la política, muy particularmente latinoamericana.

Y no es que sea un fenómeno típico de las naciones del tercer mundo, más específicamente de América Latina, no. Lo que hace

cualitativamente más escandalosos estos casos, es que ocurren en países donde el hambre de la población choca abiertamente con los obscenos privilegios de la clase política. Por otro lado, lamentablemente, en nuestros países la inestabilidad política y la debilidad estructural de las instituciones, dejan mucho margen de acción a estos depredadores del patrimonio público que, como se ha hecho moda, tras pasar el temporal de acoso, esperan en la calma de sus palacetes en el autoexilio dorado el momento más oportuno para volver a sus andanzas electorales. Porque, el daño más grande que la corrupción administrativa ha hecho a nuestros pueblos no es el daño material. No es siquiera el que los hospitales no funcionen y que la gente se muera a sus puertas por falta de atención o de un miserable medicamento. No es porque un ministro se lleve tantos millones, entonces tengamos que carecer de servicios públicos.

El peor daño que la clase política corrupta de nuestros países ha hecho a nuestros pueblos, es haber envenenado el alma nacional, es haber establecido una cultura generalizada de corrupción, porque ese cáncer, ha invadido todos los espacios de la sociedad.

2. La cultura de la corrupción

Mientras el afán de lucro sea el móvil principal en la vida de las personas, la corrupción tendrá muchos adictos.

Mientras la noción predominante del éxito sea el enriquecimiento individual, la corrupción en la cosa pública será como un virus acechante, incesante y muy contagioso.

La falta de vigilancia, pero peor aún, la impunidad que ha predominado, crean el caldo de cultivo para que exista más corrupción. La ausencia de formación en valores, el nulo trabajo ideológico en la sociedad, en el seno de la militancia y en el funcionariado, abren paso a la cultura de la corrupción.

No se puede seguir escondiendo tras eufemismos y poses pseudo-revolucionarias, que en nuestro país hay un grave problema de corrupción, en el sector gubernamental y en el privado.

La ética no se adquiere al nacer. Se aprende colectivamente. El esquema de valores se construye socialmente. El capitalismo forma avaros, individualistas, patanes, truhanes. Una revolución, una patria que está obligada por la historia a ser digno ejemplo de emancipación, no puede vivir sin un fuerte componente ético, y eso sólo se logra construyendo ciudadanía consciente.

Una política integral anticorrupción exige sanciones ejemplarizantes, pero ni eso basta cuando se ha dejado acumular tanto relajamiento político.

Una política criminal integral contra el flagelo de la corrupción, exige sobretodo, reeducar nuestra sociedad sobre la base de la Doctrina Bolivariana, tal como reza la Constitución de 1999 vigente.

Las mafias impunes estos últimos veintitres años, que andan por el mundo luciendo con descaro las fortunas robadas a nuestro pueblo, han sido emuladas por nuevas generaciones de patiquines empoderados. Pero la corrupción es radicalmente incompatible con el proyecto socialista.

El verticalismo y el centralismo impiden que el pueblo honesto se pronuncie y ejerza contraloría.

El oportunismo y el arribismo han gozado con este esquema de padrinazgos, mientras el altruísmo y compromiso de militantes sinceros ha sido despreciado por las cúpulas. Cambios profundos en el sistema es lo que define una revolución. Y lo que la salva.

Los delincuentes de cuello blanco han logrado sumar a sus huestes a gruesos contingentes de funcionarios de menor rango, activistas partidarios y núcleos familiares afines que se benefician de la “pequeña corrupción”.

Las dificultades para perseguir un delito que cuenta con algo más que simples complicidades: todo un ambiente de impunidad judicial y social.

La clase política no cree en la lucha contra la corrupción y solo la usa cuando ve en ella una vía para tomar el poder a partir de la destrucción de un competidor potencial. Los sectores económicos, políticos, militares, eclesiásticos y mediáticos, etc..., no les interesa luchar contra un entramado del cual se benefician directa o indirectamente; jueces y policías, nombrados tradicionalmente por esas redes de poder, ven, escuchan, cobran y callan.

Hay cierto despertar de conciencia ciudadana contra estos delitos, pero no ha madurado una moral colectiva con la fuerza suficiente para doblegarlos. El funcionariado en general prefiere que no se investiguen los delitos de corrupción y temen verse envueltos como testigos o colaboradores de las mismas, por aquello de que “el que tiene rabo de paja...”.

No hay corruptos en las cárceles, o son muy pocos para el daño masivo que causan.

Las comisiones ilegales son “normales” en los países imperialistas, y copiadas en América Latina, los empresarios de la construcción y los banqueros las prevén enmascaradamente en sus estructuras de costos como algo normal.

3.- Algunas iniciativas Jurídicas contra la corrupción

a) Penales:

- Desarrollar una normativa especial de salvaguarda del patrimonio público, considerando las especificidades de cada realidad particular, pero con acento en la precisión conceptual de los delitos y la ejemplaridad de las sanciones.
- Proponer la penalización de toda conducta relacionada con daño al patrimonio público, tenga ésta carácter doloso o culposo.

- Garantizar la proporcionalidad de la pena de acuerdo a principios de gravedad, jerarquía, implicación directa o indirecta.
- Introducir de manera inequívoca los principios de imprescriptibilidad e inhabilitación política para que el corrupto pueda ser juzgado en cualquier momento y no pueda ejercer funciones públicas posteriores que le permitan gozar de fueros especiales, como la inmunidad parlamentaria.
- Respuestas en otros sectores del ordenamiento jurídico.
- Introducir, a nivel disciplinario, rigurosos mecanismos de selección y reforzar los requisitos de idoneidad para ingresar a la administración pública.
- Fortalecer las competencias fiscalizadoras y de control del Poder Legislativo sobre los altos cargos públicos, y abrir cauces normativos para una mayor incorporación de la sociedad civil a estas tareas.
- Establecer claramente mecanismos legales de financiación de los partidos políticos, pero bajo el control de los entes estatales y el poder popular
- Crear mecanismos de vigilancia sobre la implementación en cualquiera de sus fases de los contratos públicos.
- Fortalecer los mecanismos de control sobre los saldos presupuestarios, para evitar la especulación y manipulación bancaria de los mismos.
- Respuestas sociales.

b) *Institucionales:*

- Crear estímulos materiales y morales para aquellos funcionarios que demuestren honestidad e idoneidad en sus labores.
- Introducir mecanismos de coordinación entre los diferentes entes involucrados.

- Diversificar los mecanismos de control en todos los ámbitos, desde la más pequeña dependencia hasta las grandes corporaciones estatales.
- Internacionalizar la lucha contra la corrupción a través de acuerdos entre los Estados.

c) *Desde el poder popular:*

- Aprovechar los diferentes espacios institucionales y públicos en general para estimular una actitud de lucha con las prácticas corruptas.
- Realizar campañas informativas sobre los casos que se ventilen para que no decaiga la vigilancia ciudadana.
- Promover el surgimiento de nuevos grupos sociales agrupados en torno a la lucha contra la corrupción.
- Crear redes solidarias entre los movimientos que denuncian y enfrentan la corrupción.
- Exigir participación directa en los órganos de control y fiscalización.
- Promover la descentralización y desconcentración administrativas como medio favorable a un uso más racional y más cercano al ciudadano de los dineros públicos.
- Presionar a los medios de comunicación para que jueguen un papel positivo en la formación de una conciencia colectiva contraria a las prácticas corruptas y en la denuncia de los casos.

d) *Los medios de comunicación:*

- Asumir su rol de formadores de pautas sociales de comportamiento, contribuyendo a destacar los valores de honestidad, lealtad al ciudadano e idoneidad de la función pública.
- Promover campañas de denuncia de los corruptos y de estímulo a los actores sociales y políticos que los combatan.
- Comprometerse coordinadamente con los movimientos sociales e instituciones a estimular una conducta favorable

a la transparencia en el manejo de los asuntos del Estado en general.

e) *Educativas:*

- Establecer a todos los niveles educativos programas permanentes de formación ciudadana que apunten a desarrollar conciencia colectiva sobre el daño social que provoca la corrupción en términos materiales y morales.
- Fomentar una cultura de la transparencia y la idoneidad basada en la educación y el trabajo creativo por encima de la proliferada cultura de los privilegios obscenos fácilmente obtenidos por la clase política.
- Promover los valores de solidaridad ciudadana y respeto a los bienes públicos como propiedad colectiva que debe propender a mejorar los niveles de vida de las mayorías más necesitadas.

3. La experiencia venezolana con la Asamblea Constituyente de 1999

Si el problema de la corrupción puede convertirse en un fenómeno de carácter esencialmente político, capaz de socavar las bases de un régimen que fue aparentemente estable por cuatro décadas, ello quedó demostrado en el caso venezolano. Cálculos conservadores ubican en más de 750 mil millones de dólares la cifra dilapidada por los sucesivos gobiernos de Acción Democrática y Copei, especie caribeña de socialdemócratas y democristianos, que mantuvieron el bipartidismo de la segunda mitad del siglo pasado. El manejo a capricho de la poderosa renta petrolera de un país que ha producido en el período referido unos dos millones de barriles diarios en promedio, le dio a la clase política venezolana la posibilidad de desarrollar políticas públicas para haber alcanzado el nivel de vida más elevado de la región. Sin embargo, la efímera bonanza de los años setenta, pasó como amor de un día dejando atrás una inmensa

estela de desaliento y frustración. La Venezuela que a finales de 1998 le da el triunfo electoral a un discurso radical contra la clase política y la corrupción, es un país absolutamente empobrecido: 80% de pobreza. La gente intuía, cansada de las decepciones de la política tradicional, que un cambio a fondo debía ser llevado a cabo por aquellos venezolanos que menos tuvieran que ver con el desastre nacional. Por eso votan masiva y entusiastamente a quien un día se rebeló con las armas contra ese régimen ahora aborrecido. La puesta en marcha del mecanismo constituyente como genuina expresión de la soberanía popular, abrió cauces a un debate sin precedentes en la historia nacional. Miles de voces se hicieron escuchar. La participación en las deliberaciones públicas fue total. Los constituyentes recibieron decenas de proyectos de Constitución y miles de propuestas concretas sobre aspectos específicos. Y, la gran mayoría de ellas, ¡que coincidencia!, rozaban o iban directamente a la formulación de una macro política criminal en materia de corrupción. La gente quería una Constitución contra la corrupción. La Revolución planteada era la de la ética pública.

La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela aprobada en referendo el 15 de diciembre de 1999 con el 72% de apoyo popular, contiene en sí misma las líneas maestras de un programa integral de política criminal en materia de corrupción. La creación de un Poder Ciudadano que emula el Poder Moral propuesto por Bolívar en 1819 en Angostura, integrado por la Fiscalía y la Contraloría de la República más la Defensoría del Pueblo, con carácter autónomo de los otros poderes, fortalece la función de vigilancia intra-institucional del Estado. A ello se agrega el protagonismo otorgado por la Constitución a la ciudadanía para participar directamente en funciones de fiscalización y control de la gestión pública, la llamada contraloría social. Un elemento novedoso de indiscutible repercusión es el establecimiento a nivel constitucional del carácter imprescriptible de los delitos contra la cosa pública, que permitirá la

persecución y procesamiento del delincuente sin límites de tiempo. Igual interés tiene la explícita inhabilitación profesional del corrupto para ejercer funciones públicas o presentarse a optar por cargos de elección. Estos avances innegables se enfrentan obviamente a la concreción real de sus aplicaciones. Bien conocida es la tradicional letra muerta de muchas leyes y preceptos constitucionales. Pero es interesante mencionarlos porque, revelan el enorme interés que viene tomando para la ciudadanía el problema de la corrupción.

Reflexiones finales

- Solo una consciente y masiva participación de la ciudadanía en los asuntos de interés público, hará posible y perdurable la aplicación de un efectivo programa en materia de corrupción.
- Sin la voluntad política de los actores fundamentales de la vida pública, cualquier política anticorrupción está condenada al fracaso.
- Sin una firme vigilancia revolucionaria del pueblo, con la vanguardia política dando el ejemplo, sin la aplicación estricta de la crítica y la autocrítica, no habrá victoria segura contra la corrupción.
- Sin una sana práctica de la emulación como estímulo moral colectivo que hace florecer el modelaje social de conductas altruistas comprometidas, no surgirá la nueva ética socialista que es la cura contra la corrupción.
- Sin mecanismos efectivos que garanticen la independencia de los Poderes entre sí y de las Instituciones de fiscalización y control respecto de aquellos, ninguna iniciativa por justa y pertinente que sea, tendrá los efectos deseados en materia de prevención, combate y sanción de los crímenes contra el patrimonio público.
- Las penas en estos casos deben ser ejemplarizantes, jurídica y socialmente.

- Una cultura de la ética pública no se construye en una campaña electoral. Es una tarea social urgente en nuestros países que debe inundar todos los espacios y debe tener carácter permanente como política de Estado y razón colectiva.

4. Con corrupción no hay revolución

Alfredo Maneiro, comandante revolucionario y filósofo político de densa creación, sentenció a comienzos de los ochenta, que el peor daño que la clase política dominante le había hecho al país era haber envenenado el alma nacional. Porque la corrupción comienza por ser una mala praxis de funcionarios públicos, pero si la impunidad le deja abierto el camino, termina por convertirse en un modo de vida, una cultura política. Ese fenómeno ha ocurrido en nuestro país. Cuando Maneiro hace esa severa denuncia, en Venezuela ya la corrupción dominaba la vida pública y privada de la nación. El robo de los dineros públicos, el soborno, la coima, se fueron convirtiendo en una forma de ascenso social ampliamente aceptados. Frases tristemente célebres como “¿cuánto hay pa eso?”, “bájate de la mula” o “pónganme donde hay”, fueron el reflejo vulgar y patético de una realidad dominante que poseyó todos los estratos del andamiaje burocrático nacional. También colmaron la antología de un léxico que se enraizó en el colectivo, contaminando el conjunto de las actividades de la vida social. Esa cultura dominante profundizaba las causas de la dominación oligárquica y sumaba a importantes sectores intelectuales y académicos al festín de la mediocridad que envilecía las fuerzas morales del país. Sólo la depauperación de las inmensas mayorías fue provocando el desprestigio de esa clase política gobernante; la hegemonía instaurada tras la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conocida como el “Pacto de Punto Fijo”, sobrevivió cuatro décadas antes de hacer aguas producto de un desgaste que en labios de la gente común se llegó a llamar la corruptocracia.

Enemigo mortal de la revolución es la avaricia. Los ambiciosos trafican con el cargo y la política. Son políticos a la usanza del sistema. No son revolucionarios. Son contrarrevolucionarios. Estos profanadores de la sagrada herencia del Che son especialistas en lucir atuendos con íconos izquierdistas. Pero su objetivo en la política es hacer plata. En el fondo son resentidos sociales, traidores de la clase y acomplejados. Necesitan ser ganaderos para sentirse patriotas. Porque su estereotipo de venezolano exitoso es un pelo de guama, muchas hectáreas, vacas paridas y peones serviles. Otros más ciudadanos, prefieren ser contratistas, empresarios, accionistas en una firma publicitaria, dueños de medios. No importa si lo hace a través de testaferros. Da igual. Ambos prototipos tienen en común el gusto por los automóviles lujosos y el güisquí. Los más coquetos también se ufanan de portar relojes y trajes de marca. Para eso somos una revolución con mucho petrodólar. Cuando se sienten hastiados de la tensa rutina a que nos tiene sometidos Chávez, con tantas transformaciones sorprendidas y tantos actos revolucionarios, invierten unos milloncitos en un spa cinco estrellas. Ah, qué bien se vive como burgués con la plata del pueblo.

Enemigo mortal de la revolución es la mediocridad. Estos ciudadanos notables suelen poseer una cultura general lastimosa. Dificilmente se han leído un libro entero en sus vidas. Por eso contratan unos especímenes llamados asesores, que son especie de lazarillos orientando al rinoceronte sobre cómo hablar en público o escribiéndole sus artículos para la prensa. Si las computadoras hablaran. Los asesores con el tiempo se hacen imprescindibles y hasta llegan a ocupar los cargos de sus anteriores jefes. Pero ni los pseudorevolucionarios ni sus lazarillos se interesan en resolver los graves y profundos problemas de la sociedad. No aportan una idea o un proyecto, menos un esfuerzo, para construir el socialismo. A ambos les interesa la “imagen”, esa cosa terrible del mercado que ha sustituido de manera grotesca a la persona.

Enemigo mortal de la revolución es la impunidad. Pero estos personajes se pasean enseñoreados por allí. Controlan la “maquinaria” y tienen gente que los adula. Son su sangre, la savia que los ayuda a sobrevivir su infierno íntimo de inferioridad. Sin esos reconocimientos y lisonjas nada tendría sentido. Necesitan saberse con el poder de mandar a otros. Incluso, en algunos momentos de arranques filantrópicos, se dan el lujo de ayudar a los pobres; claro está, con la plata del Gobierno, algo que haya sobrado. Porque lo que han amasado vilmente no lo compartirán ni en el reino de los cielos. No temen a la justicia, porque saben de su genuflexión.

Estos elementos destruyen el sistema de defensa de la revolución. Son nuestros peores enemigos. Contra ellos hay que crear una fortaleza ideológica como la Muralla China. Si se sigue dejando hacer dejando pasar, como reza el dogma liberal, llegarán a tener el control total de la sociedad naciente y destrozarán la fe del pueblo. Luego vendría la anarquía. Hace unos años Fidel alertó en la Universidad de La Habana sobre los riesgos de la corrupción y la pérdida de valores, y dijo que eran más peligrosos para la Revolución que el propio imperialismo. Aprendamos de su sabiduría.

Capítulo IX

FUERZA ARMADA, BOLÍVAR Y SOCIALISMO

Históricamente los ejércitos son la respuesta a la necesidad de defenderse. Los primitivos humanos se armaron de rudimentarias lanzas y garrotes para enfrentar a los grandes animales. Evitar la muerte ante una criatura más fuerte, también llevó a organizarse en grupos. Defensa y solución de otras necesidades como alimentación y vestido, se fusionaron en una misma acción armada. Luego, esa precaria capacidad militar se usó para chocar con otros grupos humanos desconocidos. La guerra siempre estuvo justificada por la creencia de que el otro es un peligro. La formación de los Estados Nacionales conlleva la constitución de ejércitos fuertes que son el soporte de una estructura determinada de poder. Las naciones menos belicistas los usan como instrumento disuasivo, pero las que pretenden establecer hegemonías políticas y económicas regionales, lanzan sus ejércitos a la conquista de los bienes de los vecinos y más allá.

El Estado, como conjunto de las instituciones que mantienen un orden socioeconómico históricamente determinado, tiene en la

fuerza armada, la herramienta capaz de mantener el control de la población nacional para la pervivencia del sistema dominante. Tal sería un discurso clásico sobre el tema. Pero estas consideraciones genéricas deben someterse a la prueba de las realidades específicas. El caso venezolano, por ejemplo, tenemos que considerarlo de manera particular, siempre bajo el tamiz de nuestra historia. Nos tendríamos que remontar a las raíces bolivarianas, al profundo contenido popular de la herencia zamorana, a la amalgama indígena y afroamericana que constituye el pueblo de Venezuela, que es quien nutre nuestras fuerzas armadas. No es falso alarde decir que el único ejército del mundo que ha salido de sus fronteras a dar la libertad y sus soldados han regresado a casa con los bolsillos vacíos, sin haberse robado una sola pieza de valor, sin haber saqueado los pueblos a su paso ni violado las mujeres, es el ejército patriota venezolano. El ejército Libertador que creó y comandó Simón Bolívar, liberó naciones, a la vez que quebró las fuerzas colonialistas en Latinoamérica, dando paso a la más grande gesta de emancipación que se conozca.

Bolívar, al desarrollar esa extraordinaria experiencia que fue la Guerra de Independencia, nos legó, más allá de una Doctrina Militar, una Filosofía Política con base en una serie de valores y principios universales, que orientan la acción de la fuerza armada a la búsqueda del bien común, “la máxima suma de felicidad posible” para el pueblo. Al sentenciar “maldito el soldado que dispara contra su pueblo”, El Libertador señala claramente que el compromiso de lucha es a favor de las mayorías populares. Disponer además que la educación y la sana administración de los fondos públicos son obligaciones irrenunciables del Estado, nos indica que la democratización del conocimiento y la transparencia son paradigmas de todo gobierno inspirado en la Doctrina de El Libertador.

Otra condición obligada de una fuerza armada bolivariana, es el antiimperialismo. La propia justificación histórica del bolivarianismo tiene sus raíces en la lucha universal contra toda forma

de colonialismo o expansionismo. Al escribir aquel 5 de agosto de 1829, el texto lapidario “los Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar la América de miseria en nombre de la libertad”, Bolívar anunció premonitoriamente, el surgimiento de una nueva forma de dominación continental, cual vino a ser el imperialismo, aberración de la contemporaneidad o maldición de nuestro tiempo que aún constituye el principal peligro para la existencia de nuestras Repúblicas y para la sobrevivencia de la especie humana. Ciertamente el caso venezolano es uno muy particular. La herencia bolivariana constituye un soporte moral muy exigente y determinante.

La incorporación del pueblo humilde, con sus aspiraciones de redención social, primero a la Guerra de Independencia y luego, con más sentido de pertenencia, a la Guerra Federal, así como la destrucción de parte importante del componente oligárquico de los bandos en pugna, hizo surgir un estamento militar de cierto contenido popular. Prueba de ello es el hecho de que en nuestra fuerza armada tuvieron cabida los estratos sociales y étnicos más desfavorecidos, cosa que no era posible soñar en la mayoría de los países del continente donde castas familiares ricas y sus serviles dominaron severamente el ámbito castrense. Incluso, algunos historiadores señalan ésta como una de las causas de la aparición de ejércitos de inspiración fascista en América Latina, como los que implantaron la red de dictaduras represivas en el Cono Sur en la década del setenta.

Claro está que enlazar el tema del socialismo con el de nuestra Fuerza Armada, no es un ejercicio fácil. No hemos sido ajenos a la brutal campaña anticomunista que durante casi todo el siglo xx realizó el mundo capitalista con Estados Unidos al frente. Tampoco nuestros militares escaparon a la influencia de la indigna “Escuela de las Américas” y la “doctrina de seguridad nacional” impulsada por el imperialismo la segunda mitad de la pasada centuria. Y menos

somos inmunes al poderosísimo aparato de dominación cultural impuesto por Estados Unidos a través de toda la milmillonaria industria del cine, la TV, las redes, los video-juegos, la radio, etc... Porque si en algo han estado claros los gringos desde siempre, es que el imperio de su poderío bélico gana primero la legitimidad con los enlatados audiovisuales que con los cañones. Por eso ellos son los héroes de la llamada Segunda Guerra Mundial, cuando realmente fueron unos descarados oportunistas que hicieron negocios con esa Guerra. Por eso en sus películas sólo se habla del “Holocausto judío”, pero no se menciona a los veinte millones de vidas que ofrendaron los pueblos de las naciones que integraban la Unión Soviética y sus aliados, que fueron los que derrotaron cuerpo a cuerpo a la bestia nazi. Entonces empalmar fuerza armada y socialismo, a sabiendas del linchamiento sufrido por la idea socialista con las fallidas experiencias del siglo pasado, y por la imposición de un modelo único de vida, el capitalista, el que dictan los Estados Unidos, solo nos es posible a través de la intersección bolivariana. He allí el encuentro creador y liberador que Chávez ha sabido cosechar. A él le debemos esta manera original, amena, fresca de poder hablar de nuevo del sueño socialista, cuando el discurso oficial dominante hacía imposible esta posibilidad. El socialismo adquiere, en el planteamiento chavista, un contenido cultural sincrético que recoge todo lo que somos como pueblo. Lo cristiano y lo bolivariano se manifiestan en un conjunto de valores que la gente relaciona con justicia social, solidaridad, bienestar colectivo, igualdad, unidad, gobernabilidad, democracia, participación, protagonismo popular, patriotismo, antiimperialismo, autodeterminación, respeto a los derechos humanos y la diversidad cultural, y protección del medio ambiente. ¿Quién puede oponerse a estos principios? La amplitud de esta convocatoria engloba prácticamente a todas las personas de buena voluntad.

El pueblo está de parte del *buen vivir* porque es la garantía de una sana y armoniosa convivencia basada en la preeminencia del

bien común, como decía el Libertador. La Fuerza Armada, como parte de ese pueblo, no puede estar ausente de tales aspiraciones. Al tener como obligación primaria y fundamental, “garantizar la independencia y la soberanía de la Nación y asegurar la integridad del espacio geográfico”, nuestra Fuerza Armada es esencialmente, una institución antiimperialista. Pero además, bajo el moderno concepto de seguridad integral, nuestra institución militar ejerce una “participación activa en el desarrollo nacional” en el marco del modelo de desarrollo plasmado en la Carta Magna. ¿Y cuál es ese modelo de desarrollo? Uno basado en la independencia y el respeto a la autodeterminación de los pueblos, la garantía universal e indivisible de los derechos humanos, justicia social, igualdad, educación, salud, trabajo, soberanía alimentaria, diversificación económica, propiedad sujeta a función social, construcción de un mundo en paz, democratización de la sociedad internacional y desarme nuclear, preservación de las condiciones para la vida de las futuras generaciones. Son precisamente los valores pregonados por el socialismo del siglo XXI. De allí que no debemos tener ningún prurito o complejo al hablar de socialismo en (y con) nuestra Fuerza Armada.

Obviamente la Constitución prevé que ella no obedece al interés de parcialidad política o persona alguna, porque está exclusivamente al servicio de la Nación, y la Nación es el pueblo de Venezuela, quien mayoritariamente se ha dado esta Constitución para tener Patria Soberana y una sociedad más justa e igualitaria.

En Venezuela tenemos tres razones que nos obligan a conocer la Doctrina Bolivariana:

- a. La primera es de carácter constitucional (condición necesaria y suficiente), de acuerdo al Artículo 1 de la Constitución de 1999 vigente, que textualmente establece: “La República Bolivariana de Venezuela es irrevocablemente libre e independiente y **fundamenta su patrimonio moral y sus valores de libertad, igualdad, justicia y paz internacional en la Doctrina de Simón**

Bolívar, el Libertador. Son derechos irrenunciables de la Nación la independencia, la libertad, la soberanía, la inmunidad, la integridad territorial y la autodeterminación nacional.

- b. La segunda se manifiesta en el plano de lo cultural-espiritual-simbólico y está esencialmente ligada a lo que considero una necesidad urgente: la reconstrucción del mito fundante de la venezolanidad. En las raíces históricas e ideológicas de la épica ancestral (originaria y republicana), están las mejores energías para revalorizar el sentido de pertenencia a una nación (plurinacional), la que parió al Precursor y al Libertador, y que ha sido sometida a la campaña de linchamiento más bestial e indignante que contra pueblo alguno del continente se haya realizado. Nuestra historia es nuestra mayor riqueza, y cultivarla como memoria colectiva de la ciudadanía, es dotarnos de las dos armas más poderosas de los pueblos: conciencia de pertenecer a una estirpe heroica, y amor por esa construcción alámica llamada Patria.
- c. La tercera es de orden político-moral: si nuestra revolución se autocalifica de bolivariana, lo menos que debemos es conocer la Gesta y el Pensamiento del Libertador Simón Bolívar, para, sobre esa base doctrinaria, formar el modelo de militancia y de servidores públicos que requiere el país.

Tenemos que conocer la estrategia diseñada por Bolívar para derrotar al ejército español en un ámbito tan extenso que va del Esequibo al Potosí, de Margarita a Guayaquil, del Chiriquí hasta Cuzco, del Atlántico al Pacífico. Indagar sobre las vicisitudes logísticas que hubo de atenderse para equipar un Ejército Libertador que comenzó con un puñado de soldados descamisados; las políticas de alianzas internacionales en el panorama geopolítico de su tiempo; los desacuerdos internos en las fuerzas independentistas, sin soslayar los caudillismos y personalismos que tantos problemas crearon; esa

Doctrina militar integral fundada por Simón Bolívar ni siquiera la comprendieron muchos de sus subalternos, convertidos en obstáculos —por torpeza o por traición— al triunfo de las armas libertadoras.

También debería agregar que, como jefe de aquella guerra emancipadora, dirigió el ejército más diverso imaginable: indígenas, mestizos, afrodescendientes, blancos criollos (mantuanos); oficiales de alta formación y decenas de miles de inexpertos que había que preparar en los rigores de la urgencia; venezolanos, granadinos, ecuatorianos, peruanos, chilenos, argentinos, irlandeses, ingleses, alemanes, italianos, pardos de las colonias caribeñas. Y unió a nuestros pueblos en una amalgama cohesionada por la causa emancipatoria.

Soy convencido de la vigencia de la Doctrina Bolivariana como componente válido del pensamiento contrahegemónico contemporáneo. Porque siguen vigentes aquellas ideas del hombre que anduvo dedicado a dirigir la guerra más trascendental del siglo XIX, que modificó radicalmente el mapamundi y abrió las puertas para luchar por un mundo nuevo en el Nuevo Mundo.

Siguen vigentes sus serias advertencias sobre los afanes opresores europeos y estadounidenses, la denuncia de sus sistemas oprobiosos; la exigencia de que no copiásemos sus códigos, proponiendo como fundamento social de la naciente república “la igualdad establecida y practicada”; otorgándole preeminencia a la educación popular como herramienta de la igualdad y la democracia, proyectando economías soberanas, con las ciencias al servicio del bienestar nacional, y los recursos naturales estratégicos en manos del Estado; siendo radicalmente antimonárquico y republicano de convicciones, promotor de la unidad latinoamericana como núcleo fundamental del Equilibrio del Universo.

El Libertador Simón Bolívar nos legó el saber liberador de su visión geopolítica, expuesta tempranamente en la edición de la Gaceta de Caracas del 31 de diciembre de 1813:

La ambición de las naciones de Europa lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo, y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellos y la Europa para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a esto el equilibrio del universo, y debe entrar en los cálculos de la política americana. Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y este coloso de poder, que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la reunión de toda la América Meridional bajo un cuerpo de nación, para que un solo gobierno pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin que es el de resistir con todos ellos las tentativas exteriores, en tanto que interiormente, multiplicándose la mutua cooperación de todos, nos elevará a la cumbre del poder y de la prosperidad (Archivo del Libertador, Doc., 558).

Idea relanzada doce años después cuando el ruido de nuevas amenazas “rubias” producía ecos belicistas trasatlánticos:

Debemos imitar a la Santa Alianza en todo lo que es relativo a la seguridad política. La diferencia no debe ser otra que la relativa a los principios de justicia. En Europa todo se hace por la tiranía, acá por la libertad, la que ciertamente nos constituye enormemente superiores a tales aliados. Por ejemplo: ellos sostienen a los tronos, a los reyes; nosotros a los pueblos, a las repúblicas; ellos quieren la dependencia, nosotros la independencia. Por consiguiente, para elevarnos a la altura correspondiente y capaz de sostener la lucha, no podemos menos que adoptar medidas iguales. La opresión está reunida en masa bajo un sólo estandarte, y si la libertad se dispersa no puede haber combate (Carta a Santander del 23 de febrero de 1825. Bolívar, 2009, p. 65).

Luego, la predicción antiimperialista del 5 de agosto de 1829 en Guayaquil donde sentencia el papel que habrían de jugar los Estados Unidos contra nuestros pueblos.

Este par de caracterizaciones que formuló El Libertador bastan para admitir la vigencia de su Doctrina y para blindar el carácter revolucionario antiimperialista por excelencia del bolivarianismo: es lo que no le perdonan.

Por algo se observa en las manifestaciones populares del continente reclamando justicia y derechos, cuando las multitudes gritan “¡Alerta, alerta, alerta que camina, la espada de Bolívar por América Latina!”. Y cuando esa *espada* es invocada en un acto protocolar el júbilo patriótico se respira inmenso, mientras las cenizas coloniales tiemblan como si un viento frío les estremeciera las calaveras.

Nada es más temido y odiado por los imperialismos que el Bolivarianismo del siglo XXI, ese que reivindicó para nuestros pueblos en este tiempo, el Comandante Hugo Chávez.

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo del Libertador (1813). Documento 558. Gaceta de Caracas (31 de diciembre de 1813).
- Banko, C. (1996). *Las luchas federalistas de Venezuela*. Monte Ávila Editores.
- Bolívar, S. (2009). *Carta a Santander del 23 de febrero de 1825*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información.
- De Sismondi, S. (1834). *Nuevos principios de la economía política o de la riqueza*. Biblioteca virtual Miguel de Cervantes.
- Engels, F. y Marx, K. (2003). *El manifiesto comunista*. ALBA.
- Galbraith, J. (1992). *Historia de la economía*. Editorial Planeta.
- Izquierdo, R. (2005). *El flagelo de las guerras*. Editorial de Ciencias Sociales.
- Lafargué, P. (1970). *El derecho a la pereza*. El sudamericano, Colección 70.
- Mariátegui, J (2007). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Ayacucho.
- Mariátegui, J. (2000). *Programa del Partido Socialista del Perú (1928)*. www.marxists.org
- <https://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/oct/07a.htm>
- Marx, K. (1977). *Crítica al programa de Gotha*. Editorial Progreso.
- _____. (1982). *El Capital*. Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1999). *Contribución a la crítica de la economía política*. www.marxists.org
- <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/1859contri.htm>

- _____. (2000). (Introducción de Federico Engels). *Introducción a la Guerra Civil en Francia*. www.marxists.org
<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/1.htm>
- Mészáros, I. (2005). *Socialismo o barbarie*. Pasado y Presente XXI.
- Sánchez, A. (1999). *Ética*. Editorial Crítica.
- Tugendhat, E. (1991). “La indefinición de los filósofos”. *Revista Isegoría*, (3), p. 108.
- Valdés, R. (2003). *La nueva victoriosa batalla de Argel*. Casa Editorial Abril.

El Socialismo Bolivariano del Siglo XXI
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
Octubre de 2023





“Es necesario trascender el capitalismo, pero el capitalismo no se va a trascender por dentro del mismo capitalismo, no; hay que trascenderlo por la vía del socialismo”: Chávez, 2005. Adentrándose en esta visión, Finol hace un análisis profundo de la idea, del concepto y de la intencionalidad natural que existe en el pueblo para llevar en lo concreto este modelo denominado por Chávez, a lo largo de su gestión, el Socialismo Bolivariano del siglo XXI. En la teoría hay un consenso, pero, en la acción, el pueblo se encuentra con una serie de dificultades que se originan en la concepción de quienes tienen las herramientas para lograr lo que parece ser una utopía, a pesar de que las condiciones políticas, económicas y sociales están a favor y sobre la mesa. Son las viejas y predominantes formas del entramado institucional las que se perfilan como obstáculo principal para el avance del socialismo, pero, para Finol, la conciencia revolucionaria es el alma del proyecto y es la esencia que rebasa la hegemonía imperial y sus tentáculos en nuestra nación.

YLDEFONSO RAFAEL FINOL OCANDO (Zulia, 1959)

Nació en El Moján, municipio Mara. Economista por la Universidad del Zulia (1985). Escritor e historiador. Legislador del estado Zulia (1994-1999). Miembro de la Asamblea Nacional Constituyente (1999). Diploma de Estudios Avanzados en Historia Contemporánea (USAL, 2004). Presidente de la Comisión Nacional para los Refugiados (2009-2017). Garante en los diálogos de paz con el ELN (Colombia, 2017-2018). Cronista de Maracaibo (2019-2021). Miembro de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad. Miembro de la sección venezolana de la Asociación de Historiadores de Latinoamérica y el Caribe. Coordinador general del Centro Antiimperialista Simón Bolívar (2005).

